

UNIVERSITY OF TORONTO

DIRECTOR

SAOC

SAOC

®

SCELA

39

BV4520

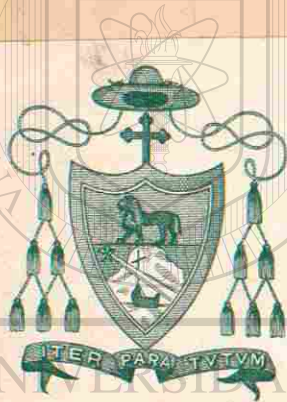
R30M

RAED

004560



1080015325



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

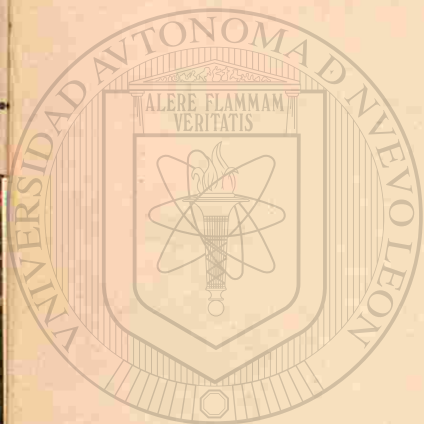
EX LIBRIS GENERAL DE BIBLIOTECAS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

UANL

®



LA PROFANACION DEL TEMPLO.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA PROFANACION DEL TEMPLO.

ARTICULO PARA EL FOLLETO

DEL

APOSTOLADO DE LA PRENSA

CORRESPONDIENTE AL MES DE AGOSTO DE 1904

ESCRITO POR UN CATOLICO.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
TIP. Y LIT. «LA EUROPEA» J. A. VERA (S. EN C.)
Calle de Santa Clara Número 15.

1904

411732
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tollez

BV.4520

R3



FONDO EMETIVO
VALVERDE Y TELLEZ

LA PROFANACION DEL TEMPLO.

Por poco que el cristiano fije su atención en los asuntos que son la esencia de sus verdaderos intereses, y que están de la manera más firme vinculados á sus ineludibles obligaciones, no puede menos que sentir la acción directa, constante y decisiva que sobre él ejerce ese lazo de unión que lo liga con su Creador y que constituye la Religión.

Localizamos en el cristiano esta verdad, que pudiéramos, con la misma convicción y con el mismo fundamento, generalizar á todos los hombres, porque solamente el cristiano posee la Religión, llamada comunmente verdadera, y que con más propiedad debe llamarse única, porque todos los demás simulacros de Religión, llamados falsas religiones, están

004560

muy lejos de serlo, pues no constituyen ni pueden constituir aquel lazo.

La Religión es en el ser humano una necesidad; y la mayor, y la primera, y la más imperiosa de todas las necesidades: necesidad que apareció y se hizo sentir en el mundo desde el momento en que hubo en él un hombre. Y Dios, que impuso á su criatura esta necesidad, le señaló los medios de satisfacerla.

Le dió la necesidad que tiene su origen en el hambre, y extendió delante de sus ojos una variedad inmensa de árboles cargados de frutos.¹

Le dió la necesidad que tiene su origen en la sed, é hizo brotar de los manantiales y correr por los arroyos, las aguas en abundancia.²

Le dió la necesidad de dirigirse á El; de comunicarse con El; de tributarle su culto; de rendirle sus homenajes; de ofrecerle sus sacrificios; de elevarle su plegaria y de consagrarle su adoración, y le mandó construir un templo.

«A mí me haréis—dijo á los Israelitas

¹ Gen. II, 16.
² Ib. 6, 8, 13 y 14.

— un altar de tierra, y sobre él ofrecéis vuestros holocaustos y hostias pacíficas. . . en todo lugar consagrado á la memoria de mi Nombre, allí iré Yo y os daré mi bendición.»¹

«Iréis al lugar que Dios vuestro Señor escogiere—dice en otra parte—para colocar en él su Tabernáculo y poner en él su morada. Y sacrificarás víctimas pascuales al Señor Dios tuyo, en el lugar que El mismo hubiere escogido para establecer allí el culto de su nombre.»²

«Un hijo tuyo—dijo el Señor á David por boca del Profeta Natham—edificará un templo en que será adorado mi Nombre, y yo afirmaré su régio trono para siempre.»³

Salomón realizó esta promesa, construyendo el templo de Jerusalén, verdadera maravilla en el mundo, de la que dijo el Señor: «En esta Casa habitaré en medio de los hijos de Israel y no desampararé nunca á mi pueblo.»⁴

¹ Ex. XX, 24.

² Deut. XII, 5 y XVI, 2.

³ 2 Reyes VII, 12 y 13 y 3 Ib. V, 5.

⁴ 3 Reyes VI, 12 y 13.

A este templo, profanado por Achaz ¹ y restaurado por Ezequías;² vuelto á profanar por Manasés, quien lo purificó después, arrepentido;³ quemado por Nabuzardán, ⁴ y reedificado por Ciro;⁵ saqueado por Antiocho Epifanes,⁶ y purificado, reconstruido y dedicado por Judas Macabeo;⁷ envilecido por el Senador Filipo, quien lo destinó al culto de Júpiter⁸ y vuelto á purificar por Judas Macabeo;⁹ á este templo entró el Hombre Dios entre las entusiastas aclamaciones de un pueblo hasta entonces creyente, fiel y agradecido; y con el ejemplo dió una lección práctica en toda su vida mortal, que nunca podrá perderse, por más que en los inmoderados avances de la impiedad y de la corrupción, haya llegado á despreciarse: lección sobre la que venimos á llamar hoy la atención de nuestros católicos lectores, tocando á las

1 2 Paral. XXVIII, 21

2 Ib. XXIX, 3.

3 Ib. XXXIII, 7, 15 y 16.

4 4 Reyes XXV, 9.

5 Esd. I, 3.

6 1 Mac. I, 23, 24, 49, 57, 59 y 60.

7 1 Mac. IV, 36 y sig.

8 2 Mac. VI, 2, 4 y 5.

9 Ib. X, 1, 2 y 9.

puertas de su memoria con el aldabón de su importancia.

«Jesús—dice el Evangelista—subió á Jerusalén; y encontrando en el templo gentes que vendían bueyes, y ovejas, y palomas; y cambistas sentados en sus mesas, habiendo formado de cuerdas, como un azote, los echó á todos del Templo, juntamente con las ovejas y bueyes, y derramó por el suelo el dinero de los cambistas, derribando las mesas.»¹

Por este brevísimo relato, se ve que el que así obraba, estaba poseído de una grande indignación, que no se revelaba solamente en sus palabras; sino que se hacia sensible de la manera más clara, más enérgica y violenta, en sus acciones y en los efectos producidos.

¿Y quién es este hombre cuyo semblante se altera; que levanta la voz; que azota sin compasión; que derriba las mesas; que hace rodar el dinero que sobre ellas estaba y que por expresarnos así, introduce, con la severidad de su castigo, la confusión, el espanto y el desorden?

1 San Juan, II, 14 y 15.

Es Aquél de quien cinco siglos antes dijo el Profeta: «hé aquí que viene tu Rey; el justo, el Salvador. El viene pobre y montado en una asna y su pollino.»¹

El mismo de quien dos siglos antes que Zacarías, dijo el primero de los Profetas Mayores: «El crecerá como una humilde planta. . . nada hay en él que atraiga nuestros ojos, ni llame nuestra atención. . . vimosle despreciado, y el desecho de los hombres. . . varón de dolores. . . su rostro como cubierto de vergüenza y afrentado. . .»²

El mismo que dijo por el Salmista: «Yo soy un gusano y no un hombre; el oprobio de los hombres y el desecho de la plebe.»³ Y el que ya en su vida mortal, en su tránsito por el mundo, «Aprended de mí—dijo—que soy manso y humilde de corazón.»⁴

El mismo á quien pocos días después van á contemplar el Cielo y la Tierra; los contemporáneos y la posteridad; el mundo y la Historia, lavando los pies de sus

¹ Zac. IX, 9.

² Is. LIII, 2 y 3.

³ Ps. XXI, 7.

⁴ S. Mat. XI, 29.

discipulos; reduciéndose á un bocado de pan, para dárselos como alimento; cambiar el beso del saludo al traidor que lo vendía, llamándole amigo; entregarse á sus aprehensores, sometiéndose á todo género de ultrajes; pasar de tribunal á tribunal sujetándose á otros tantos jueces, incompetentes unos, apasionados otros, inicuos algunos, cobardes los más y malvados todos; sufrir una sangrienta bofetada en el salón de un personaje; innumerables insultos entre la servidumbre de un Pontífice; humillantes burlas de un reyezuelo prostituido; ser flagelado como esclavo; juzgado como malhechor; atormentado como varón de dolores; crucificado como criminal. . .

El mismo, en fin, que en una historia cuyo prólogo fué un pesebre entre dos animales, y su epílogo una cruz entre dos malhechores, no es la historia de un hombre manso y humilde; sino la historia de la misma mansedumbre y de la misma humildad.

¿Cuál es, pues, la explicación de este hecho, que parece una nota discordante en ese conjunto armonioso y apaci-

ble de mansedumbre, de humildad, de paciencia, de dulzura y de todas las cualidades que en la humildad tienen su origen?

La explicación salta á la vista, des-
preñándose de las diferencias que dis-
tinguen este caso de todos los señala-
dos, y de todos los demás que pudieran
señalarse: pues todos ellos se refieren á
su persona, y éste se refiere al Templo,
á su Casa, á la Casa de Oración, conver-
tida por los miserables que la profana-
ban, en cueva de ladrones.¹

Basta fijar la atención, aunque sea
muy ligeramente, en la entrada del Sal-
vador á Jerusalén, para descubrir, en-
tre los misterios que se ocultan en éste,
como en todos los pasos de su vida, esta
explicación, con las diferencias en que
se funda.

Jesucristo entra en esta ocasión á Je-
rusalén con un grande objeto; un objeto
determinado de antemano; un objeto,
que es nada menos que el de su venida
al mundo: la Redención del mundo.

¹ S. Mat. XXI, 13.—S. Marc. XI, 17.—S. Luc. XIX, 46.

No entra á pie, como lo ha hecho siem-
pre: pues estando ya cerca, al pie del
Monte de los Olivos, teniendo á la vista
la aldea de Bethphage, envió á dos de
sus discípulos para que le llevaran una
asna que encontrarían atada, teniendo
cerca su pollino. Montado en ella, entró
á la ciudad entre las entusiastas acla-
maciones de regocijo del pueblo.¹

En esta entrada, que hizo por la Puer-
ta Aurea,² se presentó como Salvador;
cumplió las profecías, y pareció decir
YA, á sus numerosos perseguidores, á
quienes tantas veces había dicho: TO-
DAVIA NO.

Con su carácter de Salvador, debía
dar gloria á su Padre, y para esto, casi
pasó inadvertidos, por explicarnos así,
tantos crímenes que estaban allí acumu-
lados.

La soberbia de los Doctores; la mali-
cia de los Escribas; la hipocresía de los
Fariseos; la perversidad de los Ancia-
nos; la corrupción de los Sacerdotes . . .
y tantos otros pecados, que con todos los

¹ S. Mat. XXI, 1 á 11.
² Olivier.—La Pasión.

del mundo, había tomado sobre sí, sin mancharse con su contacto, para inmolarse por ellos; para satisfacer por ellos; para derramar su Sangre por ellos, y para alcanzarles el perdón.

Pero sabía que el templo se estaba profanando, y acto continuo se dirigió á él, deslumbrando con su majestad; aterrizando con su indignación; castigando con su poder y expulsando con un azote á los profanadores, que poseídos de espanto, huyeron en precipitada confusión, sin atreverse á oponer ni la menor resistencia.

Si por los efectos se puede venir en conocimiento de las causas, no es posible poner en duda cuán grave es la ofensa á Dios que envuelve la profanación de su templo, puesto que el tipo más perfecto de la mansedumbre y la paciencia, tomó para castigarla, una actitud tan amenazadora y terrible.

Y ¿qué es el templo judío, comparado con el templo cristiano?

Lo que la sombra es al cuerpo que la produce; lo que la imagen al objeto que

la refleja; lo que la figura á la realidad que simboliza.

En el templo judío estaba «el arca del testamento del Señor;»¹ en el templo cristiano está el Sagrario en que reside el Señor del verdadero, del nuevo y eterno testamento;² en el arca estaban las tablas de la ley;³ en el Sagrario está el legislador que la formó: en aquel templo estaban los panes de la proposición, que se renovaban todos los sábados;⁴ en éste está el Pan vivo bajado del cielo,⁵ que se renueva todas las semanas: en el templo de los judíos estaba el candelero de oro;⁶ en nuestro templo está la luz;⁷ en aquel estaba la Presencia Intelectual de Dios; y en éste su Presencia Real; esto es, está Dios tan real y verdaderamente como está en el Cielo.

Y así como en el Cielo, Dios, representado por el Cordero que sobre el Monte

1 3 Reyes VI, 19.

2 S. Mat. XXVI, 22. S. Marc. XIV, 24.

3 3 Reyes VIII, 9. Ex. XXV, 16 y 21.

4 Ex. XXV, 30. Lev. XXIV, 5, 6 y 8.

5 S. Juan VI, 51.

6 Ex. XXV, 31 á 40.

7 S. Juan I, 9—III, 19—VIII, 12—IX, 5—XII, 35 y 46. S. Mat. IV, 16.—S. Luc. II, 32.—1 S. Juan II, 8—Ap. XXI, 23.

Sión vió el Apóstol del amor en su visión profética, estaba adorado por ángeles y ancianos vestidos de blanco y animales misteriosos que se postraban con espíritu de humildad y abatimiento; y por vírgenes que lo seguían por todas partes, ¹ así en el templo católico debe ser adorado por los verdaderos fieles, como lo hace notar con tanto acierto el ilustre Obispo de Clermont, con tres disposiciones en que se encierran todos los pensamientos de fe, que deben envolver el espíritu en este lugar santo: una disposición de decencia y de modestia exterior: una disposición de abatimiento interior y de humildad: una disposición de pureza y de inocencia.

¿Y nos será lícito preguntar ahora, si son estas disposiciones las que llevamos al templo?

Creemos que la misión que nos impone y el deber á que nos obliga el lugar que, aunque sin merecerlo, se nos ha asignado en el Apostolado de la Prensa, nos da el derecho, y lo que es más, nos

¹ Ap. VII, 9 y II; y XIV, 5.

impone la obligación de hacer esta pregunta.

Lo que si podemos asegurar, sin la más ligera sombra de duda, es que en un día terrible; en un juicio inapelable; en un instante solemne, que para muchos de nuestros lectores está ya muy cercano, el tremendo Juez, desde el Tribunal de su justicia y sobre las nubes de su majestad, fulminará esta aterradora pregunta, que para no pocos, y acaso para los más, será el preludio de una sentencia de eterna condenación.

Nosotros, desde el rincón de nuestro retraimiento y al amparo de nuestra intención, la lanzamos con toda la fuerza que es capaz de imprimirle el impulso de su importancia; no como el proyectil que ha de hacer explosión en el centro de una plaza pública, en la que no se puede conocer previamente la naturaleza de sus estragos; sino como el dardo que directamente y con la puntería calculada, está destinado á herir LA CONCIENCIA DE LA MUJER CRISTIANA.

¡De la mujer cristiana! ¡De la mujer piadosa! ¡De la mujer dedicada á la pie-

dad! De la mujer que frecuenta el templo y tal vez los Sacramentos.

Hacemos esta pregunta, pero no exigimos la respuesta.

No la exigimos, porque no debe pasar de la conciencia, en que se tienen que reproducir los ecos de esta pavorosa pregunta: de la conciencia donde debe estallar para producir sus efectos; de la conciencia de donde no debe salir, sino cuando á los pies del confesor, en el tribunal del perdón, que siempre se otorga al que sinceramente lo pide, la ponga en los labios el arrepentimiento.

No la exigimos, porque somos hermanos y no jueces.

No la exigimos, porque no la necesitamos: la conocemos muy profundamente, porque con no poca frecuencia se nos pone delante de los ojos; y para extenderla á la vista de nuestros lectores, nos bastará dejar la pluma y tomar el pincel: retirar el papel y poner en su lugar el lienzo; alejarnos de nuestro escritorio para acercarnos al templo, y copiar allí del natural lo que pasa cerca de sus mu-

ros, en sus puertas, y sobre todo, en su recinto.

La inmodestia, la altivez y la malicia, son las disposiciones que acompañan al templo, especialmente en ciertas solemnidades, á la mujer cristiana (sic) que más bien debería llamarse mujer de mundo, que tal vez el día anterior riñó á su modista porque demoraba la remisión del traje, exponiéndola á *quedarse sin ir á la función*; y tal vez en la mañana . . . ¡qué horror! . . . no nos atrevemos á decir lo que pasó en la Mesa Eucarística.

El lujo en la *toilette*, como ahora se dice, parece querer ofuscar el místico adorno del templo, las más veces sencillo: la riqueza en los trajes y en las joyas, eclipsa, aunque no lo parezca, los paramentos y decorado del altar, casi siempre pobre: la profusión de los adornos y la elegancia de los vestidos, atraen sin cesar, sobre la infortunada que los lleva, las miradas, y la atención, y los pensamientos, y . . . de tantos ojos, y tantos espíritus, y tantos corazones, que en ese lugar por lo menos, deberían estar fijes en Dios.

Asistamos por unos instantes siquiera, á una de esas solemnidades, que no vacilamos en afirmar que están caracterizadas por las abominaciones, en que Dios recibe tantas ofensas y en que los invitados fieles, se van, es verdad, á asociar al Sacrificio del Calvario que se renueva en el altar; pero no con la Augusta Víctima, sino con los desapiadados verdugos.

Una Comisión de caballeros, vestidos con la severa elegancia propia del lugar, cruza sin cesar el templo de uno á otro lado, como pudiera hacerse en un salón; y sus cristianos miembros, agrupados en la puerta de entrada, esperan, en familiar conversación, la llegada de las señoras, á quienes con exquisita finura y caballeroso comedimiento, ofrecen el brazo (lo que no debe hacerse en el templo) y las acompañan hasta su asiento, cambiando con ellas las frases dictadas por la cortésia.

Ellas se arrodillan por unos brevísimos instantes; se pasan por el rostro la mano cubierta por el guante, haciendo una señal que no es la de la cruz; ocu-

pan el asiento que les ha preparado el descanso en el lugar destinado á la oración; y arreglándose el vestido, y cambiando miradas, y devolviendo saludos, y hablando con las que están cerca, y sonriendo con las que no lo están, abren su vistoso devocionario, por el que casi no pasan la vista, pues no lo han llevado para usarlo, sino para lucirlo.

Así se preparan para el Sacrificio de la Cruz y así asisten á él: y participando, quizá por el fervor de su meditación, del calor que sufrió el Redentor en su Pasión, por la fuerza del sol de mediodía, por la agitación de la marcha, por el ardor de las heridas, por la intensidad de la sed, por la muchedumbre del gentío y por tantas otras causas de la misma naturaleza, llegan á sentirlo insoportable, y se esmeran en atenuarlo con sus vistosos abanicos.

Los pocos segundos que dura la elevación, son mucho tiempo para su debilidad que no les permite estar derodillas; y aún no desaparecen las vibraciones de la campanilla, cuando ya abandonaron esa incómoda y anormal postura y

vuelto á ocupar sus cómodos asientos.

¡Ay! cuando recordamos que los hijos del Sumo Sacerdote fueron consumidos por el fuego del cielo, solamente porque tomando los incensarios para quemar incienso al Señor, pusieron en él un fuego extraño al fuego sagrado, lo cual estaba prohibido,¹ no podemos menos que temblar ante el castigo que está reservado á estas infelices, que no sólo introducen al templo fuego extraño, fuego profano, sino también fuego eriminal: pues llevan consigo en sus vestidos y en sus adornos; en sus perfumes y en sus afeites; en su irreverencia y en sus modales, el fuego de la vanidad; el fuego de la soberbia; el fuego del amor propio; el fuego del sensualismo; el fuego de la concupiscencia; el fuego del escándalo.

¡Ay! entre las armonías de la música; entre las vibraciones de los cantos; entre el murmullo de la multitud, se escucha esa terrible voz con que el Señor muestra el desagrado con que recibe las ofensas de estos homenajes.

¹ Lev. X. 1 y 2.

«¡Ay de la nación pecadora! ¿De qué me sirven á mí vuestras ofrendas? Ya me tienen fastidiado. Cuando os presentáis ante mi acatamiento, quién os ha mandado traer semejantes dones en vuestras manos, para pasearos por mis atrios? No me ofrezcáis ya más sacrificios inútilmente, pues abomino vuestro incienso. Vuestras solemnidades me son enojosas; las tengo aborrecidas y estoy cansado de aguantarlas.»

«Porque este pueblo me honra sólo con los labios, pero su corazón está muy lejos de mí.»¹ Palabras terribilísimas, que sin duda les aplica Jesucristo, como se las aplicó en Jerusalén á los Escribas y Fariseos, á quienes llamó hipócritas, que cuidando sólo de las prácticas exteriores se desentendían por completo del sacrificio del corazón.

¿Y dónde está el sacrificio del corazón que llevan al Sacrificio del Altar, no diremos los asistentes al templo, sino los profanadores del templo, donde lo mismo que en el paseo y en la tertulia, en

¹ Is. I. 4—II, 12, 13 y 14—XXIX, 13.

el baile y en el espectáculo, en la disipación y en el escándalo, halagan su vista y sus oídos; sus sentidos y su imaginación; su vanidad y su amor propio; sus pasiones y sus vicios; su sensualismo y su concupiscencia?

¡Ah, sí, ya lo sabemos! Estos infortunados infieles, á quienes valdría más no haber nacido, ¹ llevan el sacrificio de su corazón, porque su corazón está funesta, dolorosa y completamente sacrificado; pero no en el ara bendita del deber cristiano, sino en la piedra de las abominaciones del mundo: ese enemigo irreconciliable de las almas, que con tanta constancia, con tanta osadía y con tanto éxito, se las disputa á Jesucristo.

¡Ay de los profanadores del templo! diremos para terminar: mas para que este gemido del corazón vaya acompañado de un sentimiento de esperanza, les diremos con el Profeta: «lavaos, purificados, arrepentidos; que aunque vuestros pecados os hayan puesto rojos como la

¹ S. Mat. XXVI, 24.—S. Marc. XIV, 21.

grana, vuestras almas quedarán más blancas que la nieve.»¹

Estas solas palabras dejan comprender que el sentimiento que las dicta, y la idea que las concibe, y la voz que las formula, tienen su origen en la misericordia: ellas retiran la amenaza; ellas hacen desaparecer el castigo; ellas disipan los temores; ellas vigorizan las esperanzas; ellas restituyen la paz; ellas garantizan el perdón.

Para conseguirlo, allí tenéis la oración, allí tenéis la penitencia, allí tenéis la misericordia, allí tenéis las lágrimas, allí tenéis la Eucaristía, allí están vuestros recursos, allí está vuestra salvación, allí está el templo.

S. R.

¹ Is. I, 16 y 18

004560



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Una Apuesta Original

POR EL

R. P. FRANCIS J. FINN, S. J.



No. 1.



UNA APUESTA ORIGINAL

POR EL R. P. FRANCIS J. FINN, S. J.

TRADUCIDO DEL INGLÉS

I.

Eran las nueve de la mañana del 23 de Diciembre, cuando un muchacho, con expresión de asombro en su rostro, entró en el salón de clase de la Academia de Milwaukee y entregó a su profesor esta nota:
8.59 A. M.

Gerardo O'Rourke, llegó tarde.
Puede admitirsele
A. Mosher, S. J.

El Señor Lawton leyó esta comunicación con desagrado. Como a todos los maestros cumplidos, le impacientaban los alumnos que llegaban tarde. Su enfado pronto desapareció sin embargo, pues Gerardo con rostro alegre y suplicante voz le dijo: "No se disguste usted, señor, anoche terminó muy tarde el ensayo de la misa de

Navidad y mi mamá no pudo despertarme esta mañana. Además, tengo que ir a ver al Padre Mosher, después de la clase."

Y entonces, el rostro de Gerardo que se había ensombrecido al recordar su cita con el Padre Prefecto, se iluminó con una sonrisa maliciosa, al sorprender en el semblante del maestro una expresión de tranquilidad cuando oyó el aviso.

Con un regocijo que se notaba hasta en la ligereza de sus pasos, se dirigió a su asiento, al lado de Mauricio Desmond y dándole disimuladamente una fuerte palmada en la espalda, ordenó sus libros preparándose para las labores del día.

"¿Estás castigado?" dijo Mauricio ocultando su cabeza bajo la cubierta de su escritorio, aparentando buscar una portapluma.

"Sí."

Mauricio hizo una mueca e iba a ocultar nuevamente su cabeza, cuando notó que el señor Lawton estaba tomando un interés exagerado en sus movimientos. Entonces Mauricio se puso muy atento, y, recuperando en poco tiempo la confianza de su profesor, lenta y subrepticamente, escribió la siguiente nota:

Querido Gerardo: Te apuesto un par de rosarios que llegarás tarde a la Misa de Navidad.

Mauricio Desmond.

Gerardo, después de mucho tiempo y paciencia, contestó:

Querido Mauricio: Apuesto yo un par más, que pasaré por tí a tu casa tres cuartos de hora antes de la Misa.

Gerardo O' Rourke.

Media hora transcurrió antes de que Mauricio lograra escribir esta respuesta:

Señor don Gerardo O'Rourke: No sabes lo que dices perezoso empedernido; pero acepto de todas maneras. Ya tendrás que rezar los dos rosarios el día de Navidad.

Lic. Mauricio Desmond.

En este estado de comunicaciones, el señor Lawton intervino:

"Gerardo y Mauricio, tráiganme esos papeles."

Y terminó la correspondencia.

II.

Podrá haber gente más perezosa que Gerardo O'Rourke, pero si la hay es desconocida para el autor de esta historia. Y su somnolencia, nunca le venía antes de acostarse, al contrario, siempre molestaba a su mamá para que, cuando sonaban las nueve—que era la hora señalada—le dejara "otro rato." Su madre era siempre indulgente para con su elocuente consentido y no pocas veces sucedía que Ge-

rardo se quedara despierto hasta las diez y media de la noche. Por supuesto, al siguiente día, le costaba enorme trabajo a la señora O' Rourke despertar a Gerardo; y á veces, duraba esta operación hasta veinte minutos.

Así pues, cuando la señora O' Rourke, la Noche Buena, oyó de labios de su hijo la historia de su apuesta con Mauricio, se sonrió:

"Muchacho tonto, ¿por qué no te contentaste con la primera apuesta? Yo me comprometo a despertarte para que puedas estar en la iglesia a las cuatro, pero para que pudieras pasar por Mauricio a las tres y media, tendría yo que levantarme a media noche, y esto, francamente, no puedo hacerlo."

"Ni es necesario, mamá," contestó el impaciente muchacho. "¿No crees que sea yo capaz de despertarme sin tu ayuda?"

"No."

"Bueno, pues todos ustedes lo verán. ¿No se acuerdan de aquel día de campo en Junio, cuando tuve que estar en el colegio a las siete en punto? ¿Y no estuve a las seis? ¿Y no te desperté a tí, y á papá, y á tío Eduardo, quien por cierto se disgustó tanto que quería golpearme con uno de sus zapatos? Ya verán."

"Los días de campo son otra cosa, hijito. Tenías tantos deseos de ir al Lago de

Michigan, que estabas demasiado nervioso para poder dormir profundamente. Además, fué en tiempo de verano. Pero piensa lo que será levantarse mañana a las tres con el frío y la obscuridad de esta época y salir luego al aire helado. Cantar en la Misa no es lo mismo que ir a un día de campo."

"Pero, mamá, voy a cantar yo solo la parte de Adeste Fideles en el Ofertorio y si llegara yo tarde el director de nuestro coro se disgustaría porque ha tomado mucho empeño conmigo. Además, quiere hacer una buena Comunión; y..... tengo un buen plan para levantarme en punto de las tres."

"¿Cuál es ese plan?" preguntó su padre.

"Voy a poner mi reloj despertador a las tres en punto y"

Al decir esto Gerardo, su padre, su madre, su tío y sus dos hermanas, rieron estrepitosamente. La idea de que cualquier reloj despertador pudiera producir el menor efecto en Gerardo, una vez dormido, les pareció a todos tan original como ridícula.

El tío Eduardo se expresó así: "Si llenaras tu cuarto con relojes despertadores desde el suelo hasta el techo y si todos ellos, no diré, sonaran, sino hicieran explosión a las tres de la mañana, apuesto todo

lo que tengo que seguirías roncando hasta que tu madre te despertara."

Por segunda vez rieron todos.

"Bah", replicó Gerardo. "Cállense ustedes, muchachas." dijo dirigiéndose hacia sus dos hermanas, para desahogar su enojo. "Yo me levantaré y" añadió irónico, "me puedo vestir seis veces mientras ustedes dos se están arreglando con sus cintas y sus alfileres."

Después, cambiando de tono, el orador se dirigió hacia los miembros serios de la familia: "No crean que cuento solamente con el despertador; eso es sólo una parte de mi plan."

"Veremos cuáles son las otras partes," repuso el tío Eduardo.

"Me lo aconsejó mi profesor. El sabe todo lo concerniente a la apuesta porque recogió los papeles y no pudo contener la risa cuando los leyó. Bueno, me dijo, arregla tu despertador para que suene a las tres y pide a las almas del purgatorio que puedas oírlo. Si prometes en cambio hacer alguna cosa por ellas, seguramente te ayudarán. Ya lo hice y, por lo tanto, mañana me levantaré."

"¿Y qué es lo que ofreciste hacer?" preguntó el tío Eduardo.

"Oye, mamá, dame una rebanada de pan con mantequilla, porque me estoy muriendo de hambre," dijo Gerardo saliendo vio-

lentemente de la pieza y arrepintiéndose de haber hablado tanto. Porque, como buen muchacho, sincero y franco en todas las cosas, era reservado cuando se trataba de sus devociones; y en su buen corazón tenía guardadas no pocas prácticas piadosas, de las que ni su madre tenía conocimiento.

Sin embargo, antes de acostarse, confesó a su madre que, en caso de ganar su apuesta, daría un peso de su "aguinaldo" a los pobres, en nombre de las almas del purgatorio.

La señora O'Rourke le besó enternecida.

"Y dime, mamá, ¿qué vamos a comer mañana?"

Esta fue su última pregunta, pero no su último pensamiento; porque Gerardo procuraba no pensar en otra cosa—una vez metido en la cama—cuando iba a comulgar al día siguiente, que en el Santísimo Sacramento; y ahora lo había conseguido, aunque puede decirse que pocas veces se quedaba despierto durante más de cuatro o cinco minutos.

Esta noche memorable, acababa de concentrar su imaginación en esta piadosa idea, cuando después de tocar la puerta, entró su padre en el cuarto.

"Pero, ¡papá! ¿Olvíde acaso decirte buenas noches?"

"No, Gerardo, pero no te asustes. Sólo

voy a decirte una palabra. Quieres que las almas del purgatorio te hagan un favor. Yo tengo una pena y tal vez me podrían ayudar a mí también. Mañana, Gerardo, quiero que pidas por mí a la hora de la Comunión; y pide con todo fervor a las almas del purgatorio que me ayuden. Voy a dejar en la bolsa de tu saco diez pesos, para que los juntes con el peso de que me habló tu madre. Es todo lo que puedo dar. No cuentes a nadie lo que te he dicho; tu madre es la única que sabe lo que me pasa."

"Oh papá, ¿y es por eso que la ví como si hubiera llorado? Tenía los ojos muy irritados hoy en la noche."

"Lloró al principio, Gerardo, pero es valerosa y así debes ser tú, hijo mío, si llego a perder mi empleo."

"¿Cómo!" gritó Gerardo incorporándose súbitamente, "va a poner el señor Bush un nuevo apoderado?"

"Eso temo, Gerardo. Hoy me dijo que un grupo de capitalistas interesados en la compañía, está haciendo presión sobre él para que me quite el empleo. El dice que no tiene nada en mi contra, pero que teme que tenga que ceder."

"Pero, ¿no es él quien tiene que decidir?"

"Sí, pero en algunas cosas es débil de carácter y tiene miedo de perder su popu-

laridad entre los miembros de una sociedad secreta a la cual pertenece. Yo quisiera que tuviera más valor. No es difícil, como están las cosas, que pierda yo mi empleo a fin de año. Reza, reza mucho, hijo mío, y no olvides encomendarme a las almas del purgatorio. Hasta mañana."

Y con una sonrisa y un beso, el señor O'Rourke salió de la pieza.

III.

"No tienes suerte, Enrique," dijo la señora Bush a su esposo la tarde de ese mismo día.

"Tienes razón, Margarita, no me siento bien y, además, estoy preocupado con cierto negocio. Temo que me obliguen a cambiar de apoderado."

"¿Cómo! Despedir al señor O'Rourke? Pero si hace poco me decías que era el hombre más hábil y honrado que conocías y que merecía un sueldo mucho mayor que sus seis mil pesos al año."

"Y todavía lo digo. En justicia, deberían pagársele ocho o diez mil pesos. Pero en lugar de aumentarle el sueldo, me molestan día y noche, de palabra y por escrito, para que lo substituya con un tal Juan Landen. Landen, tiene maravillosas ventajas sobre O'Rourke, añadió el señor Bush con amarga ironía. "En primer lugar, Lan-

den no es católico, y en segundo, pertenece lo menos a cinco sociedades secretas. En una de ellas tiene algunos grados más que yo."

"Es una desgracia, Enrique, que hayas ingresado a esa sociedad."

"No tanto, porque por eso he hecho buenos negocios."

"Sí, pero en cambio, has perdido tu religión."

"No digas eso, Margarita. Soy católico, y, lo que es más, moriré como católico."

"Y por qué mientras tanto, no vives como católico?"

Por respuesta, el señor Bush gruñó con disgusto y se puso a leer el periódico de la tarde.

"Mañana, Enrique, es Navidad. Me prometerás venir a Misa conmigo? Nuestros hijos se lo están pidiendo a Dios ardientemente; y tienen la seguridad de que se los va a conceder. Hace ya quince años que no entras a una iglesia. Ven conmigo, prométemelo."

Al hablar, los ojos de la señora Bush se llenaron de lágrimas y la temblaba la voz. El señor Bush se conmovió:

"Ahora estoy muy cansado. Ya iré otro día."

"Pero, Enrique, por qué esperar si puedes ir ahora?"

"Basta ya, Margarita!" gritó impacien-

temente levantándose de su asiento, arrojando el periódico sobre una mesa y llevándose las manos a la cabeza, "por Dios, no me molestes más."

La pobre señora, sin saberlo, había despertado los más profundos sentimientos de su esposo.

El señor Bush era uno de los grandes millonarios de la ciudad. Cuando joven, siempre vivió como católico práctico, pero sus negocios y sus ocupaciones fueron gradualmente apartándolo de sus prácticas piadosas, hasta llegar a contentarse con cumplir con el Precepto Pascual. Después, ingresó a una sociedad secreta. Durante mucho tiempo resistió a esta tentación, pero desgraciadamente para él, en este período de prueba surgió un disgusto entre él y el cura de su parroquia. El Sr. Bush tenía la culpa y, en un arranque de pasión, ingresó a la sociedad secreta y nunca más volvió a la iglesia.

Esa noche, a la hora de cenar, su hijita menor le dijo: "Papá, ¿no quieres hacerme el favor de llevarme a misa mañana?"

Todos los niños, mientras hablaba Laura, miraban ansiosamente a su padre.

"No puedo, hijita; no me siento bien."

Y el señor Bush, no sin emoción, notó en los rostros infantiles las señales de amargo desaliento.

"Debe haber faltado algo en la novena

que hicimos," murmuró Enrique, un discípulo de Gerardo.

María, la mayor de las tres hermanas, le dijo que callara.

"Oh, creo que puedo hablar un poco," prosiguió el intrépido muchacho. "Cuando menos, papá, ven a oír a los cantores. Yo estoy también en el coro, aunque no hago nada extraordinario. Pero Gerardo O'Rourke, en cambio, tiene una voz de ángel y no debes dejar de oírlo. Gerardo es uno de los mejores muchachos de Milwaukee, mucho mejor que yo. Yo lo quiero mucho. Oye, papá, voy a traerlo a casa mañana. Estoy seguro que te gustará hablar con él. No lo has visto desde hace casi un año y cada vez está más simpático."

"Haz lo que quieras," dijo violentamente el señor Bush, dando un puñetazo sobre la mesa, "menos traer a ese muchacho a esta casa. No quiero verlo."

Y ante la consternación de todos, el señor Bush salió del comedor. Estaba muy cansado y muy enfermo. Pobre millonario!

Los niños, algunas horas después, dormían tranquilamente, cuando entró el señor Bush a la recámara en que dormían Laura, Elena y María. Las pequeñas habían prendido cuidadosamente sus medias en la repisa de la chimenea. En medio de la repisa, se encontraba una estatua del Sagrado Corazón.

El señor Bush dejó caer una moneda de oro en cada media, una de las cuales cayó al suelo. La recogió cuidadosamente y, no encontrando el alfiler, tomó la estatua con la intención de usarla como peso para detener la media. Abajo de la estatua había una carta que estaba abierta. El señor Bush se puso sus lentes y leyó:

"Querido Niño Jesús:

¡Te deseamos una Feliz Navidad! Y la tendrás feliz seguramente si llegan a amarte los que no te conocen ahora. Para nosotros sería feliz, si papá fuera con nosotros a Misa. ¡Oh, papá es tan bueno! Estamos seguras de que tú habías de quererlo también, si le conocieras mejor. Ahora, haz que venga con nosotras a Misa. Yo he hecho los Nueve Primeros Viernes por papá y estamos seguras de que irá a la Misa; y vamos a dar todo el dinero que papá ponga en nuestras medias, a un Padre, para que ponga flores en el altar. El día de Navidad esta carta no deberá estar aquí. Esa será la señal de que papá irá a Misa con nosotras.

— María. (Tengo diez años y escribí esta carta yo solita).

Elena. (Tiene ocho años)

Laura. (Tiene seis años).

Después de vacilar unos momentos, el señor Bush se guardó la carta en el bol-

sillo y con los ojos entrecerrados se dispuso a abandonar la pieza. Se detuvo en la puerta, pasó sus manos por sus cabellos y con una expresión de infinito desaliento, colocó la carta en el lugar en que la había encontrado.

Salió muy triste, muy contrariado; y no obstante su cansancio, el infeliz comprendía que no iba a poder dormir.

¡Pobre millonario!

IV.

Gerardo saltó de su cama antes de que el despertador acabara de sonar. En un cortísimo espacio de tiempo había terminado de arreglarse y se lanzó a la calle sin pensar en el frío que sentía. Estaba muy obscuro y Gerardo se vió tentado de regresar a su cama. Pero desechó esta idea inmediatamente, acordándose de lo que su padre le había recomendado la víspera.

“Quiero que se me hielen los pies, que se congelen mis manos, y que me duelan las orejas: todo lo ofrezco por las almas del Purgatorio y si alguna de ellas llega al cielo por el frío que yo siento, espero que intercederá por mi pobre papá.”

Y diciendo esto mientras caminaba con ligereza, se quitó su gorra y sus guantes, deseando ardientemente que se sintiera más frío, sin hacer caso de la nieve que caía abundantemente.

Después de andar algunas calles, se detuvo en una esquina, mirando los borrosos contornos de una gran casa, que no podía distinguirse por la obscuridad.

“¿Mauricio vive en la calle Dieciocho o en la Diecisiete? No me puedo acordar. Ah, sí, esa es la casa, estoy seguro.”

Y pasando apresuradamente por el jardín, subió los escalones de piedra, puso su dedo en el botón del timbre eléctrico y se quedó así tranquilamente, mientras que el timbre sonaba como si nunca fuera a callar.

Había estado tocando durante unos sesenta segundos, cuando Gerardo oyó por dentro de la casa ruido de pasos pesados y se le imaginó, sin saber por qué, que esos pasos provenían de alguna persona enojada, por lo que retiró su dedo del botón eléctrico.

Cuando la puerta se abrió rápidamente, Gerardo se quedó horrorizado; allí, mirándole firmemente, con el semblante contraído por la cólera, completamente vestido estaba el señor Bush!

“Dime, tunante,” rugió la víctima de la dispepsia y del insomnio, tan pronto como vió la silueta de un muchacho que apenas si se distinguía en la obscuridad, “dime, ¿por qué demonios vienes a hacer este ruido infernal a esta hora? Contesta luego: ¿qué se te antoja?”

Gerardo abrió la boca temblando y poco faltó para que cayera al suelo. Finalmente, sobreponiéndose y desesperado, balbuceó: "Se-se-señor! ¿Qué le pusieron en sus calcetines?" Y de un salto bajó la escalera con una agilidad propia solamente de un muchacho de su edad, pensando, tan pronto como se perdió en la obscuridad, que seguramente el señor Bush le había reconocido por su voz y el asunto de su padre, por lo tanto, iba a resolverse de una manera contraria a sus intereses.

Durante algunos instantes el señor Bush permaneció inmóvil. Después, sin cerrar la puerta, desapareció momentáneamente para aparecer después con sombrero y abrigo. Cerró cuidadosamente la puerta, bajó la pequeña escalinata y se perdió en la obscuridad de la noche.....

V.

La Misa de Navidad llegó al Ofertorio... El órgano dejaba oír los dulces acordes del **Adeste Fideles** y Gerardo, estando en el coro junto á su amigo Mauricio (á quien había despertado antes de las tres y media) comenzó ese solemne y hermosísimo himno. Su voz, clara y firme, inundaba la iglesia de una dulzura inefable; pero al llegar a las palabras **Venite Adoremus**, tembló debilitándose, suavizándose de una

manera tan rara, que parecía la expresión perfecta del amor y de la dulzura y el fervor; y al concluir la palabra **Dominum**, se disolvió en un suspiro musical de santo temor.

Así pareció a los que escuchaban; y no pocos fueron los que lloraron y no pocos también, sintieron sus corazones inundados de unción y de ternura.

He aquí la causa de todo: Al comenzar a cantar el verso **Venite Adoremus**, Gerardo dirigió su vista hácia los fieles que llenaban la iglesia y al fijarla en uno de ellos que estaba mirando hácia el coro, cuál no sería su sorpresa al reconocer al señor Bush que atentamente le miraba! Gerardo sintió que la sangre le alfluía a la cabeza: apenas podía proseguir. Pero se sobrepuso valerosamente y su excitación nerviosa fué la que produjo un efecto tan raro a la vez que tan hermoso, que el señor Bush sacó su pañuelo y se lo llevó a los ojos, permaneciendo así durante cinco minutos.

La presencia del señor Bush sorprendió a Gerardo grandemente porque sabía que el millonario nunca iba a la iglesia. Y no menos sorprendido estaba el mismo señor Bush. Por un impulso inexplicable había salido de su casa: por un impulso inexplicable—impulso de la gracia, sin duda alguna—había entrado a la iglesia. Y ahora ¡qué hermoso le parecía todo! los cantos,

Las luces, la solemne ceremonia. En el altar, decía la Misa el Padre H., antiguo confesor del señor Bush. Qué venerable se veía: y como después de la Comunión, este anciano de rostro apacible se volvió hacia los fieles para dirigirles unas cuantas palabras, palabras de paz, de amor, de buena voluntad, el señor Bush se llevó el pañuelo a los ojos nuevamente.

Cuando Gerardo concluyó de dar gracias y acompañado por Mauricio bajaba ágilmente la escalera del coro, vió al señor Bush que avanzaba hacia él. Ante el asombro de Mauricio, Gerardo dió un salto y se lanzó a la calle emprendiendo desenfrenada carrera.

“¿Qué pasa con Gerardo O'Rourke?” preguntó el señor Bush no poco sorprendido.

“Pues . . . Señor . . . la verdad . . . yo creo que se está volviendo loco. Antes nunca se portó así en la iglesia. Feliz Navidad, señor.”

“Gracias, gracias, lo mismo te deseo. Oye, muchacho, ¿quieres hacerme un favor?”

“Con mucho gusto, señor.”

“Dile al Padre H., que está en la sacristía, que en su confesonario le espera un hombre que quiere hablarle. Dile que . . . que . . . es un viejo amigo a quien no ha

visto desde hace catorce años y que quiere comulgar en seguida.”

“Muy bien señor,” dijo Mauricio dando media vuelta.

“Espera; otra cosa. Mi nombre es Bush. ¿Sabes dónde vivo?”

“¿Cómo no! Usted vive en la calle Dieciocho y yo vivo en la Diecisiete, y nuestras casas se parecen mucho; por eso precisamente Gerardo O'Rourke confundió hoy en la madrugada mi casa con la de usted. Ya me contó todo y está muy apenado.”

“Muy bien, ahora comprendo. Bueno, ve a mi casa y llévale a mi señora este recado: dile que he venido a Misa y que voy a comulgar. Dile también que vaya a la recámara de las niñas y que recoja la carta que encontrará abajo de la estatua del Sagrado Corazón, sobre la chimenea: que la lea y que la guarde bajo llave sin que mis hijas se enteren. ¿Entiendes?”

“Sí señor.”

“Reptelo,” dijo el señor Bush sentenciosamente.

Un minuto después, Mauricio, habiendo notificado ya la cita al Padre H., corría velozmente por las calles, como si comprendiera toda la trascendencia del mensaje que portaba.

"¡Oh!" exclamó Elena, bailando alegremente sobre la alfombra.

"¿Qué, qué?" gritó María.

"Se fué..... la carta..... ya la habrá leído el Niño Jesús."

La señora Bush, con lágrimas de felicidad en los ojos, entró y besó a sus hijitas, y, cuando ellas le contaron que el Niño Jesús había tomado la carta, las besó nuevamente y salió de la pieza para ocultar su emoción.

El señor Bush entró en seguida y era difícil creer que ese hombre de semblante placentero y feliz, había pasado la noche sin dormir un solo momento.

Estaba jugando con sus chiquillas y escuchando por centésima vez la historia de la carta, cuando sonó el timbre de la puerta.

"Oye, papá," gritó Enrique Bush, "Gerardo O'Rourke dice que quiere verte."

"¿Que pase luego?"

Gerardo entró pálido y nervioso. Iba a excusarse, desafiando—pobre pequeño héroe—al león en su guarida. Pero antes de que pudiera pronunciar una palabra, el señor Bush se adelantó, estrechándole entre sus brazos.

"Está bien, Gerardo, no necesitas darme explicaciones. Equivocaste mi casa, ¿no es así? Cuéntame todo y te prometo darte una buena noticia."

"Pues..... sabe usted..... señor..... yo soy muy flojo," comenzó Gerardo, profundamente sorprendido, "y aposté que había de despertar a Mauricio Desmond para la Misa de las cuatro. Entonces pedí a las almas del purgatorio que intercedieran por mí para que me pudiera levantar a tiempo. Y cuando por equivocación, señor, llegué a esta casa y lo ví a usted, frente a frente, comprendí que el negocio de mi padre estaba completamente perdido y..... oh, ya lo dije!"

"¿Qué es lo que has dicho?"

"Le había yo prometido a mi papá no decir a nadie una palabra de esto."

"Gerardo O'Rourke," dijo el señor Bush, "eres un excelente muchacho y no sabes que fueron las almas del purgatorio las que te mandaron a tocar a mi puerta."

"Y el Niño Jesús," añadió Elena.

"Si no hubieras tocado en mi casa, yo no habría ido a la iglesia, y si yo no hubiera ido a la iglesia, tu padre habría perdido su empleo. Ahora, dile esto: él se quedará en su empleo mientras viva" y, añadió en voz baja, dirigiéndose a su esposa, "desde el primero del próximo enero, tendrá el sueldo que merece. Gerardo, yo también voy a hacer algo por las almas del purgatorio. Dile a tu padre que, si no tiene inconveniente, me gustaría que me acompañara hoy en la tarde para que juntos dis-

tribuyamos sus diez pesos, más lo que yo voy a dar.''

Cuando Gerardo bajó la escalera, emprendió una carrera que, en velocidad dejaba muy atrás a la de la madrugada.

Y así, Gerardo, su padre y su familia, fueron felices, y el señor Bush y su familia fueron felices: y muchos pobres fueron también felices. Y lo mejor de todo es que, indudablemente, alguna alma del purgatorio emprendió ese día su vuelo hacia el cielo: todo esto debido a una insignificante apuesta en la que todos resultaron ganando.





VELADORAS VIGIL
COMBUSTION PERFECTA:
SIN OLOR, SIN HUMO,
SIN PELIGRO.

No es Veladora si no es
"VIGIL"

Cada Veladora tiene la
MARCA "VIGIL."

RECHAZENSE LAS IMITACIONES.

WILL & BAUMER, S. A. "LA MODERNA"
Fabricantes de velas de todas clases.
San Cosme, 111. MEXICO, D. F.

NUESTRO NOMBRE ES LA GARANTIA
DEL CONSUMIDOR

FABRICAMOS VELAS DE TODAS CLASES:

DE CERA, DE ESTEARINA,
DE PARAFINA, DE COLO-
RES, DECORADAS.

VENDEMOS ARTICULOS PARA IGLESIAS:

LAMPARAS PARA SANTUARIOS,
INCIENSOS. ENCENDEDORES.
VELADORAS VIGIL.



Enviamos Catálogos á Quien los Solicite.

FABRICAMOS VELAS ESPECIALES PARA
PRIMEA COMUNION, ARTISTICAMENTE
DECORADAS Y A PRECIOS ECONOMICOS.

WILL & BAUMER, S. A. - "LA MODERNA"

FABRICANTES DE VELAS DESDE 1855.

7a. SAN COSME 111. MEXICO, D. F.



OBSEQUIO DE
WILL & BAUMER, S. A.
"La Moderna" Velas de todas clases.
7a. San Cosme, III. México, D. F.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONFESIÓN
Y LA
PSIQUIATRÍA MODERNA

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.



OBSEQUIO DE
WILL & BAUMER, S. A.

"La Moderna" Velas de todas clases.
7a. San Cosme, III. México, D. F.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA CONFESIÓN
Y LA
PSIQUIATRÍA MODERNA

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. J.

La Confesión

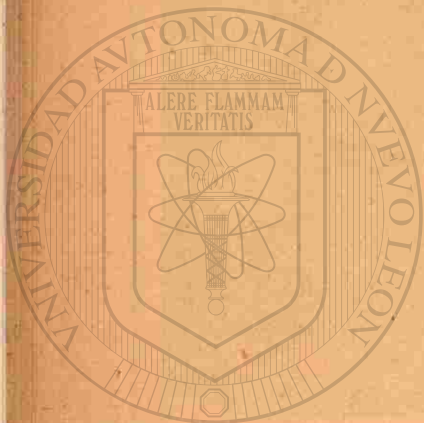
y la

Psiquiatría moderna

POR EL

R. P. RAMÓN RUIZ AMADO, S. I.

Consejero de Instrucción Pública



U A N L



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LIBRERÍA RELIGIOSA

Aviñó, 20: BARCELONA

1924



La Confesión

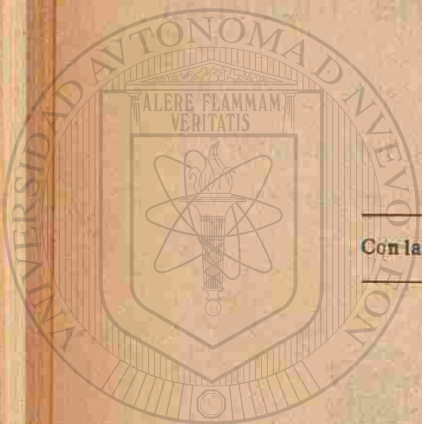
y la

Psiquiatría moderna

Una de las cosas en que más adelantan las modernas ciencias de la Naturaleza es en demostrar la íntima conexión entre nuestro organismo y los actos psíquicos o anímicos.

Por desgracia, muchos hombres de Ciencia, poco versados en Filosofía racional, sacan de esa conexión un concepto materialista de la vida humana. Pero éste es vicio de *interpretación* de los datos científicos, y en nada amengua el valor de los aludidos descubrimientos, los cuales reciben, sin la más mínima violencia, la recta interpretación que les da la antigua Filosofía de Santo Tomás, admitida generalmente por los católicos.

Lo único incontrovertible son los *hechos* bien establecidos, y éstos nos demuestran, con evidencia cada día mayor, que hay en-



Con las debidas licencias

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

tre el cuerpo y el alma, en el hombre, una continua reciprocidad de influjos; de manera que, así como las afecciones orgánicas influyen en la determinación de los estados y operaciones anímicos, así también — con no menor eficacia, — los actos de las facultades superiores del alma ejercitan una influencia indudable en los estados del organismo, siéndo capaces de determinar en él la salud o la enfermedad, especialmente en aquellas dolencias que radican en el sistema nervioso central, el cual, como órgano de la imaginación y del apetito sensitivo, ejercita y recibe mayores influjos de la vida anímica.

La ciencia que se ocupá generalmente en la curación de las enfermedades cerebrales que se traducen en desarreglos del funcionamiento de las facultades superiores del hombre, es la *Psiquiatría* (1), la cual se vale para dicha curación, ya de medios físicos, ya de medios psíquicos.

A su vez, la ciencia que por medios psíquicos procura remediar las enfermedades, ya sean físicas, ya psíquicas o anímicas, se llama *Psicoterapia* (2).

En estas páginas no vamos a ocuparnos

(1) De las voces griegas ψυχή, el alma y ιατρός, el médico.

(2) De ψυχή, el alma, y θεραπεύω, cuido.

en ésta, sino más bien en la primera, en cuanto se propone la curación de ciertas perturbaciones nerviosas, que determinan un general estado valetudinario, por el remedio psíquico de la *comunicación* de los pensamientos o afectos penosos, cuya gra vez a había sido el primer origen del estado morboso.

Y no pretendemos tratar de esta materia como especialistas — pues no lo somos en Medicina, sino en Pedagogía y Moral; — sino sencillamente nos proponemos vulgarizar algunas ideas, que juzgamos de mucha importancia, inspiradas en un sistema de Psiquiatría que hoy llama justamente la atención de los sabios, es a saber: el llamado *Análisis psíquico* del especialista vienés Dr. Segismundo Freud.

Expondremos estas ideas con toda sencillez, por el orden que se nos han ofrecido en nuestros estudios y experiencia; pues no destinamos estas páginas a los sabios, sino a las personas de general cultura para quienes pueden ser de interés vital.

Estudiando la obra magna de Ernesto Meumann (1), que ha sabido reunir en tres

(1) *Vorlesungen zur Einführung in die experimentelle Paedagogik und ihre psychologischen Grundlagen*, Leipzig, Engelmann, 1911-13 y 14.

gruesos volúmenes los más acendrados rendimientos de la masa enorme de materiales acumulados en varias naciones (sobre todo en Alemania, Francia y los Estados Unidos), por los trabajos de laboratorio psíquico-experimental, encontramos un caso que nos llamó poderosamente la atención.

Trata Meumann de los estorbos de la acción voluntaria, y dice: (I, 641 y sigs.).

«En estos últimos años se ha descubierto otro grupo de estorbos de la voluntad particularmente graves; es a saber: aquellos impedimentos que llegan al terreno patológico, y se originan de la conciencia de la culpa; los cuales ofrecen especial peligro para el desarrollo psicológico cuando se juntan con el peculiar fenómeno de la *exclusión* psíquica.

»Puede acontecer que un niño, por cualquiera ocasión, haya cometido una falta grave (o que le parece tal), cuya memoria se le hace intolerable. Cuando se trata de niños de alguna edad, puede acontecer que ese recuerdo sea insufrible para su propia estima y conciencia de su dignidad. Al propio tiempo rehuye toda manifestación de aquel hecho que pesa sobre su conciencia, y oculta su acción, no menos a los compañeros que a los mayores. Entonces puede acaecerle una de dos cosas: o que sufra física y moralmente bajo la penosa recor-

dación continua de su falta, o que se produzca una *exclusión* patológica de aquella memoria y de todos los demás recuerdos con ella conexos. Aquel conjunto de intolerables representaciones de su fantasía, sale enteramente de la esfera de su conciencia y (aposentado en la conciencia subliminal, o subconciencia) produce síntomas de más o menos graves enfermedades nerviosas, especialmente del género histérico (*Histeria infantil*).

»Toda la vida voluntaria y sentimental del individuo que padece esa *exclusión* (1), aparece gravemente apesgada. Reina en él un estado de depresión, se debilita la energía de la voluntad, se hacen ordinarios los estados de indiferencia e indolencia emocional y moral, y se sigue una creciente degeneración moral».

—Y aquí viene lo que más nos llamó la atención, cuando por primera vez leímos este pasaje: «En tal situación, la única esperanza de salvación para el niño consiste, frecuentemente, en que halle una persona mayor (un médico, un educador, un *hombre*) que comprenda su estado, con quien tenga entera confianza, y que provoque en él una completa *explicación* de los hechos penosos que originaron la *exclusión* de la memoria consciente.

(1) *Verdrängung* la llaman en alemán.

»En una conversación hábilmente dirigida, se puede resucitar la perdida memoria de todos aquellos sucesos olvidados; y así se produce una manera de *reacción* y como transformación de aquellas impresiones que pesaban sobre el alma (aunque inconscientemente).

»Si entonces logra la persona a quien se confía el enfermo descargar completamente aquel peso que gravaba su conciencia, ya sea disculpando los hechos, o compensándolos con un sincero arrepentimiento, parece poderse obtener por ese camino la curación, así de la dolencia física como de la degeneración moral.

»Cuál sea el nexo causal entre esta exclusión de los afectos y recuerdos, por una parte, y los daños físicos y morales que de ella se originan, por otra, todavía no se ha explicado suficientemente. Pero el mérito de haber descubierto su importancia pertenece, no obstante, al psiquiatra vienés Sigmundo Freud y a sus discípulos».

Hasta aquí el caso patológico, cuyo ulterior estudio remite Meumann a los psiquiatras. Por nuestra parte hemos de limitarnos a indicar lo que ya dijimos en otra parte (1): Que apenas hallamos otro medio que el de la *confesión católica*, para obte-

(1) *La Educación Hispano-Americana*, n. de Abril de 1916, págs. 49.

ner ese efecto deseado por la Psiquiatría, de que el niño (o el adulto) descubran enteramente los senos de su conciencia a una persona de toda confianza, y obtengan de esta suerte la *exoneración* psíquica, necesaria para iniciar su curación.

Y esto, no sólo porque es muy difícil (o moralmente imposible) que el médico, y menos el maestro, inspiren esa confianza al enfermo de una psicosis producida por el modo dicho, sino porque, aun obtenida la manifestación, ni el médico ni el maestro podrán disponer de recursos tan poderosos como el sacerdote católico, para *ensanchar* esa conciencia oprimida y devolverle la perdida elasticidad y esponjamiento.

¿Qué medios tiene la Medicina o la Pedagogía (sobre todo *laica*), comparables en este concepto, con aquel: *Levántate, que ya Dios te ha perdonado*, que puede decir el sacerdote católico después de la confesión?

Omito el peligro de que, estimulado por el deseo de la curación, ingiera el médico no muy escrupuloso o docto en Moral (que no es su especialidad), ideas menos exactas o totalmente falsas y, por ende, llenas de futuros peligros, no atendiendo sino a producir de momento la reacción de aquella pobre conciencia oprimida. Aunque se proceda con toda corrección, como se puede esperar de médicos y maestros doctos y

cristianos, nunca podrán éstos alcanzar la eficacia expansionadora del alma, que se contiene en la *absolución sacramental*, debidamente explicada al penitente.

El conocimiento de este caso clínico, nos estimuló a proseguir el estudio de tan importante materia; y posteriormente, en la práctica de las misiones y dirección de las almas, hemos hallado nuevas enseñanzas, que nos han movido a formular por escrito, en estas breves páginas, lo que más de una vez hemos expuesto en conferencias privadas y públicas; esto es: la importancia inmensa de la *Confesión sacramental*, como medio para curar aun las naturales dolencias psíquicas, descubierto, bien fuera de su intención, por la *Psiquiatría moderna*.

* * *

El caso referido por Meumann, como otros que hemos leído más tarde en las obras del mismo S. Freud (1), son casos en cierto modo *típicos*; pero sin llegar al carácter agudo de ellos, que hace sean comúnmente considerados como *patológicos*, hay otros infinitos casos de verdadera *dolencia psíquica*, tanto más difíciles de curar, cuanto el paciente se tiene menos por

(1) Vgr., en sus Prelecciones de la Clark University de Worcester (1909).

enfermo, y por tanto, está menos dispuesto a someterse a tratamiento.

Saliendo del estudio, demasíadamente estrecho, de esos casos clínicos, caracterizados por la *exclusión* de la memoria consciente, y extendiendo la consideración a otros muchos que, sin ese accidente, participan en el fondo de la misma naturaleza; hallamos que *toda acción* contraria a la naturaleza racional del hombre, produce en él una graveza o pesadumbre, consciente unas veces, y subconsciente o inconsciente otras.

La razón de esto es harto sencilla para los que profesamos en Filosofía moral que la *moralidad* consiste en la conformidad de los actos humanos (libres) con la naturaleza racional en cuanto tal.

De la misma manera que cuando nuestro estómago ingiere una substancia contraria a su naturaleza física o estado presente, experimenta una molestia y gravamen, que puede ser mera dificultad de la digestión, y puede ser trastorno mortal producido por un veneno; siendo la *moralidad* la conveniencia con la naturaleza racional del hombre, toda acción *inmoral*, como contraria a dicha naturaleza, le ha de producir una molestia o pesadez, que unas veces se traduce en *dolor* sensible (como la indigestión aguda), otras en mera graveza

que perturba la serenidad del ánimo, produciendo tristeza, mal humor, y un malestar indefinido, que frecuentemente atribuimos a personas o cosas que nada tienen que ver con él.

El que se ha dejado llevar de la ira injusta, vgr., queda con un sentimiento interno de amargura, que, en su verdadero fondo, es desagrado de la *propia acción*, contraria a la naturaleza racional; pero muchas veces se disfraza en el hombre mundano, dando a entender al mismo paciente que no es sino efecto de la mala conducta de los que han sido ocasión de nuestro violento enojo.

De esta manera, casi todas las faltas que cometemos nos sugieren *excusas* de nuestra propia culpabilidad, achacando nuestras acciones desordenadas a defecto de los demás.

El avaro se revuelve contra el que le pide, o aun contra aquél que no le pide, pero que su conciencia le dicta debía favorecer, e inculpa sus antiguos despilfarros, causantes de su pobreza actual (¡que le está *muy bien empleada!*), o su haraganería o necedad en la gestión de los negocios, etc.

¿Qué es lo que le mueve a esas inculpaciones?—No otra cosa sino el secreto *malestar* causado en el fondo de su alma por la deformidad de su propia avaricia.

De la misma manera *molesta* al lujurioso

la castidad de los demás, y acusa de *hipócritas* a los que no son como él deshonestos. El irreligioso ataca sañudamente como *fanáticos* a los creyentes más sinceros; y así, generalmente, los que están manchados con algún vicio, en vez de defenderse o excusarse, toman la *ofensiva* e impugnan a los que viven libres de él.

¿Cuál es la razón de este fenómeno tan común? Se dice vulgarmente que la virtud ajena molesta al vicioso porque es una *tácita reprensión* de sus propios desórdenes. Ya podrá ser esto en muchos casos; pero no parece razón suficiente en todos; pues, en muchos de ellos, la persona virtuosa, por su humildad, timidez y hasta apocamiento, no es a propósito para imponerse al vicioso descarado, como molesto censor.

Más profunda y científica nos parece esta otra razón: que el vicioso siente un interno *malestar*, una inconsciente o subconsciente pesadumbre, que le pone mal humorado y con necesidad de descargar en los otros ese mal humor, que racionalmente debía volver contra sí mismo, para procurar su corrección. Y como lo que le apesadumbra es su modo de proceder *contrario a su propia naturaleza racional*, naturalmente se irrita contra aquellos cuya conducta es conforme a dicha naturaleza racional ultrajada. El actual espectáculo de la virtud le

hace más sensible (aunque no siempre conscientemente) la discrepancia de sus defectos, y acrecienta su malestar, mientras sus fuerzas afectivas continúan en su viciosa dirección. Por el contrario, desde el momento que las rectifica, el ejemplo de la virtud ajena le produce una impresión por extremo placentera. Por eso, el convertido, busca naturalmente la compañía de los buenos y se halla muy a su sabor entre ellos.

Estos hechos de experiencia cotidiana, ilustrados por los casos clínicos que estudia la Psiquiatría, nos conducen a la misma conclusión a que llega Freud: que hay muchos *elementos patológicos en la vida ordinaria*, en la vida de las personas que no se tienen por enfermas y a quienes nada pasa menos por las mentes que someterse a un régimen psiquiátrico (1).

Estos síntomas patológicos de las enfermedades *morales*, no siempre se exteriorizan en formas antisociales, como la tristeza, mal humor, *spleen*, pesimismo y mordacidad contra el prójimo. Tal vez con más frecuencia todavía se traducen en cierta *inquietud* que parece plétora de vida; en necesidad de *actividad* exterior, sed de placeres sensitivos, y cierto frenesí que arrastra

(1) Cf. Freud, *Psychopathologie des Alltagslebens*, Berlín, 1910.

al paciente a las risas y diversiones *bulliciosas*, las cuales dejan luego su ánimo exhausto y desolado con íntima amargura.

En nuestra juventud conocimos un *caso típico* de esta disposición patológica, en un antiguo compañero que se había entregado a los desórdenes más graves que el mundo tolera indulgentemente en la juventud. Era un muchacho amable en la sociedad, alegre, decididor; trabajaba con actividad febril las horas que necesitaba consagrar a un empleo lucrativo, y luego se lanzaba con el mismo ardor a la corriente de los placeres: comía, bebía, gastaba y parecía divertirse locamente.

En este estado le hallé después de varios años de separación, y me acogió con alegría bulliciosa; me convidó a comer, me dió largo champagne, me llevó al teatro..., y cuando, después de aquella velada, al parecer felicísima, nos retiramos a su casa y continuamos nuestra efusiva charla sentados en un balcón (era tiempo de verano), me confesó que, después de tales orgías no se sentía capaz de resistir la soledad; y cuando no podía ya evitarla, no tenía otro remedio — para no pegarse un tiro, — que llenarse de ron hasta quedar completamente embriagado y dormido.

Diré de paso que aquel joven (a quien tuve la suerte de poder reconciliar con su

familia, y volver, por lo menos temporalmente, al buen camino), sin otra medicina que su reformación moral, quedó curado de aquel estado patológico.

Pero este caso es *extremo*. No obstante, arroja mucha luz para comprender muchos otros que pertenecen a eso que llama Freud *Lo patológico en la vida cotidiana*.

Esa *inquietud* que se advierte en muchos de nuestros contemporáneos; esa sed de diversiones ruidosas; esas demasiado clamorosas carcajadas con que procuran aturdirse; no son sino síntomas harto claros para el ojo clínico ejercitado, que descubren una *psicosis* más o menos grave.

En lo que hemos de disentir enteramente de Freud es en el origen de esos desequilibrios psíquicos. El psiquiatra vienés cree (por la endeble inducción de un corto número de casos) que todos ellos nacen de la inevitable represión del *erotismo* prematuro o antisocial. Pero aunque ése es uno de los factores que pueden contribuir a producir tales desarreglos psíquicos (1), no es único, ni puede elevarse a *regla general*.

Antes al contrario; en las psicosis que provienen de un origen genésico, se halla la razón común asignada por nosotros; al

(1) Véase nuestro libro *La Educación de la Castidad*, 3.^a ed.

paso que es imposible demostrar que, en todos los casos de perturbación psíquica, intervenga el factor erótico.

Cabalmente el *erotismo* es uno de los móviles que provocan más acciones contrarias a la naturaleza racional en cuanto tal. Y por eso, y no por ser eróticas, producen semejantes acciones la perturbación psíquica, origen del estado patológico. Desde el momento que no se las considera como contrarias a la Naturaleza racional, cesa toda la influencia morbosa de las mismas; y así, aun Freud quiere que, cuando el *Análisis psicológico* haya descubierto tales excesos como punto de partida de la psicosis, se comience por presentarlas a la conciencia del paciente como inculpables, o menos culpables de lo que le habían parecido. En una palabra: para hacerlas inocuas, quiere que se las despoje de su carácter inmoral; luego en ese carácter de *inmoralidad* estaba el fómite mórbido. Pero es así que ese carácter se puede hallar (y, por tanto, puede ser causa de desequilibrio psíquico) fuera del distrito de las afecciones eróticas; luego no es el *erotismo*, sino la *inmoralidad*, la razón común de los actos causantes de dichos desequilibrios.

De todo lo dicho hemos de concluir: 1) que toda acción inmoral deja en el ánimo (consciente o inconscientemente) una per-

turbación y alteración, que puede fácilmente redundar en el sistema nervioso y convertirse en origen de una psicosis más o menos aguda; 2) que muchas de las manifestaciones morbosas que se advierten en la moderna vida cotidiana, son efecto de precedentes desórdenes morales; 3) por tanto, el tratamiento de esos desequilibrios, que labran la infelicidad de la mayor parte de nuestros contemporáneos, ha de ser el indicado para las enfermedades que caen bajo la jurisdicción de la Psiquiatría.

Tú, lector mío amable, no te tienes acaso por enfermo. La *neurastenia*, la *psicostenia*, no te amenazan, por lo menos sensiblemente. Mira, no te acontezca como a tantísimos que se tienen por sanos; a quienes consideraba como tales la Medicina antigua; pero la Medicina moderna, de más perspicaces ojos, amonesta a que se cuiden y se pongan con tiempo bajo la dirección de un facultativo.

Tú comes de todo, y no te sienta mal. Pero acaso tu dentadura alberga ya los gérmenes de caries que te darán más adelante dolores terribles, si con tiempo no la cuidas. Tal vez eso que te parece apetito excelente, es la *tenia* que en breve te debilitará espantosamente.

Anda por nuestras calles mucho movimiento acelerado, que parece exuberante

actividad. Resuenan muchas risas clamorosas, que parecen sana alegría... Yo me atengo al parecer de Freud: ¡hay debajo de esa aparente salud, mucha *patología callejera!* Examinate amigo mío; no sea que debajo de tus buenos colores estés alimentando los gérmenes de la tuberculosis.

—¿Gozas de tranquila paz? ¿Te hallas bien a solas? ¿Sabes alegrarte con tus propios pensamientos; con los entretenimientos honestos, con las lecturas sanas? ¿Eres feliz?

—¿No? Pues mira que tienes *obligación* de serlo, y es menester que examines cuanto antes, por qué resquicios se te escapa esa legítima felicidad, patrimonio de la buena conciencia, de la *salud del alma*.

Y si te das cuenta de que hay en ti algo desequilibrado, aunque no te produzca dolor, sino esta *inestabilidad*, agitación, bulliciosa expansión, que hemos dicho; hazme el favor de acudir al médico, antes de que tu enfermedad se haga crónica, y por el mismo caso, incurable.

* * *

En uno de los viajes que he hecho dando conferencias sobre varias materias pedagógicas y apologéticas, en diversas ciudades de Europa y América, se me presentó un caballero, a quien por su aspecto

exterior juzgué desde luego neurasténico.

Pidióme hora y sitio para tener conmigo una detenida conferencia, y habiéndoselos señalado, no sin temor de que habría de someter mi paciencia a una terrible *tata*; me dió la grata sorpresa de ofrecerme en su persona un *caso* de tratamiento psiquiátrico de los que podían ser para mí más interesantes.

Aun cuando no me lo declaró en confesión, ni jamás se confesó conmigo, lo explicaré con la discreción necesaria para que por ningún hilo se pueda sacar el ovillo de su individualidad, que lo mismo podría hallarse en Madrid que en Buenos Aires.

Es, pues, el caso, que mi *paciente*, siendo muy niño, había ejecutado una acción enteramente *amoral*; pero que una persona necia le afeó gravemente como una gran falta contra su padre.

El niño no tenía ya madre (con quien por ventura hubiera desahogado su affligido pecho), y su turbación fué tal, que le trabó la lengua para que no se atreviera a hablar a su padre; y así pasó día tras día y semana tras semana. Limitábase a contestar con gestos de cabeza o monosílabos. Hízose en casa hurraño, se reconcentró, y comenzó la vía dolorosa de una larga serie de degeneraciones morales y psíquicas, que se tra-

dujeron en diversas fobias y defectos morales y sociales.

Las especiales circunstancias de su vida hicieron que, en medio de tan graves dificultades, llegara sin particular contratiempo a edad adulta, y siendo ya dueño absoluto de sus acciones, y mirándose como ordinario *neurasténico*, se dirigió a Ginebra para someterse al régimen de Mr. Dubois, que promete librar de esa pênosa dolencia.

Por lo visto, el sistema de Dubois (diametralmente opuesto al de Freud), pone su fuerza en las *exhortaciones* con que *ilustra* la conciencia. Procede, digámoslo así, de fuera a dentro, por medio de una especie de *enseñanza* tranquilizadora. Pero como esta enseñanza es *determinista* (como generalmente la doctrina de Mr. Dubois), nuestro enfermo se comenzó a escamar y, no sintiendo tampoco particular alivio, terminó su tratamiento despidiéndose cortésmente del doctor y pagando su cuenta.

Sin otro designio que gozar de las bellezas de Suiza, se dirigió entonces a Zurich, y una serie de providenciales casualidades le condujo allí a la clínica de *Psychoanalyse*, regentada por un discípulo de Freud.

Con esa facilidad con que se abre a cualesquiera sugestiones el que viaja por el extranjero sin una finalidad y rumbo fijos, se sometió a su tratamiento, que resulta no

muy diferente de unos *Ejercicios espirituales* suavizados en la parte material.

Pusiéronle en una alegre y confortable habitación, al cuidado de una diligente enfermera, con orden de descuidar totalmente de sí mismo y de todas las cosas del mundo, durante los días de su estancia en aquella mansión agradable.

Fuera de esta parte material, puramente higiénica, todo el tratamiento se reducía a una hora de sesión matutina con el médico o practicante que se encargó de él. El cual, el primer día, le explicó la teoría de las dos regiones de la psique humana, *consciente* y *subconsciente* o *subliminal*. Las enfermedades psíquicas se originan, según esta teoría, de *ideas* o *recuerdos* que han desaparecido de la esfera consciente, y se han refugiado en la inconsciente, donde ejercitan su influjo morboso, como verdaderas *espinas* clavadas en el alma, que no producen noticia de sí, pero sí inflamación y dolor.

Para sacar estas espinas, o (sin metáfora) para hacer que estas ideas o memorias emerjan a la luz de la esfera consciente, han empleado muchos psiquiatras el *hipnotismo*. El principal progreso de Freud consiste en substituir ese medio, siempre arriesgado, por el *Análisis psicológico*, el cual no se practica en las clínicas de Freud, como en ciertos laboratorios de Psicología

experimental o de Criminología, por medio de series de preguntas, aptas más bien para aumentar la enfermedad que para curarla. Al contrario; una vez propuesta al enfermo su *necesidad* de escarbar hasta lo más hondo del alma, y sacar de ella, por una sincera declaración hecha al médico, todos los recuerdos o ideas que hay en lo más hondo; el médico se limita a escuchar.

Por eso hemos dicho que procede (al revés de Dubois) de dentro a fuera. El médico no da más que el revulsivo, y luego deja pacientemente que el enfermo vaya declarando todo cuanto le viene a la memoria, empezando por los primeros y más antiguos recuerdos de su niñez, y sin recatar aun las acciones o deseos más vergonzosos.

Naturalmente, no a cualquiera médico se animará un enfermo a hacer tales declaraciones. Le ayudará (como en el caso nuestro), la idea de que Zurich y la clínica de Freud están a algunos miles de kilómetros de su país, y que por tanto, no hay probabilidad alguna de que el tal facultativo, dado que sea capaz de una indiscreción, tenga ocasión la más remota de cometerla.

Cuando el enfermo — *en treinta horas* de esta confesión general, — declaró haber dicho ya cuanto recordaba y sabía de sí, el médico le estimuló con algunas observaciones.

—¡Hum...!—le decía,—V. no me lo explica todo. Yo veo claramente que me recata V. algo. Comprendo su natural repugnancia. Pero mire que sin esto no es posible su entera curación.

Con estos excitantes, el enfermo volvía a escudriñar su conciencia, y ya añadía algún hecho o circunstancia olvidados, ya aseguraba con toda aseveración, que nada más le quedaba en el buche.

Terminada—en treinta días—aquella prolija historia, el médico se limitó a entregar al enfermo un papel que contenía una lista de sus *fobias*.

En realidad había obtenido dos efectos: uno era extraer aquel recuerdo penoso que había sido origen de su mal, y que, en el caso presente, bastaba poner de manifiesto para demostrar su inanidad. El otro efecto principal era la *exoneración psíquica* de aquel ánimo, cuya dolencia había nacido precisamente de funesta opresión. Por eso el enfermo sentía positivo alivio, y quedaba con ganas de repetir el tratamiento...

Aquel hombre, taciturno por efecto de su psicosis, hablaba con vivacidad y como quien muele de represa. De la misma manera me refirió su historia (pues la neurastenia no se la dejó en Zurich); y yo le miraba sonriendo, interrumpiéndole a veces con una risa franca, y viendo alegremente

que, la temida *lata*, aceptada por puro amor de Dios, se me había trocado, por su disposición amorosa, en una conferencia para mí por extremo interesante.

—¡Qué lástima—le dije, cuando hubo terminado,—que el practicante de Zurich no fuera sacerdote con licencias!

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque de haber tenido facultad de perdonar pecados, ¡le ahorra el trabajo de hacer otra confesión general! Pues, en efecto, lo que V. hizo en Zurich, fué una espléndida confesión general *laica*, y ahora acaba de confirmarme en una idea que germinaba ya en mi cabeza.

—¿Y es?

—Que la *confesión católica* es el más poderoso método de curación de las enfermedades anímicas, no sólo según nos lo enseña la Religión católica, sino también, según lo confirma la *Psiquiatría moderna*.

—Usted—continué—hizo, sin percatarse de ello, unos verdaderos *Ejercicios espirituales... laicos*. Y le aseguro a V. que pocas veces, en los Ejercicios ignacianos, se han hecho confesiones generales de *treinta horas*.

Con todo eso, el *Análisis psicológico* de Freud no alcanza, ni puede alcanzar, una curación tan radical como la Confesión católica.

1.º Porque la Confesión católica *previene* esa cerrazón del alma, que tan funesta suele ser a tantos, por más que, en naturalezas robustas, no llegue a la declarada neurastenia. Los venenos que matan a una persona débil, no producen más que un tremendo cólico a otra más resistente. Aunque, así y todo, no creo que a nadie le divierta tener una de esas colerinas.

Si V. se hubiera confesado periódicamente con un confesor *fijs* y discreto, él hubiera advertido la cerrazón de su ánimo, y seguramente V. mismo se lo hubiera abierto, y hubiera evitado el origen de todos sus daños.

Y mire V.; la mayor parte de esas gentes que andan precipitadamente por las calles... y por el camino de la vida, llevarían un paso más higiénico, si se confesaran con frecuencia y debidamente.

2.º y principal. Porque si, en casos como el de V., donde se trata de una *vana* *aprensión*, es fácil tranquilizar el ánimo y devolverle la quietud, en otros muchos, en que el origen del desequilibrio psíquico es un hecho verdaderamente criminal de efectos *irremediables*, no sé qué pueda decir la Filosofía de Freud para restituir al ánimo una paz absoluta.

Por el contrario: el Sacerdote católico tiene en su mano la dispensación de la

Sangre de Cristo, de infinito valor para curar las más encanceradas llagas; tiene en los labios las palabras de Cristo: *Confía, hijo, perdonados te son tus pecados!*

Por eso podemos afirmar que quien use, con la frecuencia y modos debidos, de la Confesión sacramental, *nunca* incurrirá en tales enfermedades del alma (el cuerpo otras medicinas necesita), no ya en esas agudas y propiamente *clínicas*, sino ni aun en otras cotidianas que los enfermos se pasan por la calle, pero que les roban la paz y la felicidad de la existencia.

Y cuenta con que hasta aquí no hemos dicho una palabra del aspecto sobrenatural: del que mira a la *reconciliación con Dios*, fuente de todos los verdaderos bienes.

A la verdad, por mucho que concedamos a los efectos naturales, psiquiátricos, de la confesión sacramental, no es posible explicar por ellos todos los admirables frutos que de ella se siguen, y que con frecuencia admiran a los mismos misioneros y confesores más experimentados.

Hemos visto muchas veces a hombres que habían andado apartados de la fe, que al ser invitados a volver a ella, se sentían llenos de innumerables dudas y dificultades, nacidas de las lecturas irreligiosas fre-

cuentadas imprudentemente durante muchos años. A pesar de sus deseos de volver al buen camino, nos decían con amargura: «Padre, ¡no puedo creer! Las creencias sencillas de mi juventud han naufragado definitivamente en este agitado mar de cavilaciones, objeciones y dificultades».

Y no obstante, cuando han hecho su confesión, cuando han oído las dulces palabras de perdón e indulgencia general, que les ha dicho Jesucristo por boca del sacerdote, todas aquellas dudas han desaparecido. La fe ha renacido con toda su ingenuidad juvenil, y ellos mismos se han reído de sus dudas anteriores.

—No, Padre; nos han dicho; no eran dudas de la inteligencia; eran temores de un corazón que se sentía enemistado con Dios!»

Y lo mismo que con la fe, acontece con las pasiones más arraigadas; con esos vicios contra los cuales no se siente ya el vicioso con fuerzas para resistir y luchar.

Desde el momento que hace una buena confesión, desde el momento que derrama su corazón a los pies de Jesucristo, a quien considera en la persona de su ministro, parece que el cáncer es extirpado, y la carne se siente de nuevo sana y vigorosa para cicatrizar las llagas hediondas que la práctica inveterada del vicio había ahondado.

No hay remedio más eficaz para luchar

contra cualesquiera vicios, por fuertes y habituales que sean (sobre todo contra el vicio sensual), que la confesión sacramental. Podrá ser que sobrevengan recaídas; podrán sentirse, por efecto de ellas, vacilaciones y desfallecimientos; pero si persiste el tratamiento, tarde o temprano acaba por vencer la *parte mejor*, favorecida por la poderosa gracia sacramental.

¡Qué lástima que tantos hombres de alma por otra parte recta y deseosa del bien, por no valerse de este remedio, contra el cual los previenen las ideas sectarias y los humanos respetos, se vean casi irremediablemente entregados a sus flaquezas, cuando tan fácilmente podrían librarse de ellas, por medio de la confesión sacramental!

Y ¡qué incomparable alegría gozan los tales, cuando se deciden a dar este paso! Hemos oído a algunos, que habían apurado la copa de todos los placeres, de todos los honores y triunfos del mundo, declarar que *nunca* habían sentido una alegría tan íntima, tan efusiva, tan durable, como el día que se lavaron de sus culpas en esta saludable piscina instituida por Cristo para sanar todas nuestras dolencias.

Ciertamente, estos efectos no se explican por sola la *Psychoanalyse* de los psiquiatras. Hay que admitir el influjo directo de aquel otro Médico divino, que obra con

la gracia sobrenatural, cuando nosotros ponemos los medios que están en nuestra mano.

Pero como la gracia (según enseñan los Santos) se acomoda a la Naturaleza, la cual no destruye, sino perfecciona, nada tiene de extraño que se hallen tan grandes afinidades entre este medio de Psiquiatría divina, y los que va descubriendo la Ciencia humana, en su incesante esfuerzo por hallar nuevos caminos por donde aliviar las miserias de la humanidad.

A. M. D. G.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

OPÚSCULOS RELIGIOSOS

	Un ej.	Cien
Bálsamo eficaz contra la impureza	0'20	—
Catecismo de los ricos.	0'25	—
Catecismo de los pobres	0'25	—
Catecismo patriótico	0'15	—
Comunión de los niños inocentes	0'25	—
Dios sí, la Iglesia no	0'10	8
El Adiós del Corazón de Jesús	0'10	8
El Rosario de la pastorcita	0'10	8
Flores Marianas	0'10	8
Flores y frutos del espíritu cristiano	0'10	8
Hijos y esclavos	0'10	8
Imitación a María	0'10	8
La Madre del amor Hermoso.	0'10	8
La Santa Misa.	0'10	8
La Virgen de los Dolores	0'10	8
Manojito de flores recogidas en los Ejercicios espirituales	0'10	8
Si no hubiera Dios	0'10	8
Parvuli	0'15	—
El juicio final	0'10	8
El inventor de la confesión.	0'10	8
El Naturalismo.	0'10	8
La religión de los muertos.	0'10	8
¡Si habrá infierno!	0'10	8
La confesión y la Psiquiatría moderna	0'10	8

RECUERDO

DE MIS EJERCICIOS ESPIRITUALES

NOVIEMBRE 15-24 DE 1895.

REFLEXIONES EL DIA DE LA SALIDA.

PASARON ya, para no volver nunca, los días felices de los Santos Ejercicios, que largo tiempo estuve esperando con tanta ansiedad, y que siempre vi en una lejana perspectiva.

Cuánto he pensado en ellos! cuánto he sentido! cuánto he llorado!

Dios se dignó llamarme, y yo acudí á su dulce llamamiento.

Dios me abrió sus brazos, y yo me precipité en su amoroso seno.

Dios me mostró su costado, abierto por el hierro de su amor sin tamaño, y yo volé para hacer en él mi morada.

Dios me mostró cinco veneros de sangre redentora, y yo he lavado en ella mis vestidos.

Dios me trajo á la soledad, y su voz dulce, y su voz armoniosa, y su voz divina, se ha hecho escuchar en mi corazón.

En estos ocho días que me parece que ayer comenzaron, no he hablado más que con Dios; qué dulces coloquios! No he pensado más que en Dios; que gratos pensamientos! No he deseado más que á Dios; que nobles deseos! No he sentido más que el amor de Dios; qué sentimientos tan bellos, tan delicados, tan excepcionales, tan divinos....!

En estos momentos, siento que vivo; pero no soy yo quien vive, es mi Dios quien vive en mí.....

Ayer... hoy... hace un momento entré en mi pecho... está en mí... yo estoy en El... ya no moriré para siempre!

Ahora acabo y ahora empiezo.

Acabo mi retiro, y empiezo mi nueva carrera; acabo mis meditaciones, y empiezo á aprovechar sus frutos; acabo de formular mis propósitos y empiezo á ponerlos en práctica; acabo de ligarme á mi Dios con mis promesas, y empiezo á darles cumplimiento; acabo de ver el fin para el que fui criado, y empiezo á caminar por la senda que á El me conduce; acabo de conocer la deformidad del pecado, y comienzo á trabajar para sustraerme á su influencia; acabo de descubrir la malicia de mis enemigos, y comienzo la guerra que no cesaré de hacerles mientras viva; acabo de presenciar la muerte, á la que por instantes me voy acercando, y empiezo á prepararme para morir en el ósculo d l Señor; acabo de darme cuenta de la severidad de mi juicio, y empiezo á segurarme una sentencia favorable; acabo de presenciar los tormentos que mi Dios sufrió por redimirme, y comienzo á caminar hácia el Calvario para crucificarme con El en su sangrienta cima; acabo de ver un trasunto de la gloria, y empiezo á emprender su conquista; acabo de unirme á mi Dios en el Sacramento del amor, y no me separaré ya de El, nunca, nunca, nunca...

Grande es la confianza que siento mientras estoy en este apacible retiro, al que dentro de breves instantes tengo que decir adiós!... Pero despues?

El mundo me espera.... La primera de sus manifestaciones es irresistible, porque es dulce; porque es legítima; porque es santa. A sus puertas está mi hogar, y en él mis más lisonjeras ilusiones.... mis más necesarios cariños.... mis más entrañables afectos.....

Prepárate, alma mía, alma cristiana, alma redimida con la sangre de tu Dios, y con su sangre regenerada! No consentas en que estos amores se sobrepongan al amor de tu Dios..... No olvides, alma mía, que hoy al recibirlo en la Sagrada Eucaristia, (al desposarte con El,) le has prometido amarle sobre todo....

Tal vez estos afectos tan tiernos que me endulzan con la miel que de ellos reboza, brota una gota de acibar, emanado de pueriles resentimientos ó de mal sofocados rencores.... Si es así, qué feliz seré entonces! Qué feliz seré, si al dar el primer paso en el torbellino del Mundo, tengo algo que ofrecer á mi Dios! Qué feliz seré, si tengo algo en qué imitarlo! Qué feliz seré, si tengo algo que perdonar!

Ah, sí, yo quiero perdonar; yo deseo perdonar; yo necesito perdonar, porque..... escuchadlo, Cielos y tierra, é infierno..... porque ya estoy perdonado..... ah, sí, estoy perdonado..... estoy perdonado!

Hora es ya de salir.... me es ya necesario alejarme de esta mansion dulce, serena y apacible, á la que... no quiero pensarla; no volveré tal vez á entrar.

Adios, mansion dichosa, que has presenciado la ventajosa transformación que han experimentado los espíritus.....

Adios, polvo bendito, que has sido empapado con las lágrimas del arrepentimiento y del dolor!.....

Adios, Capilla Santa que has recogido mis plegarias que con el corazón hecho trizas por el dolor y con el pecho dilatado por la esperanza, tantas veces deposité en el misterioso tabernáculo!

Adios, Ministros del Altísimo, Padres amados, que habeis derramado sobre mi espíritu los torrentes de la Misericordia de que sois depositarios!

Adios, hermanos queridos, cuya compañía me ha sostenido; cuya piedad me ha servido de estímulo, cuyo ejemplo me ha edificado!

Pedid á Dios que si vovemos á encontrarnos en el camino de la vida, no nos avergoncemos de nuestra conducta; y que cuando nos encontremos en la Eternidad, sea adorando y glorificando, y bendiciendo al Dios que vosotros y yo tenemos ahora en nuestro pecho.....

Y Tú, Dios mio, cuya justicia he visto, cuyos dolores he presenciado y cuyo amor he sentido, recibe en el dolor que siento al arrancarme de aquí, mi último sacrificio.

Bendíceme, Dios mio; guía mis pasos; ilumina mi camino; sostenme en mis propósitos; dame la gracia de tu amor; otórgyme el beneficio de la perseverancia, y despues, dame el Cielo.....



Reimpreso con licencia del Ordinario.

TIP. DE F. FERNANDEZ.



M E S

CONSAGRADO

AL

Sagrado Corazón de Jesús

Y

RIQUISIMO TESORO DE INDULGENCIAS

NUEVAMENTE CONCEDIDAS

POR NUESTRO SANTISIMO PADRE

EL PAPA PIO X

A LOS SOCIOS

DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

Y DEMAS ALMAS

QUE SE CONSAGREN

AL AMANTISIMO CORAZON DE JESUS.

A MAYOR GLORIA
DEL SACRATISIMO CORAZON DE JESUS.

Ha concedido N. Smo. P. el Papa Pío X. nuevos tesoros espirituales de indulgencias, y gracias especiales para el mes de Junio, lo que con grande satisfacción comunicamos a nuestro amado Centro Diocesano del Apostolado de la Oración.

I.

JACULATORIAS
Y ORACION INDULGENCIADAS:

Sagrado Corazón de Jesús en Vos confío. [300 días de indulgencia por cada vez, y plenaria al mes rezándola diariamente.]

Sagrado Corazón de Jesús venga á nos tu reino. (300 días de indulgencia cada vez.)

Corazón Divino de Jesús, convertid á los pecadores, salvad á los moribundos, librad á las almas santas del Purgatorio.

Oración. ¡Oh Corazón santísimo de Jesús! Derramad copiosamente vuestras bendiciones sobre la Iglesia, sobre el Soberano Pontífice y sobre todo el clero: dad á los justos la perseverancia, convertid á los pecadores, iluminad á los infieles, bendicid á nuestros padres, amigos y bienhechores, asistid á los moribundos, librad las almas del purgatorio y extended sobre todos los corazones el dulce imperio de vuestro amor. Así sea. (300 días de indulgencia una vez al día, y plenaria al mes rezándola diariamente.)

II.

MES DEL SAGRADO CORAZON.

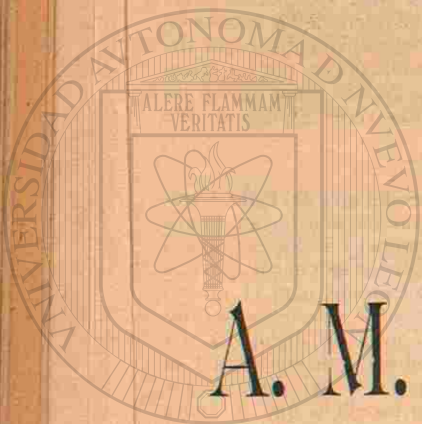
A fin de que se propague cada día más y más, como ardientemente desea el Papa, la práctica de celebrar todos los días del mes de Junio el

piadoso ejercicio del mes consagrado al Sagrado Corazón, ha concedido el Sr. Pío X en 11 de Julio de 1906:

1º Una gracia semejante al Jubileo de Porciúncula; esto es, indulgencia plenaria (toties quoties), aplicable á los difuntos el día 30 de Junio, á todos los fieles que, confesados y comulgados, visitaren cualquiera de las iglesias en que se haya celebrado solemnemente el mes del Sagrado Corazón, y en ella oren por las intenciones de su Santidad. Podrán ganar dicha indulgencia tantas veces repitieren esta visita.

2º A los predicadores del mes del Sgdo. Corazón (suponemos que aunque sólo hayan predicado uno ó varios sermones) y á los rectores ó encargados de dichas iglesias en que tal ejercicio se ha celebrado, se les concede, para el mismo día 30, el privilegio de *altar Gregoriano ad instar*; esto es, que por la misa de dicho día, en cualquier altar que celebren, puedan obtener la misma indulgencia en favor del difunto por quien apliquen el santo sacrificio, que si dicha misa la celebraran en el altar de San Gregorio el Grande en su iglesia de Roma, en el monte Celio. Esta indulgencia es plenaria, pero de tal eficacia que, según confía la Iglesia, es la más seguramente aceptada por Dios (de cuya libre voluntad depende aceptar ó no, y aceptar en mayor ó menor grado las indulgencias que se aplican á los difuntos) para librar á las almas del Purgatorio.

3º A todas las personas que promuevan el ejercicio del mes del Sagrado Corazón, se les concede quinientos días de indulgencia por cada obra buena hecha con el fin de propagarlo ó hacerlo celebrar mejor, y, además, *indulgencia plenaria* por cada vez que comulguen durante dicho mes; todas aplicables á los difuntos. (Act. S. Sedis, vol. 39, pág. 434.)



A. M. D. G.

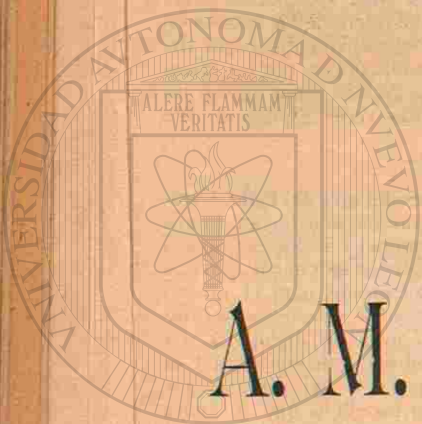
OBISPO DE OLIMPO

Antiguo Arcipreste de Huelva



Manual de las Marias
de los

Sagrarios-Calvarios



A. M. D. G.

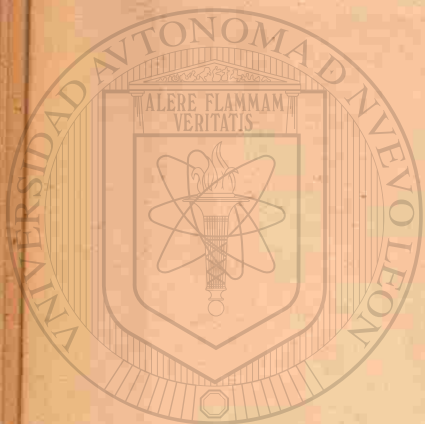
OBISPO DE OLIMPO

Antiguo Arcipreste de Huelva



Manual de las Marias
de los

Sagrarios-Calvarios



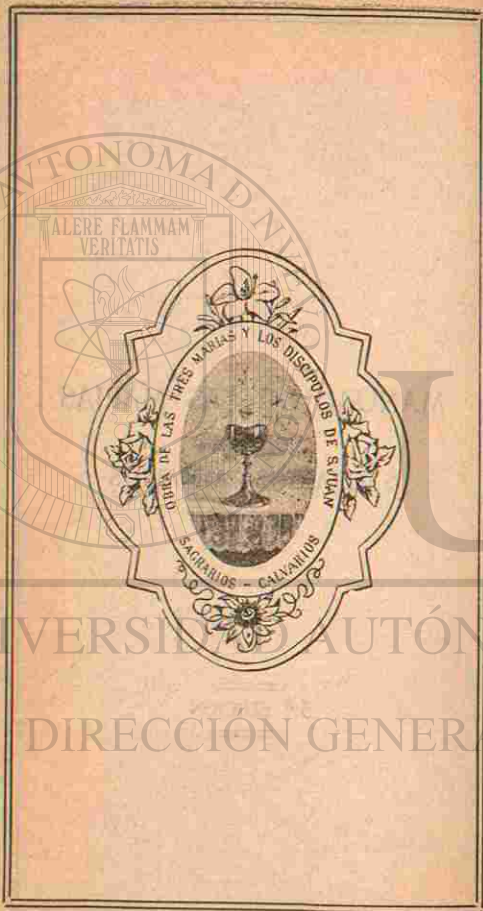
MANUAL DE LAS MARIAS
DE LOS
SAGRARIOS-CALVARIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

5.^a EDICIÓN





OBISPO DE OLIMPO

ANTIGUO

ARCIPRESTE DE HUELVA

MANUAL de las MARIAS

DE LOS

SAGRARIOS-CALVARIOS

MALAGA-1917

LA SAGRADA FAMILIA[®]
Ornamentos y Bortados
ANGELA YLLANA Y CAMERAS
Carrizay 18 bis, San-Sebastián



Queda hecho el depósito
que marca la ley.

Impreso en la Escuela Tipográfica Salesiana
SAN BARTOLOMÉ.—MALAGA

ADVERTENCIA

Este Manual no viene a traer a las Marias obligaciones nuevas.

Nada de lo que aquí pongo es obligatorio para ser María.

He escrito este Manual con el solo fin de fijar lo más clara e intensamente que yo pueda el espíritu de nuestra amada Obra, que por lo mismo que es muy delicadamente espiritual, ofrece el peligro de no ser bien entendida o de ser falseada.

Yo quisiera grabar con fuego, a ser posible, en mi corazón y en el de todas las Marias, estas dos palabras ABANDONO y COMPAÑIA, a fin de que cuanto ellas y yo pensáramos, habláramos, escribiéramos, sintiéramos e hiciéramos fuera ex-

clusivamente dirigido a dar y procurar sabrosa y fiel compañía al abandono más injusto, más cruel, más transcendental de todos los abandonos, el del Corazón de Jesús en sus Sagrarios.

Para eso han nacido las Marías y eso es lo que pretendo enseñar prácticamente con estas fórmulas comunes de orar que les propongo.

Concédame el Corazón bendito de nuestro abandonado Dueño, que esos rengloncillos para su gloria escritos, sean la fórmula de lo que El quiere que le digan y le pidan sus Marías.

¡Dichoso yo, si, al pasar ellas sus ojos por estas paginillas delante de sus Sagrarios abandonados, tienen que detener su lectura alguna vez porque las lágrimas de la compasión ante aquella gran pena las impidan proseguir!....

Preces

AL EMPRENDER UN VIAJE A UN
SAGRARIO-CALVARIO

Reunidas las Marías, si se puede, ante un Sagrario, al empezar el viaje, será bueno, que digan:

Todas: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Bendito y alabado sea el Corazón Eucarístico de Jesús y la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, Señora Nuestra Amén.

Una: Hermanas: el Corazón de Jesús está solo en el Sagrario de..... y nos llama.....

Las demás: Corramos a acompa-

clusivamente dirigido a dar y procurar sabrosa y fiel compañía al abandono más injusto, más cruel, más transcendental de todos los abandonos, el del Corazón de Jesús en sus Sagrarios.

Para eso han nacido las Marías y eso es lo que pretendo enseñar prácticamente con estas fórmulas comunes de orar que les propongo.

Concédame el Corazón bendito de nuestro abandonado Dueño, que esos rengloncillos para su gloria escritos, sean la fórmula de lo que El quiere que le digan y le pidan sus Marías.

¡Dichoso yo, si, al pasar ellas sus ojos por estas paginillas delante de sus Sagrarios abandonados, tienen que detener su lectura alguna vez porque las lágrimas de la compasión ante aquella gran pena las impidan proseguir!....

Preces

AL EMPRENDER UN VIAJE A UN
SAGRARIO-CALVARIO

Reunidas las Marías, si se puede, ante un Sagrario, al empezar el viaje, será bueno, que digan:

Todas: En el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Bendito y alabado sea el Corazón Eucarístico de Jesús y la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios, Señora Nuestra Amén.

Una: Hermanas: el Corazón de Jesús está solo en el Sagrario de..... y nos llama.....

Las demás: Corramos a acompa-

fiarle en el trono de sus abandonos.

— Bendito sea el Maestro que nos llama.

— Bendito y glorificado sea por los siglos de los siglos.

— Bendito sea el Corazón que se digna buscar nuestros consuelos.

— Bendito y glorificado sea por los siglos de los siglos.

— Bendito sea Jesucristo en nuestro Sagrario abandonado que nos ha hecho sus Marías.

— Bendito y glorificado sea por los siglos de los siglos.

— Reina Inmaculada de las Marías y la primera de todas en el ejemplo, en la adoración y en la eficacia del desagravio.

— Enseñadnos a ser buenas Marías.

— Angeles adoradores de los Sagrarios-Calvarios, Santos del cielo nacidos en el pueblo que vamos a visitar, niños inocentes que

vivís junto a ese Sagrario, almas buenas y sencillas que amaríais vuestro Sagrario, si lo conocierais,

— Venid a ayudarnos en la dulce tarea de quitar las espinas que el abandono y el desprecio han clavado en el Corazón de nuestro paciente Jesús.

— Angeles de la guarda de los vecinos ingratos y olvidadizos de ese pueblo.

— Empujadlos a que vengan con nosotras a su Sagrario, y, si no quieren, venid vosotros a amar por ellos.

— Marías del Calvario, nuestras hermanas mayores.

— Hacednos entender bien nuestro oficio de servidoras, embalsamadoras, consoladoras e incansables adoradoras de ese Sagrario en el que el Corazón de Jesús no tiene quien lo sirva, ni lo unja, ni lo consuele, ni lo adore.

— Agradezcamos, hermanas, haber sido llamadas a tan dulce ofi-

cio y quitemos de nuestra alma las manchas que pudieran impedir su fruto diciendo contritas el Acto de contrición

Señor mío Jesucristo.....

— Y para que cada minuto de este viaje sea una alabanza y un desagravio al Jesús de nuestro amor digamos:

— Padre nuestro.....

— El Pan nuestro.....

— Dios te salve, María.....

— Santa María.....

— Gloria.

— Bendito y alabado sea, etcétera, etc.

Todas: La paz, la salud, la protección y la bendición de Dios Padre y de Dios Hijo y de Dios Espíritu Santo nos acompañen en nuestro viaje y permanezcan siempre con nosotras. Amén.

(Si el viaje fuese largo o las circunstancias lo aconsejaren, podría recitarse o meditarse el *salmo XXI* en el que David canta pro-

féticamente la Pasión cruenta de Nuestro Señor Jesucristo en su vida mortal y por ende la incruenta de su vida de Sagrario:) ¡qué fielmente describe por anticipado su vida de abandonos y desprecios!

Recuérdese que el mismo Jesucristo en lo alto de la Cruz comenzó a recitar este salmo cuando dijo: Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?

¡Cuántas veces según nuestro modo de ver, tendrá que repetir esa y otras quejas del salmo en su perpetuo Calvario de los Sagrarios abandonados o poco frecuentados!

1.

Todo este salmo está puesto proféticamente en boca de Jesucristo.

2. ¡Dios mío, Dios mío, vuelve a mí tus ojos!
¿Por qué me has desamparado?

Las voces de mis pecados,
Alejan de mí la salud.

3. Clamo, oh Dios mío, duran-
te el día y no me oyes.

Y durante la noche, y no por ne-
cesidad mía.

4. Más tú habitas el lugar
santo.

¡Oh gloria de Israel!

5. En ti esperaron nuestros pa-
dres;

En ti esperaron y tú los libraste.

6. A ti clamaron y tú los sal-
vaste,

En ti esperaron y no quedaron
confundidos.

7. Mas yo soy gusano y no
hombre;

Oprobio de los hombres y des-
echo de la plebe.

8. Todos los que me miran ha-
cen mofa de mí.

Hablan diciendo, al par que me-
nean sus cabezas:

9. «Pues que espera en el Se-
ñor, que el Señor le libre:

Puesto que le ama, sálvele.»

10. Mas tú, Señor, me sacaste
del vientre de mi madre;

Tú eres mi esperanza desde los
pechos de la que me dió el
sér.

11. Desde las entrañas de mi
madre fui arrojado en tus bra-
zos;

Desde el seno materno tú eres mi
Dios.

12. ¡No te apartes, Señor, de mí,
Porque la tribulación se acerca,
Y no hay quien me socorra!

13. Me han cercado novillos en
gran número;

Toros gordos me han sitiado.

14. Abrieron contra mí su boca,
Como león rapaz y rugiente.

15. Soy como agua que ha sido
derramada.

Y se han desenchajado todos mis
huesos,

Mi corazón está como la cera,
Derritiéndose dentro de mis en-
trañas.

16. Secáronse mis fuerzas, como un ripio.
Y mi lengua se pegó a mi paladar.
Y me has conducido hasta el polvo del Sepulcro.
17. Pues muchos perros me rodearon;
Y me cercó una turba de malignos;
Han taladrado mis manos y mis pies.
18. Y se pueden contar todos mis huesos.
Y ellos me observaron y miraron.
19. Repartiéronse entre sí mis vestiduras,
Y sortearon mi túnica.
20. Mas tú, Señor, no alejes de mí tu socorro;
¡Atiende presto, a mi defensa!
21. ¡Libra, Dios mío, mi vida de la espada;
Y mi alma de las garras de los perros!
22. ¡Sálvame de la boca del león.

Y salva mi alma de las astas de los unicornios!

II

Triunfo de J. C. en su Resurrección y en su Eucaristía y sus frutos.

23. Anunciaré tu nombre a mis hermanos;
En medio de la Iglesia publicaré tus alabanzas.
24. ¡Los que teméis al Señor, alabadle!
¡Vosotros, descendientes de Jacob, glorificadle!
25. ¡Témale todo el linaje de Israel!
Porque no despreció ni desdeñó el ruego del pobre.
Ni apartó de mí su rostro.
Mas antes cuando a El clamé me oyó.
26. A ti se dirigirán mis alabanzas en la gran Iglesia;
Cumpliré mis promesas en presencia de los que te temen.

27. Los pobres comerán y quedarán saciados;
Y los que buscan al Señor, le cantarán alabanzas;
Sus corazones vivirán por los siglos de los siglos.
28. Toda la tierra se acordará del Señor y a El se convertirá.
Y todas las familias de los gentiles le adorarán en su presencia:
29. Porque del Señor es el reino,
Y El tendrá el imperio de las naciones.
30. Comerán y le adorarán todos los ricos de la tierra.
Ante su acatamiento se postrarán todos los mortales,
31. Y mi alma vivirá para El.
Y a El servirá mi descendencia.
32. Será llamada con el nombre del Señor la generación venidera,
Y anunciarán los cielos la justicia de El,
Al pueblo que ha de nacer, formado por el Señor.

Preces al llegar al Sagrario

Sería de desear que en las visitas de las Marias, los señores Curas manifestaran con exposición menor (1) a S. D. M. en cuyo caso ante el Sagrario abierto se recitarán estas preces:

Todas: En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

Bendito y alabado sea el Corazón Eucarístico de Jesús y la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios Señora nuestra. Amén.

— Hermanas, excitemos nuestra fe en la real presencia de Jesu-

(1) En algunas Diócesis tienen las Marias y Juanes concedido por sus respectivos Prelados permiso para *Manifiesto mayor* en las visitas a sus Sagrarios, como en esta de Málaga.

cristo Nuestro Señor en este Sagrario.

— Señor, nosotras creemos en Ti, pero aumenta nuestra fe.

— Recordemos que este pobre Tabernáculo es la casa en que vive en este pueblo Jesucristo verdadero Dios y verdadero Hombre, Hijo de Dios y de la Virgen Inmaculada, el que nació pobre en Belén, vivió desconocido y humilde en Nazaret, el que curó tantos enfermos, resucitó tantos muertos, enjugó tantas lágrimas, perdonó tantos pecados y el que nos redimió de la muerte y del infierno, padeciendo y muriendo en una Cruz.

— Señor, ¡qué bien se está aquí!

(Ps. 83).

2. ¡Cuán amables son tus Tabernáculos, Señor de los ejércitos!

3. ¡Mi alma suspira y desfallece por los atrios del Señor!

¡Mi corazón y mi carne se regocijan en el Dios vivo!

4. ¡El pajarillo halló para sí casa,

Y la tórtola nido para poner sus polluelos!

¡Tus altares, oh Señor de los ejércitos; Rey mío y Dios mío!

5. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu casa

Te alabarán por los siglos de los siglos....

10. ¡Oh Dios, Protector nuestro, miranos,

Y dirige tu vista hacia el rostro de tu Ungido.

11. Porque mejor es un día en tus atrios,

Que mil fuera de ellos.

12. He escogido ser el último en la casa de mi Dios,

Más bien que habitar en las tiendas de los pecadores.

13. Porque Dios amó la misericordia y la verdad,
Gracia y gloria nos dará el Señor.

14. No negará ningún bien a los que andan en inocencia.

¡Oh Señor Dios de los ejércitos, Dichoso el hombre que en ti confía!

—Mas nuestra alegría, Señor, se trueca en pena cuando aquí te vemos tan abandonado, a Ti tan bueno y tan rico.

—¿Por qué harán eso contigo los hombres? ¿por qué no habría de ser tu casa la más visitada y querida de todas las casas del pueblo? ¿Qué misterios tan grandes se encierran en un Sagrario abandonado, misterio de paciencia infinita por parte de Jesús y misterio de ingratitud horrenda por parte de los hombres!

—Paciencia tan larga que, si en el Calvario te tuvo enclavado tres horas, aquí te tiene encerrado siglos y siglos, e ingratitud tan negra que empuja a los hombres a dejarte más solo que en el Calvario.

—¡Horas y horas y días y días sin que nadie venga por aquí!

—Y vosotros los que pasáis por el camino, atended y ved si hay dolor como el de este Padre abandonado e ingratitud como la de estos hijos que no quieren a su Padre.

—Apiádate de nosotros, Corazón herido de Jesús, según tu gran misericordia.

—Y según la multitud de tus piedades borra nuestros pecados.

—Padre querido y abandonado, nosotras te queremos por los que te abandonan.

—Nosotras lloraremos por los que no lloran, pediremos por los que no piden, alabaremos por los que blasfeman y deseamos vivir contigo por los que nunca se acercan a Ti.

—Y si tu gracia nos ayuda, y mientras las fuerzas no nos falten, saldremos por las calles y plazas a publicar el Nombre que nadie in-

voca, a hablar del Amor que no es amado, y de rodillas, si es preciso, pediremos a estos vecinos que miren por la salud de sus almas y por sus verdaderos intereses, viniendo a recibirte y a visitarte.

—Ayúdanos, Señor.

Jesús bueno, de seguro nos hemos de encontrar por esas calles a muchos ciegos que no te quieren ver.

—Que vean, Señor, que vean.

—Nos encontraremos a muchos sordos que no quieren oír tus enseñanzas.

—Que oigan, Señor, que oigan.

—Nos encontraremos a muchos corazones muertos.

—Resucítalos, Señor.

—Enseñaremos a los malos tus caminos.

Y los impíos se convertirán a Ti.

—Oh Señor, abre nuestros labios.

—Y nuestra boca publicará tus alabanzas.

—Crea en nosotros, oh Dios, un corazón limpio.

—Y renueva dentro de nosotros el espíritu de rectitud.

—Sagrado Corazón de Jesús, nosotras confiamos en Ti.

—Y en tu nombre echaremos la red.

—Madre nuestra Inmaculada y Reina de las Marías.

—Que cada paso que demos y cada palabra que digamos sean un acto de amoroso desagravio para el Corazón de tu Hijo y una petición de gracia para la conversión de los que lo tienen abandonado.

—Angeles de los Sagrarios, Marías de la Cruz, San Juan Discípulo fiel.

—Interceded por nosotras.

Padrenuestro, Avemaría y Gloria.

Bendito y alabado sea, etc.



Despedida del Sagrario

Todas: En el nombre del Padre.... Bendito y alabado sea....

Una: ¡Qué veloces han pasado, Señor, las horas de la visita al Sagrario de tus abandonos y de nuestros amores!

Las demás: Dichosos los que habitan en la Casa del Señor.

— Qué verdad es que vale más un día en tus Atrios que mil fuera de ellos.

— De nuevo te agradecemos habernos llamado al dulcísimo oficio de Marias de tus Sagrarios-Calvarios.

— Bendito seas, Señor, por lo

bueno que has sido con nosotras.

—Gracias, Corazón bendito, por habernos dejado acompañarte en el Sagrario, en donde tan pocos quieren estar contigo.

—Dichosas nosotras si hemos conseguido llevar un poco de consuelo a tu Corazón atribulado.

—Nuestro gozo es grande porque te hemos consolado rezando en donde tan poco se reza, comulgando en donde se comulga tan poco, llorando y hablando de Ti en medio de tantos hijos ingratos y olvidadizos.

—Consumad, Señor, nuestro gozo concediendo gracias extraordinarias de perdón y perseverancia a los que hemos invitado y hasta impelido a que vengan a tu Sagrario.

—Piedad, Corazón generoso, piedad que exceda la dureza de sus corazones.

—Que desde hoy pasen por aquí cada día los niños a la entra-

da y a la salida de su escuela para que los bendigas y las madres antes de sus faenas domésticas para que las fortalezcas y los padres antes de sus trabajos para que les ayudes y los enfermos con sus tristezas para que los alegres y los necesitados con sus angustias para que los remedies y todos, todos los vecinos de este pueblo para que en la Santa Comunión que les des y en la visita que te hagan encuentren la paz para sus almas, la salud para sus cuerpos y la dicha de toda su vida.

—Así sea, así sea.

—Y ¿si se empeñan en no venir?

—Tus Marias te prometen con tu auxilio no cansarse, sino instar más contigo para que derrames gracias más especiales, con ellos para que acaben de entregarse a quien tanto los quiere y tan pacientemente los espera y con ellas mismas para que ni el desaliento

ni la pusilanimidad entorpezca o entibie su amor reparador.

—Ya lo sabes, Señor, aunque todos se empeñen en no venir, nosotras vendremos.

—A este Sagrario de tus abandonos vendrán todos los días nuestras comuniones sacramentales y espirituales, la intención de nuestras obras, las oraciones de nuestros labios, los sacrificios ocultos de nuestra vida y los suspiros de nuestros corazones.

—No, no te dejaremos solo jamás.

—Madre nuestra Inmaculada, Santas Marías y fidelísimo Juan, nuestros modelos, Angeles adoradores de este Sagrario, en las horas en que esté solo repetid al Corazón afligido de nuestro Jesús nuestros ofrecimientos de constante y amorosa compañía y presentadle los obsequios que vayamos mandándole para acompañarlo.

—Y decidle una y mil veces

que aunque todos lo abandonen, nosotras, sus Marías no lo abandonaremos.

Padre nuestro.....

Dios te salve, María.....

Gloria.....

Dígnate, por último, Corazón bueno, darnos tu bendición que nos acompañe en nuestro camino, nos devuelva sanas a nuestros hogares y nos conserve a nosotras y a nuestras familias en tu dulce paz.

—Así sea.

—En el nombre del Padre.....

—Bendito y alabado sea.....

—Caminemos en paz.

—En el nombre de Cristo.

Amén.



Oración

PARA OFRECER CADA DÍA
LA SAGRADA COMUNIÓN
Y LA VISITA
POR LOS SAGRARIOS-CALVARIOS

Corazón amadísimo de Jesús,
me he enterado que en ese Sagra-
rio nadie o casi nadie te recibe ni
te visita.

¡Nadie quiere trato contigo!

¡Cómo hace estremecer de pena
esa noticia a mi alma!

¿Pero es que en ese pueblo no
hay enfermos que quieran sanar,
hambrientos que quieran comer,

aflicidos que quieran consuelos, abandonados que quieran compañía, niños que no tengan padres, mujeres que carezcan de amparo, débiles que necesiten defensa?

Porque Tú, Corazón querido de mi Jesús Sacramentado, eres todo eso: medicina, aliento, consuelo, amistad, protección, amor....

¿Es que no lo saben? ¿Es, que, aún sabiéndolo, no te quieren, ni quieren nada tuyo?

¿Qué pena te producirán ese desconocimiento y ese desprecio!

¿Verdad que sí: Jesús mío?

¿Verdad que te pesarán mucho esos días tan tristes y esas noches tan largas de abandono y de soledad?

¿Verdad que tendrás que echar mano de toda tu paciencia de Padre y de todo tu amor infinito, para no cansarte de esperar tanto tiempo a los hijos que no quieren venir?

Yo quisiera

Señor, ser *ángel sembrador* de piadosos recuerdos y cristianas enseñanzas y *despertador* de conciencias dormidas o muertas para ir visitando uno por uno a todos los vecinos de ese pueblo y decirles allá en lo más hondo del alma con el acento más penetrante de mi palabra angélica: Hermano, ¿pero no te has enterado de que Jesús está en el Sagrario de tu parroquia? ¿No te has enterado?... y me llevaría diciéndoselo hasta que se enterara del todo.

Yo quisiera

ser el *misionero* de esa Parroquia para gritar diariamente y a cada habitante del pueblo; ¡Hermanos, hermanos, Jesús está solo, y no quiere ni debe estar solo!

Si yo pudiera

tener por cada Sagrario desierto un corazón para acompañarte en él y una boca para alabarte y recibirte, ¡qué alegría sentiría mi alma al presentarme delante de Ti en cada uno de ellos y decirte: Corazón bueno, ya no estás solo!

• Pero . . . •

Señor, no tengo más que un corazón, y éste, chico y miserable, y una sola lengua, y ésta torpe y manchada. ¿Te dignas, sin embargo, admitir a uno y a otra por compañeros de tu soledad? Tuyo es todo lo mío.

¿Me permites, Corazón despreciado de mi Jesús, que vaya en espíritu todos los días a ese Sagrario de tus desprecios a recibirte y a visitarte?

¿Concedes a mi alma el que haga de ese Sagrario su *palomar* a donde frecuentemente vuela, para llevar los granitos de sus adoraciones y súplicas y para tomar el alimento y el descanso que la fortalezcan?

¿Me lo concedes?

¡Qué feliz voy a ser desde el momento en que yo sepa que mi Jesús se digne consolarse con los obsequios de mi pobre alma! ¡Qué alegría poder consolarlo, agradeciendo por los que no agradecen, pidiendo por los que no piden nunca, llorando por los que no lloran, mortificándose por los que pecan, comulgando por los que no comulgan, amando por los que odian!

Madre mía Inmaculada, Discipulo fiel, Marias acompañantes de Jesús en el Calvario, Angeles adoradores de la pasión y de los Sagrarios Calvarios, poned en mi corazón algo de vuestro amor re-

parador y compasivo, y en mi lengua las alabanzas más puras y más sentidas, hablad por mi boca y amad por mi corazón, para que cuando en espíritu llame yo a las puertas de aquel Sagrario, me respondan desde dentro con un dulcísimo plural: ¡Ya están ahí los míos, los que no me han abandonado!....

Así sea. Así sea. Así sea.

Esta oración ha sido indulgenciada por casi todos los señores Obispos de España.

Aquí será bueno pedir *aliento* y *celo* para el Párroco o sacerdote de aquel Sagrario, *generosidad* y *decisión* para las almas que *pudieran* comulgar y no se *atreven*, *gratitud* y *docilidad* para los cristianos que no se acuerdan del Sagrario, *ojos, oídos y corazón nuevos* para tantos ciegos sordos y empeder-

nidos voluntarios que viven en la indiferencia o en el odio, y *fuego, mucho fuego* de amor para todos.

JACULATORIAS

MUY RECOMENDADAS A LAS MARÍAS.

Adoramos, damos gracias, oramos y consolamos con María Inmaculada al Sacratísimo Corazón de Jesús en la Eucaristía.—(200 días de indulgencia).

Alabado, amado y agradecido sea en todo momento el Corazón Eucarístico de Jesús, en todos los Tabernáculos del mundo hasta la consumación de los siglos. Amén.—(300 días).

Oh Virgen María, Nuestra Señora del Santísimo Sacramento, gloria del pueblo cristiano, alegría de la Iglesia universal, salud del mundo, rogad por nosotros y despertad en todos los fieles la

devoción a la Sagrada Eucaristía para que se hagan dignos de recibirla diariamente.—(Acta S. Sedis, Vol. 40, página 190).—(300 días cada vez).

Corazón Eucarístico de Jesús, que ardéis de amor por nosotros, abrasad nuestros corazones de amor por Vos.—(200 días. León XIII).

Bendito sea el Santísimo Corazón Eucarístico de Jesús.—(300 días. Pío X).

Corazón Eucarístico de Jesús, tened piedad de nosotros.—(300 días. Pío X).

Corazón Eucarístico de Jesús, modelo del corazón Sacerdotal, tened piedad de nosotros.—(300 días. Pío X).

Todas estas indulgencias son aplicables a las almas del Purgatorio.

Algunas pueden recitarse al em-

pezar o terminar las Juntas o para conservar durante el día la presencia amorosa de Dios.

CORONILLA DE DESAGRAVIOS

(de autor anónimo)

propia para rezarla en común las Marias

AL SACRADO CORAZON DE JESUS SACRAMENTADO

- V. Dómine lábia mea apéries.
R. Et os meum annuntiábit láudem tuam.
V. Deus, in adjutórium meum inténde.
R. Dómine, ad adjuvándum me festína.
V. Gloria Patri, et Filio, et Spiritui Sancto.
R. Sicut erat in principio et nunc et semper, et in sæcula sæculórum. Amen.

OFRECIMIENTO

¡Oh dulcísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Traspasados de pena y dolor, al veros tan abando-

nado en el Sagrario de.... y tan injuriado por nuestros pecados, y por los demás que se cometen en todo el mundo, representados en esas señales de llaga, cruz y espinas; consagramos a vuestro amor y en desagravio esta corona de alabanzas. Aceptadla, Jesús mío, en unión de todas las alabanzas con que os han glorificado y actualmente os glorifican los santos y justos del cielo y de la tierra. Amén.

I
¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan abandonado en el Sagrario de.... y tan injuriado por nuestros pecados, y por los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda Europa.

En reparación de ellos uniendo nuestros tibios afectos con los ardentísimos de nuestra Inmaculada

Madre María Santísima, os consagramos la primera parte de nuestra corona, con un desagravio y diez alabanzas.

v. Viva Jesús.

r. Muera el pecado.

Una sola vez.

v. Sea por siempre alabado.

r. El Corazón de Jesús Sacramentado.

Diez veces.

v. ¡Oh Corazón puro! Haced os rogamos.

r. Que ninguno viva ni muera en pecado.

Una vez.

II

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan abandonado en el Sagrario de.... y tan injuriado por nuestros pecados y por los demás con que os han ofendido y

actualmente os ofenden los pecadores en toda el Asia.

En reparación de ellos, uniendo nuestros tibios afectos con los ardentísimos de los nueve coros de los Angeles, os consagramos la segunda parte de nuestra corona, con un desagravio y diez alabanzas.

v. Viva Jesús.

R. Muera el pecado.

Una sola vez.

v. Sea por siempre alabado.

R. El Corazón de Jesús Sacramentado.

Diez veces.

v. ¡Oh Corazón puro! Haced os rogamos.

R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

Una vez.

III

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el

alma de veros tan abandonado en el Sagrario de..... y tan injuriado por nuestros pecados, y por los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda el Africa.

En reparación de ellos, uniendo nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los Santos Apóstoles y Mártires del cielo, os consagramos la tercera parte de nuestra corona, con un desagravio y diez alabanzas.

v. Viva Jesús.

R. Muera el pecado.

Una sola vez.

v. Sea por siempre alabado.

R. El Corazón de Jesús Sacramentado.

Diez veces.

v. ¡Oh Corazón puro! Haced os rogamos.

R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

Una vez.

IV

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan abandonado en el Sagrario de.... y tan injuriado por nuestros pecados, y por los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en todas las Américas.

En reparación de ellos, uniendo nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los Santos Confesores y Santas Vírgenes del cielo, os consagramos la cuarta parte de nuestra corona, con un desagravio y diez alabanzas.

v. Viva Jesús.

R. Muera el pecado.

Una sola vez.

v. Sea por siempre alabado.

R. El Corazón de Jesús Sacramentado.

Diez veces.

v. ¡Oh Corazón puro! Haced os rogamos.

R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

Una vez.

V

¡Oh amabilísimo Corazón de Jesús Sacramentado! Nos pesa en el alma de veros tan abandonado en el Sagrario de.... y tan injuriado por nuestros pecados, y por los demás con que os han ofendido y actualmente os ofenden los pecadores en toda Oceanía.

En reparación de ellos, uniendo nuestros tibios afectos con los ardentísimos de todos los Santos del cielo y de vuestros devotos de la tierra, os consagramos la quinta parte de nuestra corona con un desagravio y diez alabanzas.

v. Viva Jesús.

R. Muera el pecado.

Una sola vez.

v. Sea por siempre alabado.
R. El Corazón de Jesús Sacramentado.

Diez veces.

v. ¡Oh Corazón puro! Haced os rogamos.

R. Que ninguno viva ni muera en pecado.

Una vez.

Adorámoste, Divinísimo Corazón de Jesús Sacramentado, coronado con la corona de estos nuestros desagravios y alabanzas unidas con las de todos los Santos del cielo y justos de la tierra; con esta corona os proclamamos Rey de todas las criaturas y vencedor soberano de todos los agravios con que os tienen injuriado. Reinad, Corazón gloriosísimo, y triunfad, así coronado, en todos los corazones, voluntades y afectos de vuestras criaturas, en las cuales y por las cuales queremos y anhelamos con todo el corazón que seáis por siempre glorificado. Amén.

Acto de desagravio a la Sagrada Hostia

Dulcísimo Jesús Sacramentado, Rey de reyes y Señor de los que dominan; miranos postrados ante tu Divina Majestad fijos los ojos en esa Hostia eucarística, centro de nuestros amores, blanco de nuestras miradas y soberano objeto de nuestras adoraciones, alabanzas y desagravios. Dignate, Señor, mirarnos compasivo, otorgarnos tu misericordia y perdonar nuestros pecados, que, por ser Tú quien eres, infinita Bondad, nos pesa una y mil veces haberlos cometido.

Que la llama sacrosanta de tu amor inflame nuestros corazones,

ilumine nuestras mentes y purifique nuestros labios para que, en unión de los coros angélicos que circundan tu trono celestial y éste tu trono eucarístico en la tierra, cantemos tus loores y alabanzas, en desagravio, especialmente, de las horribles blasfemias que contra Ti se profieren en esa Hostia adorabilísima.

Y Vos, Virgen María, nuestra Madre Inmaculada, dignaos bendecir y acompañar este humilde homenaje de nuestra fe y el constante tributo de nuestros labios para que, en unión vuestra, de los coros angélicos y demás espíritus bienaventurados, fervorosamente repitamos:

¡Hostia pura, Hostia santa, Hostia inmaculada!

(*Contestan*): Seas por siempre bendita y alabada. (*Así 9 veces*).

(v) Adoremos y desagraviemos al Señor en todos los Sagrarios del mundo.

(*Contestan*): Y postradas en espíritu ante ellos, no cesemos en vuestras alabanzas.

(*Siguen*): Hostia pura, Hostia santa, etc.

(*La que dirige*): Seas por siempre bendita y alabada. (*Otras 9 veces*).

(v) Adoremos y desagraviemos al Señor en el Sagrario que nos ha sido encomendado.

(*Contestan*): Y postradas en espíritu ante él, no cesemos en vuestras alabanzas.

(*La que dirige*): Hostia pura, etc.

(*Contestan*): Seas por siempre....

(*Otras 9 veces*).

¡Oh siludable Hostia que eres la puerta del cielo y el cielo mismo está en Ti; henos aquí atribuladas y expuestas a la furia de nuestros enemigos; danos fuerzas para combatir y auxilio para vencer. (*Todas*): Amén.

Te adoramos, Sacratísima Hostia, Pan vivo, alimento de los ángeles.

(Todas): Te adoramos, Salvador nuestro en Ti creemos, esperamos en Ti. Te amamos sobre todas las cosas.

¡Oh sagrado convite en que se recibe al mismo Jesucristo!; en ti se renueva la memoria de su pasión, el alma se llena de gracia y nos es dada en él una prenda de la futura gloria.

(v) Les diste, Señor, a comer el Pan del Cielo,

(Todas): Que en sí contiene toda suerte de espirituales delicias.

ORACION

¡Oh Dios que en el admirable Sacramento nos dejasteis la memoria de vuestra pasión! os rogamos, nos concedáis que, de tal manera veneremos los misterios de vuestro cuerpo y sangre, que perennemente sintamos en nosotras el fruto de vuestra redención. Vos que vivis y reináis con

Dios Padre en unión del Espíritu Santo Dios por todos los siglos de los siglos. (Todas): Amén.

Sea por siempre bendito y alabado el Santísimo y divinísimo Sacramento del altar.

Sea por siempre bendita y alabada la Santa e Inmaculada Concepción de la bienaventurada Virgen María. Amén.

Que la paz del Señor y la dulzura de su santo Espíritu sean siempre con nosotras. Amén.

Los Emmos. y Rvmos. Sres. Cardenales Almaraz, Arzobispo de Sevilla y de Cos, Arzobispo de Valladolid, conceden 200 días de indulgencia a los que devotamente rezaren esta oración de una María.



Una hora ante el Sagrario

¿Quieres, María adoradora de los Sagrarios-Calvarios, que te enseñe el modo de convertir una *hora de tierra* en una *hora de cielo*?

Arrodillate ante ese Sagrario y vuela en espíritu al que, abandonado, te toca acompañar como María.

Lo que se
espera de
esa hora.

Mira en torno tuyo: arriba el cielo, la Ciudad de Dios y de las almas santas; abajo el abismo, la ciudad de los tormentos para castigar o para purificar; a tu alre-

dedor el mundo visible, con sus hombres buenos, malos y medianos, con sus virtudes y sus vicios, con sus alegrías cortas y sus penas largas; delante de ti, el Sagrado, por fuera pobre o rico, limpio o sucio, acompañado o solo, por dentro con un Jesús, *Dios* grande, inmenso, justo, omnipotente y *Hombre* el más bueno, hermoso, dulce y amable de los hijos de los hombres: ¡El Sagrado!

¡Cuántos milagros están obrándose ahí para tenerte oculto al *Huésped* Soberano de él! Si no fuera por esos milagros de poder, de prudente reserva ante tu orgullo y de condescendencia con tu debilidad, ¡lo que verían tus ojos y oirían tus oídos, y sentiría tu corazón y se estremecería todo tu ser!....

Y después de haber visto todo eso que te rodea, mirate a ti misma, tan chica ante tanta grande-

za, tan engrandecida por ese Amor tan achicado.

¿Sabes lo que espera de ti durante esa hora cada uno de esos seres que te rodea?

En el cielo

esperan gloria, los sometidos al dolor purificador, esperan consuelo y abreviación de sus torturas, el mundo ¡oh, necesita tantas cosas el mundo! gracias de preservación para los niños, de fortaleza para los jóvenes, de consuelo para los abatidos, de luz para los extraviados, de conversión para los pecadores, de pureza, de humildad, de valor, de caridad, de rectitud para todos..... ¿Y tú? ¿No tienes que esperar nada? Mira lo que te hace falta..... piénsalo aquí a solas..... para tu alma..... tu cuerpo.....tu familia... tus amigos..... tus apuros.....tus anhelos..... tus deseos..... ¡Ah! ¡cómo está todo eso

esperando algo de til *Pero, sobre todo*, el Jesús de ese Sagrario, ¡cómo espera *tu hora!* Se ve solo, muy solo en muchos Sagrarios, y ¡tiene unas ganas de compañía! Está tan harto de que no lo miren, de que no se le acerquen, de que no le pidan, de que lo maldigan, de que lo odien, de que lo tengan como mueble inútil, que su Corazón se deshace en deseos de ver entrar por su Sagrario alguien que lo mire, lo oiga, se le acerque, le pida, le dé calor, por los que le dan frío, le dé alabanzas y amor, por los que le dan maldiciones y odios.....

¡Alma, alma, fíjate, pide al Ángel de tu Guarda que te entere bien de lo que significa esta palabra inefablemente dulce, rigurosamente cierta: *El Corazón de Jesús te está esperando en el Sagrario!*.... Y te espera fatigado de tanto andar entre ingratos, como esperaba a la Samaritana sentado

en el brocal del pozo de Jacob, como le pedía el agua a cambio de la suya..... ¡Mira que esperarte Jesús a ti y pedirte agua de amores!.....

¡Cuánto se puede esperar de *tu hora!*

¿Cómo?

Después de haber leído lentamente estos renglones y de penetrarte lo mejor que puedas de la presencia real de Nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento, puedes

1.º *Adorar* profundamente en compañía de los Angeles que rodean aquel Sagrario, al Soberano Señor de aquel modesto Palacio.... Pídele a esos Angeles que te admitan en su compañía, que te digan lo que has de decir, lo que has de pedir, cómo has de alabar, y cuando tu pequeñez te impida

seguirlos, pídeles que ellos te su-
plan.

2.º *Meditar*, ¡da tanto que me-
ditar un Sagrario!

El mejor libro de meditación
ante el Sagrario es el Evangelio;
¿no está en uno y otro vivo, real
y palpitante de amor el *mismo* Je-
sucristo?

En el Evangelio se narran de Je-
sucristo *hechos*: tú puedes recor-
darlos y considerarte espectador
de ellos. ¡Qué bien se meditan el
nacimiento, la pobreza y las ale-
grías de Belén, las angustias de
Egipto, la ingratitude del Pre-
torio, los abandonos y desolacio-
nes de Getsemani y del Calvario
ante un Sagrario! ¡Qué sabroso
es decir con toda verdad mirando
a la puertecita dorada: *a Ti*, Bien
mío, te pasó eso!....

En el Evangelio se cuentan *mi-
lagros* que socorrian necesidades
del alma y del cuerpo, y que con-
firmaban la divinidad del Maes-

tro. ¿No necesita tu alma o tu
cuerpo milagros? ¿por qué no te
has de poner delante del Jesús
que hace milagros como el ciego
de Jericó, como el baldado de la
piscina, como el leproso del de-
sierto, como el endemoniado, co-
mo el incurable, como el muer-
to?.....

No es una *reliquia* lo que nos
ha quedado de Aquel que hacia
esos milagros; es *El mismo*, con
el mismo poder, la misma com-
pasión, el mismo Corazón.....

En el Evangelio se exponen *sen-
tencias* y *parábolas*, se hacen *pro-
mesas*, se predicen *persecuciones* y
venturas, y ¡qué relieve toma todo
eso y qué huella deja en el alma,
cuando se puede asegurar con un
dulcisimo tiempo presente: Tú,
Tú me estás diciendo esa pala-
bra..... «En el mundo sufrireis
opresión: pero confiad. Yo vencí
al mundo.» «Yo estoy con vos-
otros hasta la consumación de los

siglos.» «Pedid y recibiréis.»
«Salió el que siembra a sembrar
su semilla.....»

En el Evangelio se predicán y se practican virtudes admirables. ¡Cómo se goza el alma en ver repetidas en cada momento esas virtudes de Jesús en su vida de Sagrario! ¡Cómo se saborean y se sienten en el Sagrario la humildad, la pureza, la abnegación, el amor, el amor hasta el fin, del Evangelio! Y ¡qué! ¿no dará para un rato de meditación la contemplación de la humildad que achica tanto a un Jesucristo tan grande o el amor que late en el Corazón eucarístico de Jesús?

3.º *Callar, sí, después de haberle hablado con el pensamiento, el corazón y la boca, calla para que hable El, ¡tiene tanto que decir! ¡tiene tantas ganas de desahogarse! ¡tiene tanto que advertirte!..... Sí, guarda silencio inte-*

rior, y su voz te sabrá más gustosa que el panal de miel.....

4.º *Pedir: ¿por quiénes? por los que, según te decía al principio, estaban esperando tu hora. Pide, pide mucho; tienes al Padre celestial contento por el rato de compañía y de gusto que has venido a dar a su Hijo, y es hora de alcanzar mucho. ¡Ama El tanto a los que aman a su Hijo! ...*

Acuérdate especialmente de los pecadores de tu pueblo, de los que no van nunca al Sagrario o van para profanarlo..... y después de tu Sagrario, del Sagrario que te ha tocado acompañar como María; ofrécele esta hora de compañía por todas las horas que se lleva solo.

En los últimos minutos

pide perdón de tus distracciones y frialdades, da gracias por haberte

dejado estar y retírate gozosa de haber practicado la Obra de misericordia de «consolar al triste» con el más misericordioso de los Padres y el más triste, a fuer de abandonado, de todos tus amigos.



NOTA.—Cuando un Sagrario tenga muchas Marias, suplico a éstas que procuren establecer la *Adoración diurna perpetua*, de tal modo que no queue solo Nuestro Señor en todo el día.

Modo de acompañar

AL SAGRADO CORAZÓN

EN EL SAGRARIO, REZANDO

EL SANTO ROSARIO.

He enseñado a muchas almas, y creo que con fruto, este método de meditar los misterios del Rosario y de valerse de éste para *entrarse más adentro* del Corazón de Jesús y lo propongo a las Marias.

Método

- 1.º—Hacerse la COMPOSICIÓN DE LUGAR siguiente: Representarse a la Santísima Virgen colocada al lado de su Hijo Santísimo, y señalando el CORAZÓN de Este,

dejado estar y retírate gozosa de haber practicado la Obra de misericordia de «consolar al triste» con el más misericordioso de los Padres y el más triste, a fuer de abandonado, de todos tus amigos.



NOTA.—Cuando un Sagrario tenga muchas Marias, suplico a éstas que procuren establecer la *Adoración diurna perpetua*, de tal modo que no queue solo Nuestro Señor en todo el día.

Modo de acompañar

AL SAGRADO CORAZÓN

EN EL SAGRARIO, REZANDO

EL SANTO ROSARIO.

He enseñado a muchas almas, y creo que con fruto, este método de meditar los misterios del Rosario y de valerse de éste para *entrarse más adentro* del Corazón de Jesús y lo propongo a las Marias.

Método

1.º—Hacerse la COMPOSICIÓN DE LUGAR siguiente: Representarse a la Santísima Virgen colocada al lado de su Hijo Santísimo, y señalando el CORAZÓN de Este,

como AUTOR y ORIGEN del Misterio que se va a meditar. *Esto mientras se persig-na uno despacio.*

2.º— ALIGERARSE DE PESO mediante el acto de contrición *bien rezado y sentido.*

3.º— Considerar a la Inmaculada en cada misterio como MAESTRA y DISPENSADORA del amor del Corazón de Jesús, y como GUIA para llegar a El, en esta forma:

Misterios Gozosos.

Yo meditaré los GOZOS del amor del Corazón de Jesús: del amor HUMILDE, en el 1.º: del amor ACTIVO, en el 2.º: del amor ENTREGADO, en el 3.º: del amor que PURIFICA, en el 4.º, y del amor OBEDIENTE, en el 5.º: Voy rezando las Avemarias, en cada diez, contemplando a mi Madre

Inmaculada, que me *presenta* cada uno de esos aspectos del Corazón de su Hijo y mientras, suavemente, sin violencia del pensamiento, le voy pidiendo: Madre mía, ENSEÑAME ese amor; CONCEDEME ese amor; CONDUCEME a ese amor... y después de cada diez, digo con espíritu de gratitud y alabanza por ese amor el GLORIA PATRI.

Misterios dolorosos.

Meditaré los DOLORES del amor del Corazón de Jesús: el DOLOR del amor ABANDONADO, en el 1.º: del amor LASTIMADO, en el 2.º: del amor BURLADO, en el 3.º: del amor ATROPELLADO, en el 4.º: y del amor INMOLADO, en el 5.º

Misterios Gloriosos.

Meditaré las GLORIAS del AMOR del Corazón de Jesús del

amor más FUERTE que la muerte, en el 1.º del amor QUE LLEVA AL CIELO, en el 2.º del amor que SANTIFICA Y DIVINIZA, en el 3.º del amor que PRESERVA de la corrupción del sepulcro a nuestra querida Madre, en el 4.º y del amor que CORONA A ELLA y a nosotros, en el 5.º

Siempre desde luego con la misma composición de lugar y con el método que indico en los misterios gozosos.

4.º— Aunque esto parece un poco complicado, no lo es teniendo un poco de hábito de oración mental y me consta que el Santo Rosario así rezado deja un sabor muy agradable.

Via Crucis Eucarístico

PARA USO

DE LAS MARÍAS Y LOS DISCÍPULOS

DE SAN JUAN.

El Via-Crucis, que es para vosotros una *herencia legítima*, debe ser vuestra *devoción de familia* y vuestra *ocupación favorita*.

Precisamente recorriendo ese camino de la Cruz, se formaron y se revelaron vuestras hermanas mayores, las primeras *Marias*.

Desde Getsemani al Calvario, es decir, en la hora de las grandes desolaciones y de los grandes sacrificios, sólo ellas, capitaneadas por la gran María, permanecieron junto al Señor. En aquellas horas, las más angustiosas de

su vida mortal, no llegan a sus atormentados oídos más voces de gratitud, de cariño, de defensa, que las voces de aquellas valientes mujeres.

¡Qué interesantemente bella aparece la Verónica, saltando por encima de aquella muralla de fieras humanas y poniéndose de rodillas delante del Maestro perseguido, para quitar amarguras de su Corazón como salivas y sangre quitaba de su Rostro con su toca!

¿Cómo aprenderán las Marías de los Sagrarios de sus hermanas del Calvario a saber seguir al Maestro cuando todos le vuelvan la espalda, a saber estar con El cuando no dé más que espinas y cruces, a convertirse en voz perenne de la gratitud, del amor y de la fidelidad heroica delante del Corazón eucarístico de Jesús abandonado! Marías, Juanes, ¿queréis medir toda la pena, toda la monstruosidad, todo el daño que es un Sagrario abandonado?

Dedicad unos minutos a hacer vuestro *Via-Crucis*.

¿Queréis que se os entre la compasión por aquel abandono hasta lo más hondo de vuestro corazón?

Recorred con frecuencia aquellas Estaciones del Amor dolorido.

¿Sentís desmayos en vuestra fe, en vuestra constancia ante las dificultades de acabar con el abandono de vuestro Sagrario?

El *Via-Crucis* os enseñará a ir, cuando todos se vuelven, a acometer con nuevos bríos, cuando aparece que se pierden las esperanzas, a estar solas con Jesús solo, cuando nadie quiere estar con El.

Marías, discípulos, el *Via-Crucis* os enseñará a ser buenas Marías, y fieles discípulos.

Práctica del Via-Crucis.

Por la señal de la Santa Cruz.
Acto de contrición; Señor mío Jesucristo, etc.

Ofrecimiento.

(ANTE EL SAGRARIO).

¡Oh Dios, que en este Sacramento admirable nos has dejado una viva memoria de la Pasión, concédenos a los que vivimos con-

sagrados al servicio, a la compañía y reparación de tan amable como no amado Sacramento, meditar y venerar de tal modo los adorables dolores de tu Hijo Jesucristo que se encienda más y más en nosotros el deseo de repararlos y agradecerlos mediante la observancia de los Santos Mandamientos, el celo por la salvación de las almas y el amor puro, tierno, expansivo y sólido a su Corazón eucarístico por quien vives y reinas en unión del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén.

Madre nuestra Inmaculada, Reina del santo dolor y Maestra de las Marías y de los Discípulos fieles en el amor reparador, concédenos llorar contigo mientras tu Jesús pasa por la calle de la Amargura y llega hasta el Calvario que le están constantemente levantando en sus Sagrarios la ingratitud y el abandono de los hombres.

Y vosotras, esforzadas Marías del Calvario, las siempre fieles y agradecidas siempre, y tú, discípulo predilecto, nuestro Patrono glorioso San Juan, concedednos seguir al Señor no amado con la misma fidelidad y delicada correspondencia que vosotros.

Ofrezco este Via-Crucis en reparación del abandono de los Sagrarios y especialmente del que me está encomendado y con intención de ganar las indulgencias concedidas por los S. S. Pontífices.

Primera Estación.

V Adorámote, Corazón eucarístico de Jesús, y te bendecimos.

R Porque con tu Cruz redimiste al mundo y con tu Eucaristía alimentas nuestras almas. (*Repítase al principio de cada Estación.*)

¡Jesús mío, condenado en el

tribunal de Pilatos por la soberbia y la envidia de tus enemigos y la cobardía de tus amigos a la bafa y a la muerte y al sacrilegio y al abandono en la Santa Eucaristía, misericordia!

Y Vos, dulce Corazón de María, hacedme humilde y valiente para reconocer y confesar a Jesús en la ignominia de la Cruz y del Sagrario abandonado y sed mi salvación.

(Padrenuestro, Avemaría y Gloria).

V Corazón eucarístico de Jesús.

R Tened piedad de nosotros.

(300 días de indulgencia).

Amantes como tu Madre,
Fieles como tus Marias
Queremos acompañarte
Jesús, en la Eucaristía.

(Repítase al fin de cada Estación).

Segunda Estación.

Jesús mío, cargado en la Pasión con la cruz de mis pecados para descargarme de ellos, y padeciendo en la Eucaristía el abandono más inaudito y cruel para no dejarme solo a mí, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María sed mi salvación, enseñándome a agradecer por los que no agradecen.

Tercera Estación.

Jesús mío, cayendo en tierra para que yo me levante y sosteniéndome en la Eucaristía para que no caiga, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, llevadme de la mano como la madre a sus niños enfermos y sed mi salvación.

Cuarta Estación.

Jesús mío, consolado en la Pasión y en el Sagrario de mis

ingraticudes y abandonos con las adoraciones y el amor puro de tu Madre inmaculada, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, enseñadme a estar con vuestro Jesús en su perpetua calle de la Amargura y sed mi salvación.

Quinta Estación.

Jesús mío, admitiendo al Cirineo al honroso oficio de aliviador de tu Cruz, y, admitiendo a las Marías al no menos glorioso de aliviadoras de tus abandonos de Sagrarios, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi Maestra en ese grato oficio y mi salvación.

Sexta Estación.

Jesús mío, dejándote quitar las manchas de las salivas, del polvo y de la sangre con la delicada y heroica caridad de la Verónica y

agradeciendo la solicitud de tus Marías en adecentar tus Sagrarios, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, poned mi alma muy limpia para que, cuando vuestro Jesús la visite, no manche sus vestiduras con el lodo de mis pecados y sed mi salvación.

Séptima Estación.

Jesús mío, cayendo segunda vez en tierra para reparar mis recaídas en el pecado y cayendo Sacramentado sobre el alma del sacrilego sin desatar tu justicia, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, ablandad las almas sacrilegas y sed mi salvación.

Octava Estación.

Jesús mío, que en medio de las inmensas amarguras de tu Pa-

sión y de tus Sagrarios abandonados tienes palabras dulces para las Marías que lloran por Ti, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, que yo me olvide de mis penas para acordarme tan sólo de las que sufra mi Jesús, y sed mi salvación.

Novena Estación.

Jesús mío, abrumado por el odio de los malos y el abandono de los buenos hasta caer tercera vez en tierra, y no cansado aún en el Sagrario de tanta ingratitud por un perpetuo milagro de infinito amor y de infinita paciencia, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, dadme para mi Dios y para mi prójimo un amor que no se canse y sed mi salvación.

Décima Estación.

Jesús mío, despojado de tus vestiduras en el Calvario y más pobre que el más abandonado de los pobres en muchos Sagrarios, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, enseñadme a vestir a vuestro Jesús pobre con prendas de virtudes y delicadezas de amor y sed mi salvación.

Undécima Estación.

Jesús mío, enclavado en la Cruz y encerrado en el Sagrario para expiar los abusos de mi libertad, los desenfrenos de mi sensualidad y la soberbia de mi vida, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, clavad mi voluntad y mi pensamiento en la santa y adorable voluntad de Vuestro Hijo y sed mi salvación.

Duodécima Estación.

Jesús mío, muriendo una vez en el Calvario e innumerables veces místicamente en el Santo Sacrificio por darme la vida a mí, desdichado y ruin verdugo de tu adorable Corazón, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, dadme para el Corazón de mi Jesús, para mis prójimos y aún para los más enemigos, un amor hasta el fin y sed mi salvación.

Décimatercia Estación.

Jesús mío, recogido y estrechado, después de muerto, por tu Madre y consolado sólo por Ella en los Sagrarios en que te tienen y te tratan como muerto, me complazco en reconocerte y llamarte mi Rey y pedirte misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, Trono angusto de mi Rey sacrificado y despreciado, sed mi salvación.

Décimacuarta Estación.

Jesús mío, abandonado de todos en el sepulcro y en el Sagrario menos de tus Marias vigilantes y fieles, misericordia.

Y Vos, dulce Corazón de María, sed mi salvación haciendo que yo muera al mundo y a mis malas pasiones y que viva sólo para servir, consolar, ungir y acompañar siempre al Amor no amado y abandonado. *Amén.*

Oración final.

(ANTE EL SAGRARIO).

Transida mi alma de pena a la vista de ese gran dolor, el mayor de todos, que se llama tu Pasión y de esa gran injusticia, la más cruel de todas, que se llama Sagrario abandonado, me postro ante Ti, Corazón Sacramentado de mi Jesús querido, para decirte:

Misericordia para mí, que también he sido verdugo, misericordia para todos los pecadores, para los sacrílegos, para los que te desconocen y te desprecian y para todos los que no saben o no quieren aprovecharse de los tesoros con que Tú les brindas en la Santa Eucaristía; misericordia para las almas del Purgatorio y singularmente para las que te acompañaron más en el Sagrario.

Misericordia, Señor, y gracias de fortaleza y de constancia para los que sentimos tus penas como propias y hemos hecho del cuidado por acompañarte en tus soledades y buscarte compañía el principal y más dulce cuidado de nuestra vida.

Madre mía Inmaculada, Reina y Maestra de todas las Marías, San Juan, discípulo fiel, Marías valerosas del Calvario y del Sepulcro, poned en mi alma aquel *amor hasta el fin* por el Corazón de Jesús

perseguido que os mantuvo siempre a su lado a pesar del odio y de la cobardía y que hará de esta pobre alma mía pecadora una inseparable María de Jesús, ahora perseguido y abandonado y después por siempre triunfante en el cielo. *Amén.*

Cinco Padrenuestros, Avemaría y Gloria, en veneración de las cinco llagas de Nuestro Señor J. C. y otro por la intención de Su Santidad para ganar las indulgencias concedidas.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

Acto de Consagración

PARA LAS PROCESIONES
EUCARÍSTICAS QUE LAS MARIAS
ORGANICEN EN LOS
PUEBLOS DE SUS SAGRARIOS.

¡Gracias! ¡gracias! Corazón bendito que vives en la Hostia Santa, Huésped paciente de nuestro Sagrario, Vecino el más bueno y menos correspondido de nuestro pueblo, Padre dulce repudiado por muchos hijos ingratos, Dios altísimo despreciado como el más vil de los hombres. ¡Gracias porque llegó para nosotros la hora de que nos enteremos de lo que Tú eres, de lo que Tú vales,

de lo que Tú nos quieres y tienes derecho a esperar de nosotros! ¡Gracias porque sonó para Ti la hora de la reparación, del desagravio, de la gratitud y del amor para siempre!

Señor Jesús, se acabaron los desaires para tu Corazón, se acabaron los abandonos de tu Sagrario, se fueron para no volver más los días sin comuniones y sin visitas, y las noches sin cristianos que te vayan a contar las penas de su día y a pedir las fuerzas para el otro.

Corazón bueno de nuestro vecino Jesús, ¡cuántas lágrimas hubiéramos dejado de derramar, cuántas penas de sufrir, cuántas desesperaciones de devorar, cuántos días tristes y noches interminables de pasar, si te hubiéramos conocido y amado!

Pero ya, Señor, ya sabemos que en Tu Sagrario hay pan para todas las hambres, bálsamo para

todas las heridas, perdón para todos los arrepentidos y esperanza de cielo para todos tus hijos.

Lo sabemos, Señor, y te prometemos no olvidarlo, te prometemos hacer del Sagrario de nuestro pueblo el lugar de nuestros encantos, la casa paterna de nuestros hijos y el hogar de nuestros amores. Al Sagrario queremos venir todas las mañanas para recibirte y todas las tardes para visitarte. ¡Demasiado tiempo, Corazón bendito de Jesús, te hemos tenido solo haciéndote beber hieles muy amargas! Esta es la única pena que en estos momentos preciosos nos tortura el alma.

Pero te repetimos, Señor, que ya no será así. Hostia pura, Hostia Santa, Hostia inmaculada, pasea en triunfo por las calles de nuestro pueblo, que es tuyo, y toma posesión de sus calles, de sus plazas, de sus escuelas, de sus casas ricas y pobres, del corazón

de cada uno de sus moradores.
Corazón Santo a Ti te queremos
por Rey, reina Tú entre nos-
otros por los siglos de los siglos.
Amén.



Acto de Consagración

DE LAS MARÍAS PROPIO PARA FIES-
TAS DE IMPOSICIÓN DE
INSIGNIAS Y OTRAS.

Altísimo Señor Sacramentado y
dulcísimo Padre nuestro, postrada
ante el Sagrario de vuestro amor,
en presencia de la Beatísima Tri-
nidad, de vuestra amantísima e
inmaculada Madre y de las Santas
Marías, que con ellas os acompa-
ñaron en el Calvario y en el Sepulcro, nosotras, deseando mere-
cer el título de Marías de vuestros
Sagrarios, nos consagramos a Vos
de todo nuestro corazón, ofreciéndonos a reparar en cuanto sea

posible, el abandono en que os tienen los hombres en vuestra Sagrada Eucaristía.

Os prometemos buscaros en todas partes, acompañaros donde no os acompañan, recibirlos donde no os reciben, honrarlos donde no os honran, amaros donde no os aman, y hacer cuanto podamos para que otros os busquen, os acompañen, os reciban, os honren, y sobre todo os amen en el Sacramento de vuestro amor.

A vos van nuestros ojos para veros donde otros no os ven, a vos van nuestros oídos para oír los llamamientos que otros no oyen, a vos van nuestros pies para visitaros donde nos esperáis tanto tiempo solo, a vos van nuestras manos para recibir las gracias que a todos ofrecéis y que tan pocos os las reciben, y a vos van nuestros corazones para amaros por todos los que no os aman.

Dadnos para nosotras la gracia

de buscaros con diligencia, la suerte de hallaros con amor y la felicidad de sentir vuestra presencia en vida y en muerte; dadnos para otros la gracia de acertar a conmoverlos y atraerlos a vuestro amantísimo Corazón; y concedednos a todos la gracia de renovar la vida eucarística, que es la vida verdadera de vuestra Santa Iglesia Católica. Amén.



Modo práctico

DE DAR FRECUENTE COMPAÑÍA
EN ESPÍRITU AL SAGRARIO
PROPIO.

Repetid con frecuencia y, a ser posible, al empezar cada nueva ocupación:

Por esta obra sea acompañado mi Sagrario abandonado.

Todo por Vos, Corazón Sacratísimo de Jesús. (300 días de indulgencia).



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Al regresar del Sagrario

Podrían recitarse el *Te Deum* o el *Magnificat*.

HYMNUS AMBROSIANUS

Te Deum laudámus: * te Dóminum confitémur.

Te ætérnum Patrem * omnis terra venerátur.

Tibi omnes Angeli, * tibi cœli, et univérse potestátes.

Tibi Chérubim/ et Séraphim, * incessábili voce proclamant:

Sanctus, sanctus, sanctus, * Dóminus Deus Sábaoth.

Pleni sunt cœli et terra * majestátis gloriæ tuæ.

Te gloriósus * Apostolórum chorus.

Te prophetarum * laudabilis numerus.

Te Martyrum candidatus * laudat exercitus.

Te per orbem terrarum * sancta confitetur Ecclesia.

Patrem * immensae majestatis.

Venerandum tuum verum * et unicum Filium.

Sanctum quoque * Paraclitum Spiritum.

Tu Rex * gloriae, Christe.

Tu Patris * sempiternus es Filius.

Tu ad liberandum suscepturus hominem, * non horruisti Virginis uterum.

Tu, devicto mortis aculeo, * aperuisti credentibus regna caelorum.

Tu ad dexteram Dei sedes, * in gloria Patris.

Judex crederis * esse venturus.

Te ergo, quæsumus; tuis famulis subveni * (*se hinc la rodilla*), quos pretioso sanguine redemisti (*se alza*).

Æterna fac cum sanctis tuis * in gloria numerari.

Salvum fac populum tuum, Domine, * et benedic hereditatis tuæ.

Et rege eos, * et extolle illos usque in æternum.

Per singulos dies * benedicimus te.

Et laudamus nomen tuum in sæculum, * et in sæculum sæculi.

Dignare, Domine, die isto * sine peccato nos custodire.

Miserere nostri, Domine: * miserere nostri.

Fiat misericordia tua, Domine super nos, * quemadmodum speravimus in te.

In te, Domine, speravi: * non confundar in æternum.



Cánticum beátæ Mariæ Virginis.

Magnificat * ánima mea Dómi-
num:

Et exsultávit spíritus meus * in
Deo, salutári meo.

Quia respéxit humilitátem ancil-
læ suæ: * ecce enim ex hoc beátam
me dicent omnes generatiónes.

Quia fecit mihi magna qui po-
tens est: * et sanctum nomen ejus.

Et misericórdia ejus a progénie
in progénies * tíméntibus eum.

Fecit poténtiam in bráchio suo:
* dispersit supérbos mente cordis
sui.

Depósuit poténtes de sede, * et
exaltávit húmiles.

Esuriéntes implevit bonis, * et
díuites dimisit inánes.

Suscépit Israel púerum suum, *
recordátus misericórdiæ suæ.

Sicut locútus est ad patres nos-
tros, * Abraham, et sémini ejus in
sæcula.

Glória Patri.

Himno

PARA MANIFESTAR A S. D. M.

Pange, lingua, gloriósi
Córporis mystérium,
Sanguisque pretiósí,
Quem in mundi pretium,
Fructus ventris generósi
Rex effúdit géntium.

Nobis datus, nobis natus
Ex intácta Virgine,
Et in mundo conversátus,
Sparsó Verbi sémine,
Sui moras incolátus
Miro cláusit órđine.

In suprémæ nocte cœnæ
Recúbens cum frátribus,
Observáta lege plene

Cánticum beátæ Mariæ Virginis.

Magnificat * ánima mea Dóminum:

Et exsultávit spíritus meus * in Deo, salutári meo.

Quia respéxit humilitátem ancillæ suæ: * ecce enim ex hoc beátam me dicent omnes generatiónes.

Quia fecit mihi magna qui potens est: * et sanctum nomen ejus.

Et misericórdia ejus a progénie in progénies * tíméntibus eum.

Fecit poténtiam in bráchio suo: * dispersit supérbos mente cordis sui.

Depósuit poténtes de sede, * et exaltávit húmiles.

Esuriéntes implevit bonis, * et dívites dimisit inánes.

Suscépit Israel púerum suum, * recordátus misericórdiæ suæ.

Sicut locútus est ad patres nostros, * Abraham, et sémini ejus in sæcula.

Glória Patri.

Himno

PARA MANIFESTAR A S. D. M.

Pange, lingua, gloriósi
Córporis mystérium,
Sanguisque pretiósí,
Quem in mundi pretium,
Fructus ventris generósi
Rex effúdit géntium.

Nobis datus, nobis natus
Ex intácta Virgine,
Et in mundo conversátus,
Sparsó Verbi sémíne,
Sui moras incolátus
Miro cláusit órđine.

In suprémæ nocte cœnæ
Recúbens cum frátribus,
Observáta lege plene

Cibis in legálibus,
Cibum turbæ duodénæ
Se dat suis má nibus.

Verbum caro, panem verum
Verbo carnem éfficit:
Fitque Sanguis Christi merum,
Et si sensus défficit:
Ad firmándum cor sincérum
Sola fides súfficit.

(Se arrodilla)

Tantum ergo Sacraméntum
Venerémur cernui:
Et antiquum documéntum
Novo cedat ritui:
Præstet fides suppleméntum
Sénsuum deféctui.

Para ocultar

Genitóri, Genitóque
Laus et jubilátió:
Salus, honor, virtus quoque
Sit et benedictio:
Procedénti ab utróque
Compar sit laudátió. Amen.
Panem de cælo præstitisti eis.
Omne delectaméntum in se ha-
béntem.

PSALMUS 116

Laudáte Dóminum omnes Gen-
tes: Laudáte eum omnes pópuli:

Quóniam confirmáta est super
nos misericórdia ejus: et véritas
Dómini manet in ætérnum. Gló-
ria Patri.....

Ceremonial

PARA LA
ADMISIÓN SOLEMNE E IMPOSICIÓN
DEL
DISTINTIVO DE LAS MARÍAS (1).

Revestido el Director y colocado ante el altar, y reunidas en la Iglesia todas las Marías, las antiguas y nuevas, se forman dos coros y, alternando, cantarán en tono gregoriano y semitonado.

Director. INVENI.

(1) Yo desearía que la medalla de Juan o de María no se impusiera sino después de cierto período de prueba de constancia y de buen espíritu.

Dése al ingreso la patente y déjese para una fiesta solemne del año la imposición de medalla a los que durante él hayan cumplido bien.

PSALMUS 83 (1)



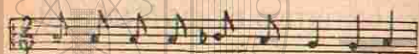
Quam dilecta tabernacula tua, Domine



virtutum: Concupiscit et de-



scit anima mea in atriis Domine



Cor meum et caro mea:

exultaverunt in Deum vivum.

1.^{er} C.— Etenim passer invenit sibi domum: et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos.

(1) La traducción castellana de este Salmo se encuentra en la página 18. Será muy de alabar que las Marias activas aprendan los cantos gregorianos comunes como las partes invariables de la Misa. Tantum ergo, Letania, etc., etc., para que en las visitas a sus Sagrarios puedan cantarlos con gran gusto ciertamente de la Iglesia y edificación de los fieles.

2.^o C.— Altaria tua Domine virtutum: Rex meus, et Deus meus.

1.^{er} Beati qui habitant in domo tua, Domine: in saecula saeculorum laudabunt te.

2.^o Beatus vir cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit: in valle lacrymarum, in loco quem posuit.

1.^{er} C.— Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt de virtute in virtutem: videbitur Deus deorum in Sion.

2.^o C.— Domine, Deus virtutum, exaudi orationem meam: auribus percipe, Deus Jacob.

1.^{er} C.— Protector noster, aspice Deus: et respice in faciem Christi tui.

2.^o C.— Quia melior est dies una in atriis tuis: super millia.

1.^{er} C.— Elégi abjectus esse in domo Dei mei: magis quam habitare in tabernaculis peccatorum.

2.^o C.— Quia misericordiam

et veritatem diligit Deus: gratiam
et gloriam dabit Dominus.

1.^{er} Non privabit bonis eos
qui ambulat in innocentia: Dó-
mine virtutum, beatus homo qui
sperat in te. Gloria Patri....

Coro. (Semitonado) — Inveni
quem diligit ánima mea tenui
eum nec dimittam.

Director.—Ora pro nobis, imma-
culata María Virgo dolorosísima.

Todas. — Ut digni efficiámur
promissionibus Cordis Christi.

Dtr. — Ora pro nobis Sancte
Joanne, discipule fidélis.

Todas. — Ut cum María semper
stemus juxta Sacrárium Filii.

Dtr. — Oráte pro nobis, Sanctæ
María Magdalena et alteræ quæ
sequebantur et lamentabantur
Christum passum.

Todas. — Ut numquam dimit-
tamus quem diligit ánima nostra.

Dtr. Dómine, exáudi oratió-
nem meam.

Todas.—Et clamor meus ad te
veníat.

Dtr.—Dóminus vobiscum.

Todas.—Et cum spiritu tuo.

Dtr. OREMUS.—Dómine Jesu,
pro cujus amore beátæ illæ mu-
lieres ómnia dimissérunt et te de-
relictum, passum et sepúltum se-
qui et venerári curárun, concéde
propítius, ut eárum imitatióne te-
cum juxta tabernácula tua fidéli-
ter stantes æternæ resurrectiós
participes éffici mereámur. Qui
vivis....

Todas.—Amen.

Dtr.—Adjutórium nostrum in
nómine Dómini.

Todas.—Qui fecit cœlum et te-
rram.

Dtr.—Dóminus vobiscum.

Todas.—Et cum spiritu tuo.

OREMUS

Omnipotens sempitérne Deus,
qui Sanctórum tuórum imágenes
sculpi aut pingi non réprobas, ut

quóties illas óculis córporis intuémur, tóties eórum actus et sanctitátem ad imitándum memóriæ óculis meditémur, hæc, quæsumus, numismata, in honórem et memóriam misteriórum Córporis et Sánguinis D. N. J. C. adaptátes bene † dicere et sancti † ficáre dignéris; et præsta ut quicúmque ea gestátes Unigéniti Filii tui Córporis et Sánguinis misteriá suppliciter cólere et honoráre studérint, illius méritis et obténtu a te grátiam in præsentí et ætérrnam glóriam obtíneant in futúrum. Per eúndem Christum D. N.

Todas.—Amén.

Asperge las medallas con agua bendita y después las impone a cada una, diciendo una sola vez.

Recibid esta insignia de *María* de los Sagrarios-Calvarios, para que, acompañando al Corazón Eucarístico de Jesús en sus abandonos de la tierra, El os acompañe

con su gracia y con su amor en esta y en la otra vida.

Todas.—Amén.

Si se ha de imponer a muchas puede cantarse por el coro el himno nacional del Sagrado Corazón o el *canto* de las Marías aprobado por la Comisión diocesana de Música de Sevilla.

Terminada la imposición, sería bueno que por el P. Director u otro sacerdote, se dirigiera una exhortación oportuna y que después se tuviera Exposición con S. D. M.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE EDUCACIÓN

Cómo debe ser una María

Como este MANUAL es sólo para las Marías, no incluyo en él más que las prácticas y preces que como a tales les conviene, dejando todo lo demás de la vida piadosa para los devocionarios y libros ascéticos, ya que tantos y tan buenos andan en manos de los fieles.

Pero no quiero cerrar estas páginas sin encomendar a la piedad de las Marías, hoy numerosísimas por la gracia de Dios, algunos avisos de vida práctica cristiana que no deben perder de vista nunca las que han tomado sobre sí el delicado oficio de la

reparación *ambulante* del Divino Abandonado.

El *primer* aviso que quiero darles es sobre

Las modas.

Más estragos que la peste bubónica y que el cólera morbo en la salud de los cuerpos están causando en el pudor de la mujer y en la moralidad pública los excesos verdaderamente execrables de la moda. No exagero si digo que la moda del vestir tal como hoy impera, o, mejor, tiraniza, amenaza con universal naufragio el pudor de la mujer.

Mal tan grave no lleva trazas de desaparecer, sino de agigantarse más y más, porque uno de los efectos que produce en sus víctimas es la *obcecación* y la *rebeldía*.

Apenas si he podido convencer a una de esas esclavas de la moda

de que iba indecorosamente vestida y de que, por consiguiente, debía enmendarse.

Todas convienen en que los *excesos* de la moda son malos y que el Papa y los Obispos hacen bien en reprobarlos; pero ninguna, casi ninguna se reconoce rea de esos excesos.

Y mientras dicen esto, tienen que cubrir con el abanico las desnudeces del pecho, o, si están de rodillas en el confesonario, han tenido que hacer equilibrios heroicos para poder dejar medio cubiertas sus extremidades!

Lo cierto es que hay cristianas y piadosas, confesando, comulgando, frecuentando el templo y las obras cristianas de celo y caridad con el mismo traje, el mismo aire, el mismo descoco con que hace 30 ó 40 años no se hubieran atrevido a salir a la calle las.... no me atrevo a concluir la frase porque me duele en el alma decir

ciertas cosas de hermanas mías en la Fe y en la Comunión!

Y ¡claro! esto que es reprehensible en una cristiana cualquiera, yo no sé qué nombre tendría en una *María*.....

Siempre me acordaré con pena de la mala impresión que hizo en un pueblo de Sagrario muy abandonado la estrechez de la falda de una *María* de la capital que le impedía subirse decorosamente al coche que había de conducirla.

Afortunadamente esta *María* era de las pocas no obcegadas, y, dándose cuenta de la impresión producida, se enmendó.

Mi consejo, pues, sobre la malhadada moda a mis carísimas *Mariás* es éste: Que sin dejar de vestir según su estado y posición, no han de contentarse con no escandalizar, sino que han de tender a edificar, ¡hace tanta falta en esto el buen ejemplo!

Y que en caso de ser amonestadas, *no se obstinen* jamás contra el parecer de personas prudentes; ¡será tan buen síntoma esa docilidad!

María, María, por amor a la sangre divina tan vilmente pisoteada por tanta profanación y por tanto escándalo, ¡guerra a las modas indecorosas, provocativas y frívolas! ¡Trabajad cuanto podáis en favor de la *cruzada de la Modestia cristiana!*

Mi segundo aviso es sobre

La Prensa.

He aquí otra gran necesidad de nuestros tiempos.

Es menester estar ciego para no ver todo el bien y todo el daño que se está haciendo a la Santa Madre Iglesia, a la sociedad, a la familia, a las almas por medio del papel impreso.

Después de lo que han dicho tantas veces el Papa, los Obispos

y los pensadores católicos y de lo que cada uno está viendo y oyendo a su alrededor, huelga hablar de la urgencia de trabajar en el campo de la prensa.

¿Cómo? Combatiendo la prensa mala y fomentando la buena.

Y ¿cuál es la mala prensa?

En muchos casos ella misma se declara anticristiana, en otros en que no aparezca del todo clara su ortodoxia, pedid consejo a vuestros directores.

¿Cual es la buena? Toda la que se publica con licencia eclesiástica.

¿Cómo podéis combatir la mala?

Restando suscripciones, anuncios y esquelas mortuorias e impidiendo su circulación y lectura.

Y ¿por la buena, qué podéis hacer?

Lo contrario que con la mala. Especialmente vosotras, Marías activas, habéis de aprovecharos

de las buenas hojas de propaganda, de las buenas revistas, de los buenos diarios para que os ayuden en vuestra gran obra de aproximación del pueblo al Sagrario.

Quizás vosotras mismas no podréis visitar al pueblo de vuestro Sagrario todas las veces que vuestro amor os pide, quizás no podréis recorrer todas las casas del pueblo y hablar con cada uno de sus vecinos, como exige vuestro celo, pero mandad hojas buenas, impresos estimulantes y el papel llevado a todas las casas multiplicará vuestro celo y vuestro trabajo.

¡Qué extenso y qué fecundo apostolado podréis ejercer combatiendo la mala prensa y fomentando la buena en los pueblos de vuestros Sagrarios!

Centros diocesanos ha habido, el floreciente de Madrid, entre otros, que tan penetrados están de la eficacia de esta arma de pa-

pel manejado por las Marías, que tienen establecido destinar parte de sus fondos a costear prensa de propaganda en los pueblos.

Marías hay que no olvidan que las fortalezas desde donde se hace hoy más fuego contra Jesucristo y las almas no son las fortalezas de piedra, sino las de papel impreso.

¡Al papel de combate, Marías!

Mi tercer aviso es sobre

Las costumbres cristianas.

Yo me llevaría escribiendo y hablando de la necesidad y de las ventajas de conservar nuestras costumbres cristianas toda la vida, y creo que no llegaría ni a cansarme ni a agotar el tema.

Las costumbres cristianas son el cristianismo metido en el túetano de la vida en todas sus manifestaciones, social, de familia, individual, etc.

Las costumbres cristianas es nuestra bendita Religión en acción constante, dirigiendo, influyendo, perfumando, rectificando, orientando hacia el bien y hacia el cielo la vida de los hombres.

Las costumbres cristianas son los tesoros de ciencia, sabiduría, belleza, felicidad, virtud y amor que en su Iglesia nos dejó Cristo abiertos constantemente a la mirada, al uso, a la utilidad de todos los hombres, de todos los estados y de todas las condiciones.

Y ¡tenemos los españoles tanta riqueza de esas costumbres que agradecer a Dios y a nuestros cristianos abuelos!

Pero ¡qué pena! parece que ha sonado la hora en el reloj de muchos cristianos despegados de echar al sepulcro del olvido esas riquezas de santas costumbres, y resucitar las costumbres paganas.

A las Marías, que han de ser sobre todo cristianas a carta cabal

y no a medias o a cuartos, como diz que hay muchas, les confio el honroso encargo de velar por la conservación y la reivindicación de nuestras tradicionales costumbres!

¡Qué grato sería para mí y para todos los que queremos ser ante todo cristianos de verdad y en todas las horas del día y de la noche oír hablar a las Marías el lenguaje de nuestros padres de «Dios se lo pague» en vez de «muchas gracias» «Dios guarde a V.,» «Ave María Purísima,» «Alabado sea Dios» en vez de «buenos días,» y tantas y tantas locuciones cristianas que dicen mucho en vez de esas locuciones modernas, que después de todo, no dicen nada!

¡Qué bien si por el ejemplo y el consejo de las Marías volvieran las santas y hermosas costumbres de bendecir la mesa, dar gracias en familia por el alimento re-

cibido, de santiguarse al empezar viajes o cualquier obra, del rezo del Rosario en familia, del respeto sagrado a los padres, a los sacerdotes, a los maestros y a los ancianos, de avisar con tiempo al sacerdote para la asistencia espiritual de los enfermos, del trato bueno y leal con los criados y operarios y de tantas y tan sanas prácticas que hicieron a nuestro pueblo modelo de pueblos cristianos!

¡Marías! ¡Marías!

¡Podéis tanto!

¡No olvidéis estas dos frases!

Una es de Pío IX, de santa memoria:

El mundo se salvará por la reparación.

La otra es del venerable Cardenal Aguirre, Primado de España:

A las Marías ha confiado el Co-

razón de Jesús la reconquista de España.)

¿Os parece mucho?

Pero ¿sabéis de lo que es capaz el agradecimiento del Corazón delicadísimo de Jesús?

Y vosotras, oído bien, por misericordia de El que os ha hecho *sus* Marías ¡tenéis *derecho* a su agradecimiento!

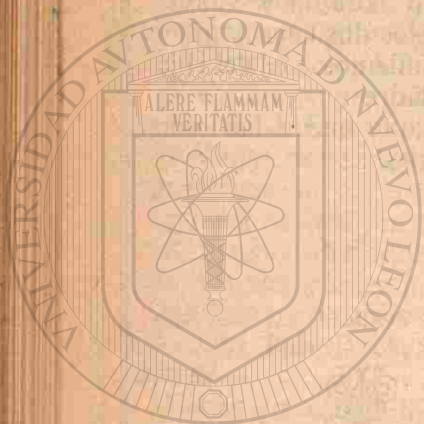
¿Qué le pediréis en sus Sagra- rios abandonados, que no os lo conceda con creces inesperadas? ¿Qué haréis o trataréis por El, que no reciba toda la eficacia de su poder?

Marías ¿os habéis fijado en lo que *obliga* al Corazón de Jesús de- sairado y abandonado vuestro ofi- cio de *resarcidoras* y *compensado- ras* de esos desaires y abandonos?

Y ¿habéis pensado en la mira- da de gratitud intensa que tendrá para vosotras la Madre de aquel Hijo cuando os vea llegar a don- de los demás no quieren llegar?....

Marías, Marías, dejadme que os llame venturosas, millones de veces venturosas, por haber colo- cado vuestro corazón y vuestra vida entre esos dos finos y gran- des agradecimientos..... el del Hijo y el de la Madre.

Dios mío ¡qué bueno has sido para tus Marías!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE B

Plan de Campaña

DE LAS
MARÍAS SEGÚN LAS DISTINTAS
SITUACIONES DE LOS SAGRARIOS.

Sagrarios abandonados: A los que absolutamente no va nadie por voluntario abandono. — La *Compañía espiritual* por medio de la comunión y visita con la intención de hacerla allí: La *Compañía corporal* yendo a comulgar y visitar allí, buscando en el pueblo aquél o en los próximos una persona siquiera que vaya a visitar aquel Sagrario: Formar coros con los niños o niñas de la escuela para que visiten el Sagrario al salir de ella y comulguen los domingos:

Buscar los impedidos del pueblo que eran buenos comulgantes y aconsejarles que hagan con frecuencia comuniones espirituales: Procurar misiones, repartir o enviar hojas de propaganda, fomentar y ayudar la Catequesis, escuelas dominicales o nocturnas, etc.

Sagrarios solitarios: porque sea el pueblo de corto vecindario y los vecinos se vayan al campo todo el día: como siempre han de quedar en el pueblo los ancianos, los niños pequeños y los enfermos o impedidos, fomentar entre éstos la visita, la comunión y el decir con frecuencia, sobre todo al saludar: alabado sea el Santísimo Sacramento: por siempre alabado sea, o esto para sí mismo: Corazón de mi Jesús Sacramentado, aquí está quien te quiere y no se olvida de Ti: Fomentar entre las zagalas del campo estas prácticas y la de la Comunión espiritual que cada cual puede hacer, mirando

en dirección de sus Sagrarios. (Este bellissimo ejemplo lo están dando ya algunas diócesis).

Sagrarios poco frecuentados: De una Comunión de vez en cuando y alguna que otra visita; pero ni gran entusiasmo, ni piedad por parte de los que la practican. Hay que trabajar por animar y enervorizar a esas almas para que ellas frecuenten más el Sagrario y busquen otras almas y organicen los coros de niños *Juanitos* que visiten y comulguen. Conviene aconsejarles que hagan los nueve primeros viernes y repitan con frecuencia: Corazón de mi Jesús, que yo te quiera más que te quiero.

El establecimiento de las Hijas de María y del Apostolado ayudaría a consolidar el fruto.

Sagrarios frecuentados por grupos de personas de Comunión diaria: el trabajo de las Marias en estos Sagrarios puede ser prepa-

rar para Marias de aquel Sagrario a las personas más constantes en visitarle, las que a su vez deben buscar por lo menos tres almas que comulguen de nuevo y de este modo ir aumentando el número de comuniones.

Se fomentarán entre estas almas prácticas eucarísticas: como las de los Jueves eucarísticos, la del Cuarto de Hora, la Hora Santa, el Apostolado de la Oración, la Adoración nocturna, la Guardia de honor, etc.

Sagrarios de bastantes comuniones diarias. Como siempre en estos pueblos hay un gran número de personas que no comulgan, ni van al templo y viven en pecado; el oficio de la María podría ser organizar entre las personas que conozca una *guardia diurna* ante el Sagrario, turnando por cuartos de hora, medias horas u horas enteras de dos en dos; la vela será siempre con el fin de pedir al Co-

razón eucarístico de Jesús por los pecadores del pueblo y desagraviarlo de tantos desaires y ofensas como de ellos recibe.

Y añadiré

aquí una observación bastante triste y que quizás alarme a no pocas almas.

Estoy convencido de que hay no pocos *Sagrarios-Calvarios* con apariencias de *Sagrarios Tabor*....

El hombre tiene el triste privilegio de abusar de todo y desgraciadamente no hace excepción ante el Sagrario.

Nos lamentamos mucho de que haya *Sagrarios* completamente solos ¡verdaderos *Calvarios* sin Marias! y nos lamentamos con sobrada razón; pero reservemos compasión y lágrimas para llorar por los *Sagrarios* frecuentados convertidos a veces por obra del *sacrilegio* y de la *rutina* en invisi-

bles Sagrarios-Calvarios, en los que actúan de *sayones* y *verdugos* los pecados callados en la confesión, los afectos desordenados, los adormecimientos acomodaticios, y las pasiones ocultas y no vencidas de la gente aparentemente devota.....

No diré que siempre y en todos los Sagrarios frecuentados ocurra eso; pero si digo que en el día del juicio nos hemos de aterrar ante el número de *los Judas* y *las Judas* que han pasado por los Sagrarios de la tierra.

Perdónenme las almas timoratas el mal rato que les he hecho pasar con esta noticia; no la he dado para asustarlas, sino para animarlas a comulgar cada vez más y mejor y a desagraviar como buenas Marias al ofendidísimo Jesús Sacramentado.

Así es

que una *María* tiene siempre que hacer cerca de su Sagrario; porque desgraciadamente o el Señor está solo, y merece compañía o, si está acompañado, no lo está de todos ni de la mayoría de los vecinos suyos, ni en todas las horas o no está bien acompañado; así es que *siempre padece abandonos* y por consiguiente siempre está ofreciendo campo al celo y a la actividad de la *María*.

Al punto que una *María* descubra un abandono en el objeto de su amor, allí debe poner ella toda su actividad, su ingenio, su influencia, todo lo suyo.

Que deseen otras almas gozarse en las glorias y triunfos del Señor. La *María* toma para sí la dulcísima y penosa tarea de quitarle espinas de soledades y abandonos.

Y ¿si llegara el caso de que el

Sagrario quedase bien acompañado de todos los vecinos del pueblo? Qué haría la María? Entonces de su estado de *María de Jesús en el Calvario* pasaría al de *María de Jesús de la Resurrección: pero*



Siempre María;

allí compartiendo con El las amarguras de la soledad y de la persecución, acá disfrutando con El de los placeres del triunfo; allá adorando con sus lágrimas, con su firmeza, y con sus desagravios, acá adorando también con sus alleluyas y sus efusiones; acá y allá siempre *María junto a Jesús..... Stabant juxta crucem.....*

Himno

NACIONAL DEL SDO. CORAZÓN DE
JESÚS (1).

Ven, Corazón Sagrado
de nuestro Redentor,
comience ya el reinado
de tu divino amor.

I

En premio de tanta hazaña,
por tu nombre y por tu ley
sólo te pide hoy España
que vengas a ser su Rey.

II

Ven ¡oh Rey de las naciones
Ven ¡Divino Redentor!
Derrama en los corazones
los tesoros de tu amor.

(1) Las Marías deben tener un empeño especial en propagar este Himno.

Sagrario quedase bien acompañado de todos los vecinos del pueblo? Qué haría la María? Entonces de su estado de *María de Jesús en el Calvario* pasaría al de *María de Jesús de la Resurrección: pero*



Siempre María;

allí compartiendo con El las amarguras de la soledad y de la persecución, acá disfrutando con El de los placeres del triunfo; allá adorando con sus lágrimas, con su firmeza, y con sus desagrazos, acá adorando también con sus alleluyas y sus efusiones; acá y allá siempre *María junto a Jesús..... Stabant juxta crucem.....*

Himno

NACIONAL DEL SDO. CORAZÓN DE
JESÚS (1).

Ven, Corazón Sagrado
de nuestro Redentor,
comience ya el reinado
de tu divino amor.

I

En premio de tanta hazaña,
por tu nombre y por tu ley
sólo te pide hoy España
que vengas a ser su Rey.

II

Ven ¡oh Rey de las naciones
Ven ¡Divino Redentor!
Derrama en los corazones
los tesoros de tu amor.

(1) Las Marías deben tener un empeño especial en propagar este Himno.

III

Bendice este hermoso suelo
do a la sombra del Pilar,
quiso la Reina del cielo
poner su primer altar.

IV

Ven; tuya es España entera,
tuyo su invicto blasón.
Ven y vence, reina, impera
¡oh Sagrado Corazón!

V

Limpia como el sol, que baña
nuestro cielo, es nuestra fe.
Aun Santiago cierra España
aun está el Pilar en pie.

VI

De las sectas a despecho
en España has de reinar,
y para Ti nuestro pecho,
será un trono y un altar.

Canto de las Marías (1)

CORO

Jesús en la Eucaristía
víctima es de caridad,
consolemos las Marías
su abandono y soledad.

ESTROFA

I

Tienes, Jesús, tus delicias
en estar a nuestro lado,
y eso te obligó a quedarte,
mi Jesús, Sacramentado.

En la Hostia Consagrada
te ocultas vivo y real,
tan amante y poderoso
como en tu vida mortal.

(1) La música y acompañamiento se vende aparte.

II

Esta soledad que tienes,
Jesús mío, en el Sagrario,
es para Ti más amarga
que la del monte Calvario.

Allí estaban las Marías
fieles al pie de la Cruz,
consolando tu agonía,
¡oh dulcísimo Jesús!

III

Hoy en algunos Sagrarios
no tienes ni una María:
nadie se acuerda de Ti,
nadie te hace compañía.

Mas ya sonó, Jesús mío,
la hora de la compasión,
hora de llevar consuelo
a tu amante Corazón.

IV

La Obra de las Tres Marías
ha venido a reparar
la soledad y abandono
de Jesús en el Altar.

Allí donde haya un Sagrario
tres Marías ha de haber,
que del Corazón Divino
mitiguen la ardiente sed.

V

Mensajeras del Sagrario
hemos de ser las Marías,
nido de nuestros amores
ha de ser la Eucaristía.

Por los pueblos y ciudades
volaremos a buscar
corazones que se rindan
a Jesús en el altar.

VI

¡Oh María Inmaculada!
Tú has de ser nuestro Modelo
te rogamos nos enseñes
a dar a Jesús consuelo.

Unidas a Ti estaremos
en nuestra reparación,
acompañando contigo
al Divino Corazón.

Canto de los niños

CORO

IV

Vamos, niños, al Sagrario, Pajaritos de los bosques
 Que Jesús llorando está Venid todos a cantar,
 Pero viendo a tantos niños A ver si con vuestros trinos
 Muy contento se pondrá. Le podemos consolar.

I

V

No llores, Jesús, no llores, Estrellitas de los cielos,
 Que nos vas a hacer llorar, Bajad todos a adorar
 Que los niños de este pueblo A Jesús Sacramentado,
 Te queremos consolar. Que está oculto en el altar.

II

VI

El amor que Tú nos tienes Ven a mí, Jesús querido,
 Del cielo te hizo bajar Que de amor muero por Ti;
 Y morir crucificado Que mi alma enamorada
 Y hacerte nuestro manjar. Sin Ti no pueda vivir.

III

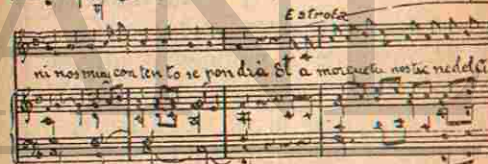
VII

Florejillas de los valles Jesús, vida de mi alma,
 Venid todas a exhalar En tu amor mi dicha está.
 Vuestros más ricos aromas Déjame que hoy te diga:
 Al que es todo caridad. ¡Oh cuánto te quiero ya!

HIMNO DE LOS SUANITOS

CORO

Despacio





Una Dedicatoria

Y UN RUEGO

Preparando este MANUAL, el Corazón de Jesús ha visitado mi casa para llevarse a mi Madre. ¡Bendito sea!

Casi todas estas páginas las escribí teniéndola a ella sentada al lado de mi mesa, cuando ya sus achaques no le permitían intervenir con la actividad de siempre en el cuidado y gobierno de la casa.

¡Con qué gusto escribía yo éstos y todos mis papeles, con el Corazón de Jesús enfrente y mi Madre al lado!

¡Gozaba yo tanto leyéndole la tarea del día y viéndola reir unas

veces y llorar otras y casi siempre llorar y reír al mismo tiempo por esa admirable simultaneidad de afectos de los corazones puros, sencillos y generosos!

Y ¿no había de llorar y reír? Si lo que yo le daba ahora escrito, me lo había ella dado a mi hablarlo y sentido y practicado en una educación netamente cristiana jamás interrumpida.

¡Bendito sea el Corazón de Jesús que ha querido para gloria de mi Madre y consuelo mío, que los renglones que el hijo escriba sean el eco de los besos, de las palabras, de los sacrificios, de los ejemplos cristianos de su Madre y que por consiguiente el poco o mucho bien que aquellos rengloncillos hagan en las almas se le deba después de Dios a ella!...

¡Qué agradecido me siento al Corazón de Jesús, con saber que El estará pagando en el cielo a mi Madre cada hoja o cada libri-

llo que para su gloria yo escriba, cada palabra que para El diga, cada paso que por El dé, cada gota de sudor que por su causa derrame!... ¡Bendita educación cristiana y bendita Religión que permite establecer esa solidaridad y ese intercambio de méritos y frutos, de trabajos y recompensas entre el educador y el educado aún más allá de la muerte!

¿Será pues fuera de razón que en este humilde MANUAL DE CONSUELOS escriba un hijo desconsolado el nombre de su Madre muerta, *dedicándole* estas páginas de las últimas que junto a ella escribí; y *rogando* a los que las lean *participación* en favor de su alma de lo bueno que hagan o recen con este MANUAL ante el Divino Abandonado?

¡Marías, una limosna de sufragios por el amor del Corazón de Jesús para el alma de mi Madre!

El antiguo Arcipreste de Huelva
† Obispo de Olimpo.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA QUINTA
EDICIÓN DE 13.000 EJEMPLARES DEL
::: MANUAL DE LAS MARIAS :::
EL DÍA 25 DE DICIEMBRE DE 1917.
NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

ADVERTENCIA	5
I. Preces al emprender un viaje a un Sagrario-Calvario	7
II. Preces al llegar al Sagrario-Calvario	17
III. Despedida del Sagrario	25
IV. Oración para ofrecer la Sagrada Comunión y la visita por los Sagrarios-Calvarios	31
Jaculatorias indulgenciadas para las Marias	37
Coronilla de desagravios	39
V. Actos de desagravio a la Sagrada Hostia	47
VI. Una hora ante el Sagrario	53
VII. Modo de acompañar al Sagrado Corazón en el Sagrario rezando el Santo Rosario	63

SE ACABÓ DE IMPRIMIR ESTA QUINTA
EDICIÓN DE 13.000 EJEMPLARES DEL
::: MANUAL DE LAS MARIAS :::
EL DÍA 25 DE DICIEMBRE DE 1917.
NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR

JESUCRISTO.

INDICE

ADVERTENCIA	5
I. Preces al emprender un viaje a un Sagrario-Cal- vario	7
II. Preces al llegar al Sagra- rio-Calvario	17
III. Despedida del Sagrario	25
IV. Oración para ofrecer la Sagrada Comunión y la visita por los Sagrarios- Calvarios	31
Jaculatorias indulgencia- das para las Marias.	37
Coronilla de desagra- vios	39
V. Actos de desagravio a la Sagrada Hostia	47
VI. Una hora ante el Sagra- rio.	53
VII. Modo de acompañar al Sagrado Corazón en el Sagrario rezando el San- to Rosario	63

VIII.	Via-Cruceis Eucarístico para uso de las Marias y los Discípulos de San Juan . . .	67
IX.	Acto de Consagración para las procesiones Eucarísticas . . .	83
X.	Acto de Consagración de las Marias propio para fiestas de imposición de insignias y otras . . .	87
XI.	Modo práctico de dar frecuente compañía en espíritu al Sagrario propio . . .	91
XII.	Al regresar del Sagrario . . .	93
XIII.	Himno para manifestar a S. D. M.	97
XIV.	Ceremonial para la admisión solemne e imposición del distintivo de las Marias	101
XV.	Cómo debe ser una María . . .	109
XVI.	Plan de campaña de las Marias según las distintas situaciones de los Sagrarios	123
XVII.	Himno Nacional del Sagrado Corazón de Jesús . . .	131
XVIII.	Canto de las Marias . . .	133
XIX.	Canto de los niños . . .	138
XX.	Una dedicatoria y un ruego	139

1432

DIEZ MINUTOS

EN PRESENCIA DE LA

Madre Santísima de la Luz.

OBSEQUIO

QUE HACE

IGNACIO IBARRA

A LOS FAVORECEDORES DE SU IMPRENTA

"La Providencia."



LEON-1907.

Imp. "La Providencia."-San Juan de Dios 8.
entre las calles Condesa y Honda.

VIII.	Via-Cruceis Eucarístico para uso de las Marias y los Discípulos de San Juan . . .	67
IX.	Acto de Consagración para las procesiones Eucarísticas . . .	83
X.	Acto de Consagración de las Marias propio para fiestas de imposición de insignias y otras . . .	87
XI.	Modo práctico de dar frecuente compañía en espíritu al Sagrario propio . . .	91
XII.	Al regresar del Sagrario . . .	93
XIII.	Himno para manifestar a S. D. M.	97
XIV.	Ceremonial para la admisión solemne e imposición del distintivo de las Marias	101
XV.	Cómo debe ser una María . . .	109
XVI.	Plan de campaña de las Marias según las distintas situaciones de los Sagrarios	123
XVII.	Himno Nacional del Sagrado Corazón de Jesús . . .	131
XVIII.	Canto de las Marias . . .	133
XIX.	Canto de los niños . . .	138
XX.	Una dedicatoria y un ruego	139

1432

DIEZ MINUTOS

EN PRESENCIA DE LA

Madre Santísima de la Luz.

OBSEQUIO

QUE HACE

IGNACIO IBARRA

A LOS FAVORECEDORES DE SU IMPRENTA

"La Providencia."



LEON-1907.

Imp. "La Providencia."-San Juan de Dios 8.
entre las calles Condesa y Honda.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DIEZ MINUTOS

EN PRESENCIA DE LA

MADRE SMA. DE LA LUZ

OBSEQUIO

QUE CON MOTIVO DE LA BENDICION DE LA IMPRENTA

“La Providencia,”

HACE A SUS FAVORECEDORES

IGNACIO IBARRA.



LEON.—1906.

Tip. “La Providencia.”—San Juan de Dios 8.



Gobierno Eclesiástico
DE LEÓN.

LEÓN, 2 DE JULIO DE 1906.

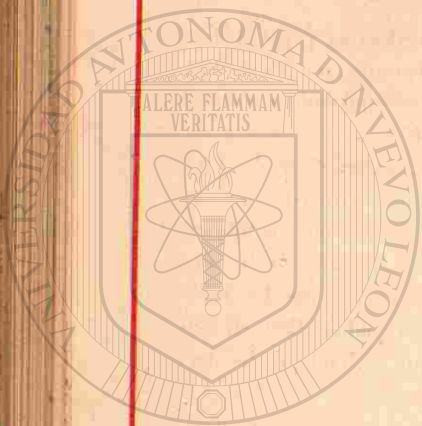
Concedemos Nuestra licencia, para que, pueda reimprimirse el opúsculo intitulado: *Diez Minutos en presencia de la Madre Santísima de la Luz*; y asimismo concedemos cincuenta días de indulgencia á todos nuestros diocesanos, por cada vez que lo reciten con las debidas disposiciones. El Ilmo. Sr. Obispo lo decretó y firmó.

M. F. ✚ EL OBISPO.

Por mandato de S. S. Ilmo.

ANGEL MARTINEZ.
Srio. ®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



DIEZ MINUTOS

EN PRESENCIA DE LA

MADRE SMA. DE LA LUZ.



O Madre Santísima de la Luz!
¿Quién te dió un título tan sublime?
¿Quién te llamó con un nombre tan dulce?
¿Quién pudo compendiar así tus privilegios y tus glorias?... Ah! ¡Benditos esos tus labios, que nos enseñaron á pronunciar un nombre tan adecuado á tu grandeza y tan superior á cuanto puede decirte toda criatura!

Es verdad, Señora, que nuestro corazón palpita gozoso cuando te contemplamos como la graciosa Eva que nos ha dado á gustar el fruto de la vida; como la incorruptible arca en donde se salvó del Diluvio la dichosa familia de los predestinados; como el brillante arco iris que nos ha anunciado la paz del

cielo; como la espléndida estrella que ha disipado nuestras tinieblas; como la risueña y dorada aurora del suspirado día de la gracia; pero nó, no queda satisfecho con esto el deseo que tenemos de alabarte, porque eres todavía incomparablemente más hermosa, más digna, más elevada, más exelsa. En vano apuramos nuestro pobre lenguaje para llamarle cielo animado, en donde resplandecen como estrellas sin ocaso todas las virtudes; luna apasible y bella que derrama por todo el mundo los fulgores de la santidad; paraíso de delicias, en donde está plantado el árbol de la vida; huerto cerrado de eterna primavera é inmarcesibles flores; fuente cellada, serena y cristalina, que jamás ha sido enturbiada por el polvo, ni azotada por el viento; lirio de extremada blancura, bañado siempre del rocío de la gracia; rosa fresca y lozana que no ha perdido su primer aroma; oloroso nardo que perfumó los cielos y la tierra; inocente corderita, de vellón de nieve, que alimentó con su leche virginal al Cordero de Dios que quita los pecados del mundo; paloma de la inocencia; amorosa

tortolilla; milagro de milagros; la única, la inmaculada, la perfecta, la incomparable y la sin igual en todo lo criado. Ah! todo esto nos encanta, nos llena de júbilo, nos hace rebozar de purísima alegría; más no se aquietan nuestras aspiraciones ni se sacia nuestra alma, hasta que te llamamos *Madre de Dios, MADRE SANTÍSIMA DE LA LUZ.*

¡Oh nombre más dulce que la miel, más suave que la leche, más regalado que el maná! ¡Oh nombre de melodía gratísima, de irresistible atractivo, de mística y celestial poesía! ¡*Madre Santísima de la Luz!* He aquí el nombre que lo encierra todo, que lo dice todo.... Este es el nombre que incesantemente repiten en sus cantares los ángeles, los arcángeles y los tronos; este es el nombre con que se recrean las dominaciones, los principados y las potestades; este es el nombre que en éxtasis altísimo contemplan las virtudes, los querubines y los serafines; este es, en fin, el nombre con que el mismo Verbo, Dios de Dios y Luz de Luz, honra á María cuando con estupor de los cielos, la llama *Mi Madre.....!*

Pero ¿cómo es, ¡oh Reina y Señora de la grandeza! cómo es que nuestros inmundos labios se atreven á pronunciar un nombre tan sagrado? ¿Cómo es que nuestra alma no queda deslumbrada y ciega con el resplandor de tanta luz? ¡Oh misterio de amor! ¡oh arcano de misericordia! ¡oh abismo de felicidad! Escuchad, cielos y tierra, cuán buena es para nosotros María.....

Sí, Madre nuestra, dulzura nuestra, delicia nuestra: mientras los blasfemos herejes crujen sus dientes de furor y rabia, cuando articulamos tu augusto nombre, mientras el demonio cae por tierra, derribado como por un rayo, cuando te llamamos Madre de Dios, y sus huestes infernales se deshacen como el humo, cuando te proclamamos la Madre de la Luz: nosotros, los venturosos hijos de la Iglesia católica, sentimos alibarada nuestra lengua, dilatado el corazón, alborozado nuestro pecho y trasportado nuestro espíritu por un sentimiento de filial confianza y de cénica complacencia.

Oh! ¡qué grato es pensar y decirse así mismo en esos momentos: *La Madre*

Santisima de la Luz es mi abogada, mi defensora, mi hermana, mi amiga y mi madre; pero es mi abogada más solícita, mi defensora más constante, mi hermana más cariñosa, mi amiga la mas leal y mi madre la mas tierna, blanda, afectuosa, amable y amante que yo puedo desear!

¡Ah, si, encantadora María! Tú tienes para mí un corazón de Madre que te hace desfallecer de amor y anhelar con todo el ardor de tu alma mi verdadera felicidad. Tú me velas si estoy dormido; tú me cuidas si estoy despierto, tú me sostienes con tu mano si tropiezo, y aun te inclinas á levantarme si caigo por mi culpa. Tú me curas si estoy enfermo; tú me alegras si me ha yo triste; tú te ocupas de mis negocios cual si fueran tuyos; me escuchas aun antes de invocarte; y aunque me abandonen todos los del mundo, tú no quieres ni puedes abandonarme. Si suspiro por tí en la tierra, mi suspiro hace eco en tus purísimas entrañas; si levanto mis ojos hácia el cielo, tú desde tu trono me diriges la mas ardiente y espresiva mirada; y si te digo que te amo, tú son-

ries festiva y me muestras tu corazón amante.

Pues bien, Amor mío; ya que eres tan compasiva y tierna, tan dulce y amorosa, tan accesible y buena, déjame abrirte mi corazón, comunicarte mis secretos, exponerte mis necesidades y entregarme todo en tus manos. Sí; yo te entrego de la manera mas absoluta é irrevocable todo lo que soy y cuanto á mi pertenece: mi cuerpo, mi alma, mi pasado, mi presente, mi porvenir, las circunstancias todas de mi vida y mi destino eterno.

Mas para que aceptes mi ofrenda, oh *Madre Santísima de la Luz*, concédeme ante todo tu verdadera y sólida devoción. No estoy contento con solo estos sentimientos de ternura, que experimento al ver tu soberana Imagen, ni con las tibias oraciones que os dirijo, ni aun con las lágrimas que suelen derramar mis ojos, cuando medito tus bondades; porque ¡ay! una triste experiencia me enseña que muy pronto olvido mis resoluciones, se apaga mi fervor y no reformo mis costumbres. ¿Qué haces pues con un desgraciado así de inconstante, in-

grato y desleal? Ah, Madre mía: yo no hayo que decirte, si no que te dignes por piedad, robarme el corazón.....

Compadécete de mí, Señora: mira que el proceso de mi vida está tan recargado de culpas y de crímenes, que yo mismo que los he cometido, me avergüenzo de mi iniquidad. Defiende, pues, mi causa en el tribunal de tu divino Hijo, y siempre que mires sus sacratísimas llagas acuérdate de mi ruego.

Yo te invoco especialmente; *Madre Santísima de la Luz*, para aquella terrible hora en que mi alma haya de partir de este mundo. No te separes entonces de mi cabecera: hazme sentir tu consoladora presencia; háblame al corazón con palabras que alienten mi esperanza; inflámame en el fuego de la caridad divina; sorpréndeme agradablemente con la vista de tu resplandeciente rostro, y recibe en tus virginales brazos mi pobre alma, para que desde el asilo seguro de tu seno oiga del Juez supremo la sentencia de mi salvación eterna.

Yo te ruego también por el Su-

DIEZ MINUTOS.

mo Pontífice reinante y por toda la Iglesia católica, que tributándote el debido culto, hace que recorras la redondés de la tierra, sentada como en un carro de fuego sobre los encendidos corazones de sus fieles.

Vuelve, oh *Madre Sma. de la Luz*, tus ojos benignísimos hácia todos aquellos de quienes te has dignado ser su augusta y dignísima Patrona. Como el águila que abriga con sus alas á sus polluelos, cubre así con tu manto á todos tus hijos y bendícelos con tu propia mano, como bendijiste la Imagen que nos regalaste y que veneramos con toda la efusión del alma.

Yo pongo, en fin, bajo tu maternal amparo á mis amigos y enemigos, á mis bienhechores y conocidos, á todos mis prójimos y especialmente á las personas de mi familia, entre quienes deseo, y te ruego me lo concedas, que se transmita de generación en generación, como la mas rica herencia, un filial amor y una ardentísima devoción á tí, *Madre Santísima de la Luz* y Madre nuestra. Amén.

J. DE LA M. SIERRA.



R. P. Ramón Ruiz Amado, S. J.



LA CABEZA DE SAN PABLO

por Villabrille (Museo de Valladolid)

*Creo de buena gana a los
testigos que se dejan degollar
por su testimonio.*

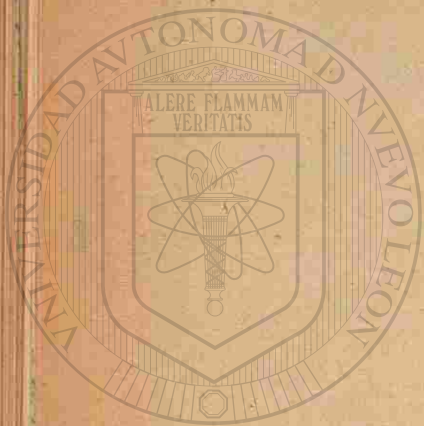
(PASCAL)

CIENCIA Y CONCIENCIA

Ciencia y conciencia

POR EL

R. P. R. Ruiz Amado, S. J.



UANIL



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

IMP. DE LA LIBRERÍA RELIGIOSA
AVISO, 20 :: :: BARCELONA

1924



CIENCIA Y CONCIENCIA

I

Un sabio norteamericano tuvo la ocurrencia de reducir a sus componentes uno que había sido cuerpo humano, y halló el resultado siguiente:

	LIBRAS
Un garrafón de <i>agua</i> en cantidad de	96
Un frasco de <i>grasa pura</i> , en peso de	34 $\frac{1}{2}$
Un disco de <i>gelatina</i> de	10
Un frasco de <i>fosfato de cal</i> en cantidad de	8 $\frac{1}{2}$
Albúmina	3
Carbonato de <i>calcio</i>	1
Azúcar	1
Almidón, <i>cloruro de calcio</i> y <i>cloruro de sodio</i>	1
Total de un hombre <i>enfrascado</i>	155

No me negarás, querido lector, que el análisis yanqui tiene gracia, y con razón se guardan sus frascos nada menos que en el Museo de Historia Natural de Wáshington.

Pero yo, sin tanto aparato de retortas

y matraces, he hallado una fórmula mucho más interesante. En primer lugar, porque con la formulita de Wáshington, cualquiera se mete a *reconstruir* un hombre. Al paso que mi fórmula — resultado, naturalmente, de profundos estudios que han producido la completa despoblación de mi cráneo, de vegetaciones piliformes — no da el *contenido* del hombre, sino del *superhombre!* y esto con tal eficacia, que por medio de ella puede cualquiera, a voluntad, producir cuantos superhombres tenga por conveniente.

Oye, pues, y pásmate de lo que progresan las ciencias modernas, por la asidua labor de *nosotros los sabios:*

Recipe dos libras de Darwin, diluidas en un par de tomos en cuarto. Añade dos onzas de Kant, volatilizadas en las explicaciones de un Profesor autorizado (vgr., de la Institución Libre de Enseñanza). Mezcla tres adarmes de Haeckel y otros tantos escrúpulos de Einstein. Agítese bien el todo, y envásese en una cabeza de 20 a 25 años. Déjese unos días al sol de Madrid o a la luna de Valencia, y tenéis un *superhombre* como una loma, con un talento *bestial* y un bagaje cien-

tífico *brutal*, conforme al *tecnicismo* de los tales.

Yo he tenido ocasión de tratar con algunos de ellos, y sometidos a un concienzudo análisis, siempre he hallado los mismos ingredientes, variando sólo las proporciones que los hacen más o menos intolerables.

En realidad, ¡oh dolor! mi descubrimiento no es tan nuevo, que pueda solicitar privilegio de invención. A lo mejor, se imagina uno inventar lo que por reminiscencias de antiguos conocimientos dormitaba en la propia cabeza. Y así me aconteció a mí en esta materia; pues, bien examinado el asunto, hallo que ya un Apóstol, San Judas (no el Iscariote que traicionó al Señor, entendámonos!, sino San Judas Tadeo), hizo el análisis de tales entes, no sé si en profecía o porque existieran ya en su tiempo. Merece que le oigamos:

«Porque se han entrado disimuladamente ciertos hombres impíos... los cuales cambian la gracia de nuestro Dios en lujuria, y niegan que Jesucristo es sólo nuestro Soberano y Señor... Por semejante manera, también éstos contaminan

su carne, desprecian la autoridad y blasfeman de la Majestad... Blasfeman de todas las cosas que ignoran, y en aquellas que saben naturalmente, se corrompen como bestias irracionales. Estos son los que contaminan los festines, banquetando sin temor, apacentándose a sí mismos; nubes sin agua, llevadas acá y allá por los vientos; árboles otoñales, infructuosos, desarraigados, dos veces muertos; olas de tormentoso mar, que sacan a la orilla como espumas sus propias vergüenzas; astros erráticos: a los cuales está reservada eternamente la tempestad de las tinieblas!... Estos son murmuradores quejumbrosos, que andan al compás de sus pasiones, cuya boca habla cosas soberbias, pero muestran admiración a determinadas personas por causa de sus provechos... Burladores, que siguen la impiedad conforme a sus concupiscencias. Estos son los que se separan a sí propios (como seres a parte, superiores) pero en realidad animales, faltos del Espíritu.»

Hasta aquí San Judas Tadeo, en cuya cita se nos ha corrido un tantico la mano. Pero la verdad es que su descripción de

nuestros *superhombres* no tiene desperdicio.

— Mas ¿cómo esos entes sublimes, esas águilas y cóndores de la humana mentalidad se han puesto al alcance de este observador pedestre? — Eso es lo que me falta que decirte, amigo lector, para entrar de una vez en materia.

Acontece, pues, una que otra vez, que alguno de esos supermortales que miran a los católicos como el colmo del oscurantismo y los antípodas de la Ciencia, viene a sentirse traspasado por las saetas de Cupido, lanzadas por los ojos hechiceros de una rubia o de una morena (que de todo se dan casos), y «condescendiendo con las preocupaciones atávicas», que ellos en el fondo de su *psiquismo* detestan, allánanse a pretender la blanca mano de una señorita católica, cautivados de sus dotes y aun tal vez de su *dote*.

Y da la casualidad, que esa niña preciosa, o por ventura su ex-preciosa mamá, antes de dar el deseado *sí*, tienen la curiosidad de enterarse de las *creencias* del pretendiente; el cual, por un resto de respeto a esa atávica *honradez* que heredó de sus padres, confiesa llanamente:

«Que, absorto por entero en sus estudios científicos, *no ha tenido tiempo* de ocuparse en materias de Religión». A lo cual, aquella boquita deseable, o la indeseable de su mamá, le dice que se tome ahora ese tiempo; pues el negocio no es puñalada de pícaro; y aun le dirigen para este menester al Padre Tal (que no suele ser el autor de estas líneas). Enseguida corren, la mamá o la niña, o ambas a la par, a verse con el Padre Tal y poner en sus manos las *apasionadas ansias* de dos corazones diversamente acuitados... Y el Padre Tal, que es un tesoro para dirigir a las mamás y a las niñas, siente que se le viene el mundo encima, cuando se las ha de haber con un *superhombre*, que a lo mejor le hablará de los *electrones*...

Actualmente, la «enorme extensión de las ciencias» exige en todos los ramos los especialistas; y el médico de enfermedades *internas* (únicas que yo temo; que de las externas, me río), envía sin empacho a su cliente al oculista, o al dermatólogo, o al oto-rino-laringólogo; pues no es justo exigir a cualquiera galeno el conocimiento de la Otorinolaringología; cuyo sólo nombre ofrece tal dificultad, que

para aprendérselo de memoria ha sido menester ponerlo en verso.

Así pues, el Padre Tal, médico de enfermedades espirituales, viene a mi encuentro con su más placentera cara y sonrisa *de pedir*, y alegándome mis títulos de «especialista del sexo feo», y mi trato con jóvenes *ellos*, y hasta mis libros de Apologética, me ruega *instanter, instantius et instantissime*, que tenga a bien recibir al amartelado racionalista, y extirparle el tumor de su incredulidad, so pena de unas solemnes calabazas de su Dulcinea... *y familia*.

Ahí tienes *el caso*. Tal vez he sido algo prolijo en los preliminares. Pero te puedo asegurar que, más de lo que te ha costado a tí leerlos, me costó a mí bajar los setenta y cinco escalones que separan mi celda de la sala de visitas, para encarrarme con mi cliente postizo, que no por mí, sino por *ella*, llamaba a mis puertas. ®

II

Y la verdad es, que era simpático el tal mediquillo.

Sería como de veinticuatro años, esbelto

y fino de facciones y modales. Me saludó con desembarazo (aunque la situación tenía algo de embarazosa), y procuré recibirle con la amabilidad con que el Ministro de Jesucristo ha de acoger siempre a los que andan alejados del buen sendero.

— Supongo que le ha sido anunciada mi visita...?

— Efectivamente...

— Pues no he querido demorarla más, porque estoy en vísperas de emprender un viaje...

— Y ¿a dónde va usted? Si no es indiscreción.

— Acabo de graduarme de Doctor y he obtenido una pensión para perfeccionarme en los Estados Unidos. Y antes, como usted comprenderá...

— Ya, ya... (Y completé la frase con una señal de inteligencia, como quien dice: «Estoy al cabo de la calle»). Pues, para el presente estado de ánimo de usted, una residencia en los Estados Unidos no deja de ofrecer dificultades...

— ¿Le parece a usted?

— Creo, — y no lleve usted a mal que entre en estas cosas — que no ha dedicado usted especial solicitud, hasta ahora, a

la Religión que sin duda le enseñaron sus padres.

— Ah, sí Padre; mi madre era verdaderamente religiosa...

— Sin duda alguna, y usted — hablando con franqueza, — lo principal de que adolecerá, será de una... (iba a decir *supina*; pero me reprimí); de una *considerable* ignorancia de las cosas de nuestra sacrosanta Religión.

— Sinceramente, Padre, es así. Entregado del todo a los estudios de mi carrera...

Creo que los dos interlocutores añadimos mentalmente este inciso: *y a algunas otras cosas más...* Pero ambos tuvimos la discreción de tragárnoslo...

— Lo sé, lo sé. Precisamente una de las grandes deficiencias de nuestra enseñanza superior consiste en omitir enteramente el estudio de la religión, que debería seguir paralelamente a todos los estudios superiores...

— ¿Cree usted...?

— Y usted lo va a comprender sin dificultad. Supongamos — y es la más favorable hipótesis que se puede hacer, — supongamos que usted aprendió escrupulo-

samente su catecismo en la escuela primaria, y sobre todo, que su piadosa madre y su señor padre tuvieron la más exquisita solicitud por grabar en su corazón de niño las creencias que ellos profesaban...

— Naturalmente...

— Sí; naturalmente esos conocimientos y convencimientos, vaciados en su corazón infantil, hubieron de tomar una forma asimismo infantil...

Aquí mi culto joven creyó ganar de un lance mi estimación y concepto de erudito, acotando con voz sumisa:

— *Quidquid recipitur, ad modum recipientis recipitur...*

Esacto! como dicen que dijo en toda una legislatura un diputado de la mayoría. Todo lo que recibimos en el ánimo, como los líquidos que en un vaso se reciben, adopta por necesidad la forma del recipiente. Y por eso, las ideas y creencias religiosas de la niñez son, por necesidad, añidadas; preciosas para el niño, pero que necesitan *crecer* y transformarse con él, so pena de quedar ridículamente defectuosas!

— ¡Como resultaría ridícula en un joven barbudo, la voz de niño!

— Da gusto hablar con personas como usted que así se anticipan a lo que se les quiere indicar!

— Oh, Padre, es favor...!

— No es sino justicia; pero permítame que la reclame también para mí. ¿No sería justo que el joven que se entrega a estudios científicos, continuara cultivando y estudiando su religión, de suerte que no *desentonara* del resto de su caudal científico?

— Así parece. Pero creo yo, Padre, que la religión pertenece a la parte afectiva del alma, como el amor filial, la reverencia a los padres... Y esas cosas, sin desaparecer jamás del alma bien nacida, se van transformando en ella con la edad, espontáneamente. ¿No le parece a usted que ha de ocurrir algo semejante con la religión, y que, por tanto, su cultivo debe permanecer apartado de las universidades, como se omite en ellas el cultivo del amor filial; mejor aún, de la *ternura* hacia la madre?

— Acaba usted de plantear, no sé si consciente o inconscientemente, un gravísimo problema religioso-científico; y casi casi se coloca usted — lo digo sin

ánimo de censura, — casi se coloca usted en el terreno vedado del *modernismo*.

— Pero, Padre; un joven de veinticuatro años ¿puede dejar de ser *modernista*? — dijo riendo mi interlocutor.

— Perdóneme usted — le contesté en el mismo tono risueño; — un joven de veinticuatro años necesita y debe ser *moderno* desde la planta de los pies hasta la coronilla! Nada hay más desolador que ciertas *vejece*s prematuras, que, como sabe usted mejor que yo, no se engendran del excesivo frecuentar las iglesias...

— Me he permitido una chanza, Padre.

— Que yo le agradezco como demostración de cordialidad. Pero fíjese usted.

La religión; — *nuestra religión* católica, sobre todo —, tiene una parte sentimental. ¿Puede haber cosa más dulcemente sentimental que el amor tierno a la Madre de Dios, a quien adoramos como madre nuestra? Los Santos tenían con esta Reina de los ángeles ternuras tales, que hoy casi se han de recatar a la profanidad de nuestra generación groseramente sensual; y las creaciones del arte ingenio de la Edad Media, inspiradas en aquellas ternuras, necesitan actualmente

velarse en la penumbra de oscuras capillas. ¡Hasta tal punto la irreligión y sensualidad de nuestro medio ambiente hace difícil comprender aquellas efusiones de almas privilegiadas!

Y de esto no pretendo que haya de haber cátedras en nuestras universidades, por más que los alumnos de ellas hagan muy santamente reuniéndose en Congregaciones piadosas donde tales sentimientos tiernos se cultivan.

Pero *eso sentimental*, no es toda nuestra religión; y aquí está el error detestable de los modernistas, justísima y severísimamente condenado por la Iglesia.

La Religión, de que son *flores* esos sentimientos piadosos, y *frutos* los ejercicios de todas las virtudes, especialmente de la caridad y beneficencia; tiene una solidísima base intelectual, que puede elaborarse, — como de hecho se ha elaborado, — en una maciza e inexpugnable construcción científica. Los primeros sillares de esa construcción los labraron los Santos Padres, principalmente los grandes Padres griegos y latinos del siglo IV: los santos Atanasio, Basilio y Gregorios Nazianceno y Niseno, y los Occidentales

Ambrosio, Agustino, Jerónimo, Cipriano, y otros muchos que no es ésta hora de mencionar.

Con aquellos sillares, labrados por varones que reunieron a las luces sobrenaturales las de una poderosa inteligencia, los Doctores que vinieron después construyeron ese magnífico edificio sistemático que culmina en la estupenda Suma teológica de Santo Tomás...

Advertí que mi oyente comenzaba a hacer rayas en el suelo con el bastón, y entendí que me había corrido un poquillo en mi disquisición histórico-teológica. Por lo cual recogí velas, y proseguí en tono lo más afable que pude hallar en las cuerdas de mi laringe:

— He indicado esto, mi querido doctor, para venir a parar a que nuestra Religión, además de un sentimiento y una *creencia* es una *ciencia*; o mejor dicho: hay una *ciencia de la Religión*; la cual podría y debería ser objeto de estudio en las Universidades, para que no se produjera ese absurdo corriente, de *doctores* en varias Facultades, enteramente *indoc-tos* en la religión que profesan.

Porque no crea usted que me limito a

los *incrédulos*, ó a los que se dicen creyentes *que no practican*; pero aun en los que creen y practican, da verdadera pena, — cuando se trata de hombres de talento y de ciencia, — ver a un abogado, a un médico, a un ingeniero, que van a la iglesia con el mismo devocionario que su mujer y sus hijas, y no saben más que ellas de su religión.

Esta puntada contra los *neos* me atrajo una mirada de simpatía de mi mediquillo. Y todo era menester para lo que había de seguir.

— Mire usted — continué. — Cuando se me anunció la visita de usted, cabalmente mi mayor dificultad fué ésta. Bien, va a venir ese joven, que no cree, o por lo menos vive como si no creyera, y siente ahora algún deseo de reconciliarse con la religión. Pero ¿por dónde le voy yo a entrar a ese querido incrédulo? Si tuviera *dificultades* concretas contra alguna verdad religiosa, aquí tengo yo toda una biblioteca apologética donde sin ninguna duda hallaría la solución. Pero si lo que tendrá, probablemente, no serán *dificultades*, sino *oquedades*... ¿Es eso o no es eso? mi querido señor.

— Yo le diré a usted — dijo cuadrándose un poquillo, con visible intención de darse pisto; — dificultades así muy en particular, por ventura no podré formularlas, por la razón que apuntaba usted muy atinadamente: porque no he tenido *tiempo* de ocuparme en conocer a fondo los dogmas de la religión. Pero sobre eso mismo que acaba usted de decir, tengo una grande, una gravísima dificultad. ¿Podría usted sostener que la religión, y sobre todo, la religión católica, tenga carácter *científico*? La Ciencia exige cierto número de principios ciertos, cierto número de teoremas demostrables por aquellos principios, cierto número de inducciones y deducciones, un sistema en fin de verdades fundadas en la experiencia, comprobables por ella. ¿Qué puede ofrecer la religión *de ustedes* comparable con todo eso que someramente acabo de indicar? ¿Qué tiene que ver la obligación de oír misa los domingos con el postulado de Euclides? ¿Qué homogeneidad hay entre rezar el rosario o examinar con el microscopio los productos de la fermentación de un caldo orgánico?

— Dispéñeme usted que le interrump-

pa, o por mejor decir, que le *continúe*: ¿Qué tiene que ver el binomio de Newton con las coplas de Calainos? ¿Qué tiene que ver la eliminación de las toxinas con la cuadratura del círculo? ¿Qué tiene que ver el teorema de Sturm con el transformismo de Haeckel? ... Como usted comprende, entre usted y yo podríamos formar una larga letanía de *pares de cosas* que nada tienen que ver entre sí. Pero este trabajo sería inútil y discutiblemente divertido.

No juntemos, pues, pares de cosas que nada tienen que ver entre sí; sino más bien paremos otras que tienen una razón *substancial* de semejanza.

Y antes de pasar adelante, permítame usted que le haga observar, que para cotejarlos con estudios científicos, no ha tomado usted estudios teológicos, sino actos del culto, respetabilísimos, santísimos, pero no científicos, por más que no carezcan de científico fundamento.

Procedamos mejor, emparejando cosas semejantes. Y así, déjeme usted que asiente esta afirmación preliminar: *la religión*, o si usted lo prefiere, *la ciencia de la religión*, tiene teoremas

evidentemente demostrables, como cualquiera de las demás ciencias, no sólo *morales*, sino aun *ontológicas* o *metafísicas*. Y la certeza de sus principios y *raciocinios*, en nada cede a la de los principios y *raciocinios* matemáticos.

— Eso, eso es lo que yo quisiera ver — exclamó con viveza el médico.

— Pues eso es lo que voy a tener el gusto de ofrecerle, claro está, breve e incompletamente; pero remitiendo a usted a libros donde lo podrá estudiar con más calma y a todo su sabor.

Por ejemplo: Hay dos *hechos* de evidencia innegable:

Existe el movimiento

Existe la vida.

Pero es así que ni el movimiento ni la vida pueden existir sin que exista Dios, primer Motor y primer Viviente; luego Dios existe.

¿No le parece a usted que esto lleva más trazas de teorema científico, que el oír misa o el rezar una parte de rosario, y aunque sea un rosario entero? Lo cual, por otra parte, le aconsejo a usted de todo corazón!

— La *forma* de teorema, ya la veo; falta ahora ver la demostración.

— Pues es *relativamente* sencilla. Oigame usted.

«Ningún movimiento puede ser *eterno*; luego todo *cuerpo* que se mueve hubo de *comenzar* a moverse; pero este comienzo del movimiento no pudo hallarlo en la *materia inerte*; luego lo hubo de recibir de un *primer motor* inmaterial, que da origen al movimiento sin moverse: el *movens immotum* que dice Sto. Tomás».

— Pero...

— Ya comprendo que en esta demostración hay muchas cosas *implícitas*; por eso dije a usted que sólo iba a *indicarla*, remitiendo a usted a los libros para su más profundo estudio. Mi objeto ahora es, puramente, poner ante los ojos de usted que la religión *posee* demostraciones *dignas* del estudio científico... además de los sentimientos y prácticas del culto. ®

— Pero, ¿qué dificultad halla usted en admitir un movimiento *eterno*?

— Yo, *personalmente*, no tengo en ello ninguna dificultad. Son las señoras Matemáticas las que se oponen, y éstas no me dirá usted que carezcan de carácter

científico! Y se oponen las Matemáticas, porque un *movimiento eterno* implicaría un *número infinito*, el cual numerito es una sencilla *imposibilidad*, un absurdo matemático.

— No comprendo...!

— Hombre, sí. Si la Luna, pongo por caso, viniera girando eternamente en derredor de la Tierra, *a estas horas* llevaría ya descrito un número *infinito* de circunvoluciones. Si el átomo *a* vibrara desde la eternidad, *a estas horas* habría ya dado un número infinito de vibraciones...

— Pero, ¿y la doctrina de Einstein — repuso mi doctorcito con una maravillosa prosopopeya — no nos asegura que el movimiento es una cosa *puramente relativa*?

— Pero, alma de cántaro! — (nada, que no pude retenerlo y *se me escapó*). ¡Dispense usted! ¡Le pido a usted mil perdones! ¡Ha sido una exclamación enteramente involuntaria!

— Mi cara se debía de haber puesto tan *contrita*, que mi generoso doctor se conmovió, y me aseguró que no debía apurarme tanto por mi *improvisación*.

Serenado, finalmente, proseguí, no sin haber perdido una parte de mi aplomo:

— Mire usted. Eso del *relativismo* (que casi está dando tanto juego como lo de las *niñas desaparecidas*), no pincha ni corta, cuando del argumento indicado se trata; pues el que sea *relativo* el movimiento, no menoscaba para nada la certidumbre de que el movimiento *existe*. Pongamos, si a usted le agrada, en cuarentena, quién se mueve, en qué dirección y con qué velocidad se mueve. Pero que *algo* se mueve, es tan cierto como que dos y tres son cinco. Y esto basta para fundar una argumentación en la *existencia del movimiento*.

— De todas maneras! Eso de fundar una cosa tan grave como la existencia de Dios, en un argumento *relativo*!

— Perdone usted. Por muy *relativo* que sea el movimiento, no lo es el argumento que se funda, no en su relatividad, sino en su *existencia*.

Pero, en fin, si tropieza usted en la relatividad del movimiento (añadí viendo que la piedra no daba más lumbre) ¿qué tiene usted que oponer al argumento sacado de la existencia de la *vida*?

Y advierta usted una cosa digna de meditarse. A medida que adelantan las ciencias, los argumentos de la religión católica, lejos de debilitarse, adquieren nueva fuerza. Porque — sea dicho de paso — el argumento mismo del *primum movens*, adquiere nuevo vigor a medida que se impone en las ciencias físico-químicas la concepción dinamista de la materia, mandando recoger aquellos átomos macizos, aspirantes a la eternidad. Pero dejen esto y vengon a la vida. Hoy la Ciencia sería no puede admitir la *generación espontánea* de la vida, como la admitían algunos filósofos medievales desprovistos del poder amplificador del microscopio. Hoy, pues, urge con más fuerza que nunca este argumento:

La existencia de la *vida* es un *hecho* que nos asedia por todas partes. Mas la vida, ni puede ser eterna, ni pudo comenzar por generación espontánea de la materia inanimada. Luego es menester admitir la existencia de un *primer viviente*, engendrador de toda la vida que existe, en sus tres órdenes, vegetativo, sensitivo y consciente o racional.

Insisto: un filósofo o un incrédulo de

siglos pasados, se pudo sustraer a la fuerza de este argumento, recurriendo a la generación espontánea. Pero hoy, *en el estado actual de la ciencia*, y en todo el porvenir que próximamente se puede prever, ese efugio es imposible...

— Pero, Padre mío; y las maravillas de la moderna síntesis química ¿no nos dan esperanzas fundadas de que la vida, como los demás compuestos orgánicos, aparecerá de un momento a otro en los matraques de algún sabio?

— No, hijo mío, no. La vida no aparecerá en los laboratorios de química, porque precisamente el principio vital es un agente que se burla de las leyes químicas.

— Pero, además, el hecho de que *ahora* no se produzca la vida sin gérmenes vitales, ¿nos autoriza a negar tan rotundamente que esa producción haya sido posible en épocas anteriores cósmicas; cuando el universo adolescente poseía una plenitud de fuerzas elementales que pueden hoy haberse embotado o amortecido?

— Como usted ve, esa no es sino una *gratuita* suposición, en contradicción, además, con todos los resultados de la ciencia positiva. La Química moderna

puede combinar todas las fuerzas elementales de la materia. Puede obtener temperaturas altísimas y bajísimas; puede concentrar los rayos ultraviolados y las influencias eléctricas; puede, en una palabra, remedar artificialmente todas las circunstancias de la materia que el Cosmos produjo en épocas anteriores. Y a pesar de todo eso, la vida no se pone a su alcance; ni al alcance de su síntesis, ni siquiera al de su análisis!

— Pero, Padre, ¿es que cree usted poder encerrar las fuerzas cósmicas en una retorta?

— En una retorta acaso no! Tampoco se pueden encerrar, en su *totalidad*, en un laboratorio moderno. Pero se pueden reunir *especimens* de ellas, suficientes para aquilatar sus propiedades. Nadie cree hoy que la luz solar produzca el oro en las entrañas de la tierra (según se creyó en otros tiempos), a pesar de que nadie se jacta de haber concentrado sobre una gleba de tierra *todo* el poder de los rayos solares.

— En fin, Padre mío; me parece que los argumentos de usted no tienen esa fuerza absoluta que les atribuye, por más

que a mí no se me alcance el modo de rebatirlos. Demos que sean convincentes para la inteligencia humana *en su actual estado de desenvolvimiento*. ¿Quién sabe si el hombre de mañana se reirá compasivamente de los raciocinios del hombre de hoy?

— Amigo mío — repuse un tanto impacientado; — con *quien-sabes* no se puede construir una ciencia, ni siquiera seguir una discusión. Pero permítame usted que a sus *quien-sabes*, oponga yo los míos. ¿Quién sabe si realmente existe un Dios que castiga a los que abusan de sus dones? ¿Quién sabe si realmente es Dios Cristo, el cual nos dice que: «El que no creyere se condenará»? ¿Quién sabe si es este el momento prefijado por su divina predestinación para que elija usted entre salvarse y condenarse? ¿Quién sabe si, persistiendo usted en su obstinación, antes de mucho sollozará usted irremediabilmente en las llamas del infierno?...

III

Yo me había calentado, y no sé a dónde hubiera ido a parar con mi serie de *quien-*

sabes, si no me hubiera detenido un prolongado sonar de timbres... Caí en la cuenta de que los timbres de la Residencia nos avisaban la hora del *Angelus*... Me puse en pie, quitéme el bonete, hice con la mayor reverencia que pude la señal de la cruz, y me recogí un momento elevando una plegaria a la Madre de las misericordias. Mi interlocutor se había levantado y mesurándose respetuosamente.

Entonces una luz interior me hizo comprender que había hecho mal en dejar que nuestra conversación tomara aquel sesgo; y así, sin invitarle a sentarse de nuevo, dije con tono paternal y grave a mi joven incrédulo:

— Hijo mío, enfrascándonos en las cuestiones metafísicas, hemos perdido de vista que, en nuestro caso, hay una *cuestión moral*.

Dios Nuestro Señor pone a cada hombre en el mundo, dotándole de un determinado caudal de inteligencia. Le hace vivir en una época determinada, en medio de un determinado ambiente científico, social, moral. Estos son los *talentos* que dice el Evangelio que da el Señor a cada uno de sus siervos; y a cada uno pedirá

cuenta del uso de los talentos que le confió; no de los que confió a los demás.

Así, pues, en la *hipótesis probable* (confío que no me negará usted por lo menos su probabilidad) de la verdad de nuestra santa Religión, Dios le pedirá a usted cuenta de por qué no creyó. La *ciencia* que tú poseíste te conducía a mí; la *inteligencia* que yo te había dado, te traía a mí. ¿Por qué no viniste?

Y si usted le dijera: Señor, porque esperé que la Ciencia de *otra época* que no fué la mía llegaría a producir los vivientes en sus matraces... Señor, porque, aunque mi inteligencia me convencía que fuera a Vos, *esperé* que la inteligencia de *otros hombres futuros* los persuadiría de lo contrario... ¿Cree usted, joven, que esas excusas serían de *recibo*? ¿Que realmente se las aceptaría Dios nuestro Señor?

— Pero si la Ciencia y la inteligencia de nuestra generación llevan a Dios del modo que usted dice, ¿cómo explicar que la mayor parte de los *intelectuales*, de los hombres de *ciencia* de nuestro tiempo, no crean en Dios? Por lo menos, no

profesen los dogmas de la Religión católica?

— No creen, joven, por una muchedumbre de causas diversísimas y complejas. Por la soberbia, por la codicia, por la lujuria, por la vanidad... Pero, créame usted, *ni uno solo* de esos sabios que no creen, o dicen no creer, deja de creer movido a ello por fuerza de *razones científicas*. Su incredulidad no es *científica*, sino simplemente *inmoral*.

La prueba sencilla de que no son las demostraciones científicas las que los apartan de la fe, es que *otros sabios*, conocedores de esas mismas demostraciones (siquiera no sean los *inventores* de ellas), siguen, no sólo profesando nuestra fe, sino abnegándose y sacrificándose por ella.

Luego las razones que mueven (consciente o inconscientemente) a los incrédulos no son científicas; y por ende son *inmorales*, porque el más obvio precepto moral impera la sumisión a la Autoridad de Dios, y el humilde asentimiento a su Revelación.

Por eso Cristo, la misma dulzura y mansedumbre, formuló aquella sentencia

tremenda, que no quisiera que se le cayera a usted de la memoria; y no sería éste, pequeño fruto de nuestra conversación: *Qui vero non crediderit condemnabitur*; mas el que no creyere será condenado. Y en otro lugar dice: El que no cree ya está juzgado; *quia non credit in nomine Unigeniti Filii Dei*; porque no cree, en el nombre del Hijo Unigénito de Dios! (1).

Y sin decir más palabra, alargué la mano al joven, el cual me la besó, y haciéndome una profunda reverencia, se dirigió a la puerta.

No sé si mis palabras penetraron en su corazón y fructificaron en él. Pero he escrito estas páginas, para rogar a muchos otros que se hallan en su caso, que reflexionen sobre el *aspecto moral* de su credulidad; que no confundan lastimosamente *la ciencia con la conciencia*, que son dos cosas distintas, aunque nunca contradictorias. ®

(1) Juan, III, 18.

Publicaciones del R. P. Ruiz Amado, S. J.

APOLOGÉTICAS

Nuestra fe. (Conferencias); en rústica, ptas. 4; en tela, 6.

Valores humanos. Apología moral del Catolicismo, (conferencias); en rústica, ptas. 2; en tela, 4.

La verdad desnuda en materia de religión. (2.^a ed.), en rústica, ptas. 1; en cartóné, 1'50.

Epítome de Apologética. En cartóné, ptas. 2'50.

Dogmática cristiana. En cartóné, pesetas 2.

Nuestra alegría. En rústica, ptas. 1; en cartóné, 1'50.

La piedad ilustrada. En tela, ptas. 1'50.

El Cielo. En rústica, ptas. 0'80.

La mujer fuerte. Ensayo sobre el feminismo, en rústica, ptas. 1'50; en cartóné, 2.

Ascética Ignaciana. En rústica, ptas. 1'50; en tela, 2'50.

Frivolidad. En rústica, ptas. 1'50; en cartóné, 2.

OPÚSCULOS RELIGIOSOS

	Un ej.	Cien
Bálsamo eficaz contra la impu- reza	0'20	—
Catecismo de los ricos.	0'25	—
Catecismo de los pobres	0'25	—
Catecismo patriótico	0'15	—
Comunión de los niños inocen- tes	0'25	—
Dios sí, la Iglesia no	0'10	8
El Adiós del Corazón de Jesús	0'10	8
El Rosario de la pastorcita	0'10	8
Flores Marianas	0'10	8
Flores y frutos del espíritu cris- tiano	0'10	8
Hijos y esclavos	0'10	8
Imitación a María	0'10	8
La Madre del amor Hermoso.	0'10	8
La Santa Misa.	0'10	8
La Virgen de los Dolores	0'10	8
Manojito de flores recogidas en los Ejercicios espirituales	0'10	8
Si no hubiera Dios	0'10	8
Parvuli	0'15	—
El juicio final	0'10	8
El inventor de la confesión.	0'10	8
El Naturalismo.	0'10	8
La religión de los muertos.	0'10	8
¡Si habrá infierno!	0'10	8
La confesión y la Psiquiatría moderna	0'10	8

JANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



Indice

La profanación del templo.

Una apuesta original
Recuerdo de unos ejercicios espirituales.

Mes consagrado al 350 aniversario de Jesús.

Manual de las Marianas de los Sagrarios-Calvarios

Diez minutos en presencia de la Madre Inmaculada de la Luz.

Comienzo y conclusiones.

NUEY
LIOTE

00